

# **La Última Batalla**

**Por**

**Emilio Salgari**

***Freeditorial*** 

## I. Dos piratas en una estufa

Cualquier otro hombre que no hubiera sido malayo sin duda se habría roto las piernas en aquel salto, pero no ocurrió así con Sandokán, que, además de ser duro como el acero, poseía una agilidad de cuadrumano.

Apenas había tocado tierra, hundiéndose en medio de un parterre, cuando ya se había puesto en pie con el kriss en la mano, dispuesto a defenderse.

Afortunadamente el portugués estaba allí. Saltó a su lado y, agarrándolo por los hombros, lo empujó bruscamente hacia un grupo de árboles diciéndole:

— ¡Pero huye, desgraciado! ¿Es que quieres dejarte fusilar?

— ¡Déjame, Yáñez! —dijo el pirata, poseído de una viva exaltación—. ¡Asaltemos la quinta!

Tres o cuatro soldados aparecieron en una ventana, apuntándoles con los fusiles.

— ¡Sálvate, Sandokán! —se oyó gritar a Marianna.

El pirata dio un salto de diez pasos, saludado por una descarga de fusiles, y una bala le atravesó el turbante. Se volvió, rugiendo como una fiera, y descargó su carabina contra la ventana, rompiendo los cristales e hiriendo en la frente a un soldado.

— ¡Ven! —gritó Yáñez, arrastrándolo fuera de la casa—. Ven, testarudo imprudente.

La puerta de la casa se abrió, y diez soldados, seguidos de otros tantos indígenas empuñando antorchas, se lanzaron a campo abierto.

El portugués hizo fuego a través del follaje. El sargento que mandaba la pequeña cuadrilla cayó.

—Mueve las piernas, hermano mío —dijo Yáñez, mientras los soldados se detenían en torno a su jefe.

—No me decido a dejarla sola —dijo Sandokán, a quien la pasión le perturbaba el cerebro.

—Te he dicho que huyas. Ven o te llevo yo.

Dos soldados aparecieron a solo treinta pasos; detrás de ellos venía un grupo numeroso.

Los dos piratas no dudaron más. Se lanzaron en medio de los matorrales y de los parterres y se pusieron a correr hacia la cerca, saludados por algunos

tiros de fusil disparados al azar.

—Corre deprisa, hermanito mío —dijo el portugués cargando la carabina, aunque sin dejar de correr—. Mañana devolveremos a esos miserables los tiros que nos han disparado por detrás.

—Temo haberlo echado todo a rodar, Yáñez —dijo el pirata con voz triste.

— ¿Por qué, amigo mío?

—Ahora que saben que yo estoy aquí, ya no se dejarán sorprender.

—No digo que no, pero, si los praos han llegado, tendremos cien tigres para lanzarlos al asalto. ¿Quién resistirá semejante carga?

—Tengo miedo del lord.

— ¿Qué puede hacer?

—Es un hombre capaz de matar a su sobrina, antes que dejarla caer en mis manos.

— ¡Diablo! —exclamó Yáñez, rascándose furiosamente la frente—. No había pensado en eso.

Estaba a punto de pararse para tomar aliento y encontrar una solución a ese problema, cuando en medio de la profunda oscuridad vio correr unos reflejos rojizos.

— ¡Los ingleses! —exclamó—. Han encontrado nuestra pista y nos siguen a través del jardín. ¡Corre deprisa, Sandokán!

Los dos partieron corriendo, adentrándose cada vez más en el jardín, para alcanzar la cerca.

Sin embargo, a medida que se alejaban, la marcha se hacía cada vez más difícil. Árboles grandísimos, lisos y derechos unos, nudosos y retorcidos otros, se erguían por todas partes sin dejar ningún pasadizo.

Pero eran hombres que sabían orientarse por instinto, y estaban seguros de llegar en poco tiempo a la cerca.

En efecto, tras haber atravesado la parte boscosa del jardín, se encontraron en terrenos cultivados. Pasaron sin detenerse por delante del quiosco chino, retrocedieron para no perderse entre aquellas gigantescas plantas, se metieron de nuevo en medio de los parterres y, corriendo a través de las flores, llegaron finalmente junto a la cerca, sin ser descubiertos por los soldados, que estaban ya explorando todo el jardín.

—Despacio, Sandokán —dijo Yáñez, sujetando a su compañero, que estaba ya a punto de lanzarse hacia la empalizada—. Los disparos pueden

haber atraído a los soldados que vimos salir después de la puesta del sol.

— ¿Crees que habrán vuelto al jardín?

— ¡Eh!... ¡Calla!... Agáchate aquí cerca y escucha.

Sandokán aguzó los oídos, pero no oyó más que el susurro de las hojas.

— ¿Has visto a alguien? —preguntó.

—He oído romperse una rama detrás de la empalizada.

—Puede haber sido cualquier animal.

—Y pueden haber sido los soldados. ¿Quieres que te diga más? Me parece haber oído cuchichear a algunas personas. Apostaría el diamante de mi kriss contra una piastra a que detrás de esta empalizada hay casacas rojas emboscados. ¿No te acuerdas del grupo que abandonó el jardín?

—Sí, Yáñez. Pero no nos quedaremos encerrados aquí dentro.

— ¿Y qué quieres hacer?

—Cerciorarme de si está el camino libre.

Sandokán, que ahora se había vuelto mucho más prudente, se alzó sin hacer ruido, y, después de haber echado una rápida mirada bajo los árboles del jardín, trepó con la ligereza de un gato por la empalizada.

Apenas había alcanzado la cima, cuando de la otra parte oyó palabras en voz baja.

—Yáñez no se había equivocado —murmuró.

Se inclinó hacia adelante y miró bajo los árboles que crecían al otro lado de la cerca. A pesar de que la oscuridad era profunda, descubrió vagamente unas sombras humanas reunidas junto al tronco de una colosal casuarina.

Se apresuró a bajar y se reunió con Yáñez, el cual no se había movido.

—Tenías razón —le dijo—. Al otro lado de la cerca hay hombres al acecho.

— ¿Son muchos?

—Me han parecido una media docena.

— ¡Por Júpiter!...

— ¿Qué hacemos, Yáñez?

—Tenemos que alejarnos deprisa y buscar por otro sitio una vía de salvación.

—Temo que ya sea demasiado tarde. ¡Pobre Marianna!... Quizá nos creerá

ya presos o acaso muertos.

—No pensemos en la muchacha por ahora. Somos nosotros los que corremos un grave peligro.

—Vámonos de aquí.

—Calla, Sandokán. Oigo hablar al otro lado de la cerca.

En efecto, se oían dos voces, una ronca y la otra imperiosa, que hablaban junto a la empalizada. El viento, que soplaba de la selva, las traía distintamente a los oídos de los dos piratas.

—Te digo —afirmó la voz imperiosa— que los piratas han entrado en el jardín para intentar un golpe de mano sobre la quinta.

—No lo creo, sargento Bell —respondió su acompañante.

— ¿Te parece que nuestros camaradas disparan cartuchos por diversión, estúpido? Tienes el cerebro vacío, Willis.

—Entonces no podrán escapársenos.

—Eso espero. Somos treinta y seis y podemos vigilar la cerca y reunirnos a la primera señal. Vamos, rápido, separaos y abrid bien los ojos. Quizá tengamos que vérnoslas con el Tigre de Malasia.

Después de aquellas palabras se oyó romperse unas ramas y crujir unas hojas. Luego nada más.

—Esos bribones son bastante numerosos —murmuró Yáñez, inclinándose hacia Sandokán—. Estamos a punto de ser rodeados, y si no actuamos con suma prudencia caeremos en la red que nos han tendido.

— ¡Calla!... —dijo el Tigre de Malasia—. Vuelvo a oír hablar.

La voz imperiosa proseguía entonces:

—Tú, Bob, quédate aquí mientras yo voy a emboscarme detrás de aquel alcanforero. Mantén el fusil montado y los ojos fijos en la cerca.

—No temáis, sargento —respondió el que había sido llamado Bob—. ¿Creéis que tendremos que vérnoslas precisamente con el Tigre de Malasia?

—Ese audaz pirata se ha enamorado locamente de la sobrina de lord Guillonk, un bomboncito destinado al baronet Rosenthal, y ya puedes imaginarte lo tranquilo que estará ese hombre. Estoy segurísimo de que esta noche ha intentado raptarla, a pesar de la vigilancia de nuestros soldados.

— ¿Y cómo se las ha apañado para desembarcar sin ser visto por nuestros cruceros?

—Habrá aprovechado el huracán. Se dice también que se han visto unos praos navegando por el mar de nuestra isla.

— ¡Qué audacia!

— ¡Oh!... ¡Veremos alguna más! El Tigre de Malasia nos dará que hacer, te lo digo yo, Bob. Es el hombre más audaz que he conocido.

—Pero esta vez no se nos escapará. Si se encuentra en el jardín, no podrá salir tan fácilmente.

—Basta; a tu puesto, Bob. Tres carabinas cada cien metros pueden ser suficientes para detener al Tigre de Malasia y a sus compañeros. No olvidéis que nos ganaremos mil libras esterlinas si conseguimos matar al pirata.

—Una hermosa cifra, a fe mía —dijo Yáñez sonriendo—. Lord James te valora mucho, hermanito mío.

—Que esperen ganarlas —respondió Sandokán. Se levantó y miró hacia el jardín.

En la lejanía vio aparecer y desaparecer puntos luminosos entre los parterres. Los soldados de la quinta habían perdido el rastro de los fugitivos y buscaban al azar, esperando probablemente el alba para emprender una verdadera batida.

—Por ahora no tenemos nada que temer de parte de esos hombres —comentó.

— ¿Quieres que intentemos escapar por alguna otra parte? —dijo Yáñez—. El jardín es espacioso y quizás no esté vigilada toda la cerca.

—No, amigo. Si nos descubren, tendremos a las espaldas cuarenta soldados y no podremos escapar tan fácilmente de sus tiros. Por ahora nos conviene escondernos en el jardín.

— ¿Y dónde?

—Ven conmigo, Yáñez, y verás maravillas. Me has dicho que no cometa locuras y quiero demostrarte que seré prudente. Si me mataran, la muchacha no sobrevivirla a mi muerte, y por eso no hay que intentar un paso desesperado.

— ¿Y no nos descubrirán los soldados?

—No creo. Por otra parte, no nos quedaremos aquí mucho tiempo. Mañana por la noche, pase lo que pase, levantaremos el vuelo. Ven, Yáñez. Voy a conducirte a un lugar seguro.

Los dos piratas se levantaron, colocándose las carabinas bajo el brazo, y se alejaron de la cerca, manteniéndose escondidos en medio de los parterres.

Sandokán hizo atravesar a su compañero una parte del jardín y lo condujo a una pequeña construcción de un solo piso, que servía de invernadero para las flores y que se levantaba a unos quinientos pasos de la casa de lord Guillonk.

Abrió la puerta sin hacer ruido y avanzó a tientas.

— ¿Adónde vamos?

—Enciende un pedazo de yesca —respondió Sandokán.

— ¿No descubrirán la luz desde fuera?

—No hay peligro. Esta construcción está rodeada de plantas espesísimas. Yáñez obedeció.

La estancia en que se encontraban estaba llena de grandes tiestos, donde crecían plantas que exhalaban penetrantes perfumes, pues estaban casi todas en flor, y se hallaba repleta de sillas y mesas de bambú.

En el extremo opuesto el portugués vio una estufa de dimensiones gigantescas, capaz de contener media docena de personas.

— ¿Nos esconderemos aquí? —Preguntó a Sandokán—. ¡Humm! No me parece un lugar tan seguro. Los soldados no dejarán devenir a explorarlo, y más con ese millar de libras que lord James ha prometido por tu captura.

—No te digo que no vengan.

—Entonces nos prenderán.

—Espacio, amigo Yáñez.

— ¿Qué quieres decir?

—Que no se les ocurrirá la idea de ir a buscarnos dentro de una estufa.

Yáñez no pudo reprimir un estallido de risa.

— ¡En esa estufa! —exclamó.

—Sí, nos esconderemos ahí dentro.

—Nos pondremos más negros que los africanos, hermanito mío. El hollín no debe de escasear en ese monumental calorífero.

—Nos lavaremos más tarde, Yáñez.

— ¡Pero..., Sandokán!

—Si no quieres venir, arréglatelas con los ingleses. No hay donde escoger, Yáñez: o en la estufa o dejarse prender.

—No se puede vacilar ante la elección —respondió Yáñez, riendo—. Vamos entretanto a visitar nuestro domicilio, para ver si al menos es cómodo.

Abrió la portezuela de hierro, encendió otro pedazo de yesca y se metió resueltamente en la inmensa estufa, estornudando sonoramente. Sandokán lo siguió sin vacilar.

Había sitio suficiente, pero había también gran abundancia de cenizas y hollín. El horno era tan alto que los dos piratas podían mantenerse cómodamente derechos.

El portugués, cuyo alegre humor no le faltaba nunca, se abandonó a una hilaridad clamorosa, no obstante la peligrosa situación.

— ¿Quién podrá imaginarse jamás que el terrible Tigre de Malasia haya venido a refugiarse aquí? —dijo—. ¡Por Júpiter, estoy seguro de que la dejaremos limpia!

—No hables tan fuerte, amigo —recomendó Sandokán—. Podrían oírnos.

— ¡Bah! Deben de estar todavía lejos.

—No tanto como crees. Antes de entrar en el invernadero he visto dos hombres que exploraban los parterres a pocos centenares de pasos de nosotros.

— ¿Vendrán a visitar también este lugar?

—Estoy seguro de ello.

— ¡Diablo!... ¿Y si miran también en la estufa?

—No nos dejaremos prender tan fácilmente, Yáñez. Tenemos nuestras armas, así que podemos sostener un asedio.

—Pero no tenemos ni siquiera un bizcocho, Sandokán. Espero que no te conformarás con comer hollín. Y además, las paredes de nuestra fortaleza no me parecen muy sólidas. Con un buen empujón de hombros se pueden derribar.

—Antes que tiren las paredes nos lanzaremos al ataque —dijo Sandokán, que tenía, como siempre, una inmensa confianza en su propia audacia y en su propio valor.

—Sin embargo, necesitaríamos procurarnos víveres.

—Los encontraremos, Yáñez. He visto plátanos y pombos, que crecen alrededor de este invernadero; saldremos a saquearlos.

— ¿Cuándo?

— ¡Calla!... ¡Oigo voces!...

—Me das escalofríos.

—Prepara la carabina y no temas. ¡Escucha!

Se oía hablar a algunas personas fuera y acercarse. Las hojas crujían y las piedrecillas de la senda que conducía al invernadero chirriaban bajo los pies de los soldados.

Sandokán apagó la yesca, dijo a Yáñez que no se moviera y a continuación abrió con precaución la portezuela de hierro y miró fuera.

El invernadero estaba aun completamente oscuro, pero a través de los cristales se vio brillar alguna antorcha en medio de los plátanos que crecían a lo largo de la senda.

Mirando con mayor atención, descubrió cinco o seis soldados, precedidos de dos negros.

— ¿Se dispondrán a inspeccionar el invernadero? —se preguntó con cierta ansiedad. Volvió a cerrar con precaución la portezuela y se reunió con Yáñez en el momento en que un rayo de luz iluminaba el interior del pequeño edificio.

—Vienen —dijo al compañero, que ya casi no se atrevía a respirar—. Hemos de estar dispuestos a todo, incluso a lanzarnos contra esos inoportunos. ¿Has montado la carabina?

—Tengo ya el dedo en el gatillo.

—Muy bien; desenvaina también el kriss.

El grupo entraba entonces en el invernadero, iluminándolo completamente. Sandokán, que se mantenía junto a la portezuela, vio a los soldados mover los tiestos y las sillas, inspeccionando todos los rincones de la estancia. A pesar de su inmenso coraje, no pudo reprimir un estremecimiento.

Si los ingleses seguían buscando de aquel modo, era de esperar, de un momento a otro, su poco agradable visita.

Sandokán se apresuró a reunirse con Yáñez, el cual se había acurrucado en el fondo, semizambullido en las cenizas y el hollín.

—No te muevas —le susurró—. Quizá no nos descubran.

— ¡Calla! —Dijo Yáñez—. ¡Escucha!

—Una voz decía:

— ¿Habrá podido alzar el vuelo ese condenado pirata?

— ¿O se habrá hundido bajo la tierra? —sugirió otro soldado.

— ¡Oh! Ese hombre es capaz de todo, amigos míos —dijo un tercero—. ¡Os digo que ese sacripante no es un hombre como nosotros, sino un hijo del compadre Belcebú!

—Yo también soy de ese parecer —prosiguió la primera voz con cierto estremecimiento, que indicaba que su propietario tenía encima una buena dosis de miedo—. No he visto más que una vez a ese hombre tremendo y me ha bastado. No era un hombre, sino un verdadero tigre, y os digo que tuvo el corazón de arrojarle contra cincuenta hombres sin que una bala pudiese alcanzarlo.

—Me das miedo, Bob —dijo otro soldado.

— ¿Y quién no tendría miedo? —Prosiguió el que se llamaba Bob—. Yo creo que ni siquiera lord Guillonk se sentiría con ánimo para enfrentarse con ese hijo del infierno.

—De cualquier modo, nosotros intentaremos prenderlo; es imposible que ahora se nos escape. El jardín está todo rodeado y, si quiere escalar la cerca, dejará allí los huesos. Apostaría dos meses de mi paga contra dos penny a que lo capturaremos.

—Los espíritus no se prenden.

—Tú estás loco, Bob, para creerlo un ser infernal. ¿Acaso los marineros del crucero que derrotaron a los dos praos en la desembocadura del río no le metieron una bala en el pecho? Lord Guillonk, que tuvo la desventura de curar su herida, ha asegurado que el Tigre es un hombre como nosotros y que de su cuerpo sale sangre igual que del nuestro. ¿Y tú admites que los espíritus tengan sangre?

—No.

—Pues entonces ese pirata no es más que un bribón, muy audaz, muy valiente, pero siempre un bellaco digno de la horca.

—Canalla —murmuró Sandokán—. ¡Si no me encontrara aquí dentro, te enseñaría quién soy yo!

—Vamos —prosiguió la voz de antes—. Sigamos buscándolo o perderemos las mil libras que lord James Guillonk nos ha prometido.

—Aquí no está. Vamos a buscarlo a otra parte.

—Despacio, Bob. Allí veo una estufa monumental, capaz de servir de refugio a varias personas. Prepara la carabina y vamos a ver.

— ¿Quieres burlarte de nosotros, camarada? —dijo un soldado—. ¿Quién crees que va a esconderse ahí dentro? Ahí no cabrían ni los pigmeos del rey de Abisinia.

—Vamos a inspeccionarla, os digo.

Sandokán y Yáñez se retiraron cuanto pudieron al extremo opuesto de la

estufa y se tendieron entre las cenizas y el hollín, para escapar mejor a las miradas de aquellos curiosos.

Un instante después se abría la portezuela y un rayo de luz se proyectaba en el interior, insuficiente sin embargo para iluminar toda la estufa.

Un soldado introdujo la cabeza, pero enseguida la retiró estornudando sonoramente. Un puñado de hollín, que le había lanzado Sandokán a la cara, le había puesto más negro que un deshollinador y casi le había cegado.

— ¡Al diablo el que tuvo la idea de hacerme meter las narices dentro de este depósito de tizne! —exclamó el inglés.

—Era una idea ridícula —exclamó otro soldado—. Aquí estamos perdiendo un tiempo precioso sin resultado. El Tigre de Malasia debe de encontrarse en el jardín y quizá a estas horas a punto de saltar la cerca.

—Salgamos de prisa —dijeron todos—. No será aquí donde ganemos las mil libras esterlinas prometidas por el lord.

Los soldados se batieron precipitadamente en retirada, cerrando con estrépito la puerta del invernadero. Durante algunos instantes se oyeron sus pasos y sus voces, y después nada más.

El portugués respiró largamente.

— ¡Cuerpo de cien mil espingardas! —exclamó—. Me parece haber vivido cien años en pocos segundos. Ya no daba una piastra por nuestra piel. Por poco que el soldado se hubiera alargado, nos hubiera descubierto a los dos. Se podría encender un cirio a la Virgen del Pilar.

—No niego que el momento haya sido terrible —respondió Sandokán—. Cuando he entrevisto a pocos palmos de mí aquella cabeza, lo he visto todo rojo delante de mis ojos y no sé quién me habrá impedido hacer fuego.

— ¡Hubiera sido una fea situación!

—Pero ahora ya no tenemos nada que temer. Continuarán su búsqueda en el jardín, y luego acabarán por persuadirse de que ya no estamos aquí.

— ¿Y cuándo nos iremos?... Desde luego no tendrás la idea de quedarte aquí una semana. Piensa que los praos pueden haber llegado ya a la desembocadura del río.

—No tengo ninguna intención de quedarme aquí encerrado, tanto más cuanto que no abundan los víveres. Esperemos a que ceda un poco la vigilancia de los ingleses y ya verás cómo levantamos el vuelo. Yo también tengo un gran deseo de saber si nuestros hombres han llegado, porque sin su ayuda nos será imposible raptar a mi Marianna.

—Sandokán mío, vamos a ver si hay algo que poner bajo los dientes o con que remojar el gaznate. —Salgamos, Yáñez.

El portugués, que se sentía ahogar dentro de aquella estufa hollinienta, echó la carabina por delante y luego se arrastró hasta la portezuela, saltando ágilmente sobre un tiesto que estaba cerca, para no dejar en el suelo las huellas del hollín.

Sandokán imitó aquella prudente maniobra y, saltando de tiesto en tiesto, llegaron a la puerta del invernadero.

— ¿No se ve a nadie? —preguntó.

—Todo está oscuro en el exterior.

—Entonces vamos a saquear los plátanos. Se dirigieron hasta los boscajes que crecían a lo largo del sendero y, después de haber encontrado algunos plátanos y pombos, hicieron una buena provisión con que calmar los estirones del estómago y los ardores de la sed. Iban a volver al invernadero, cuando Sandokán se detuvo, diciendo:

—Espérame aquí, Yáñez. Quiero ir a ver dónde están los soldados.

—Vas a cometer una imprudencia —respondió el portugués—. Déjalos que busquen donde quieran. ¿Qué nos importa ahora eso?

—Tengo un plan en la cabeza.

—Al diablo tu plan. Por esta noche no se puede hacer nada.

— ¿Quién sabe? —Respondió Sandokán—. Quizá podamos marcharnos sin esperar a mañana. Además, mi ausencia será breve.

Entregó a Yáñez la carabina, empuñó el kriss y se alejó silenciosamente, manteniéndose bajo la oscura sombra de los boscajes.

Cuando llegó al último grupo de plátanos, descubrió a gran distancia algunas antorchas que se dirigían a la cerca.

—Parece que se alejan —murmuró—. Vamos a ver qué sucede en la casa de lord James. ¡Ah!... Si pudiese ver, siquiera por unos instantes, a mi muchacha... Me iría de aquí más tranquilo.

Ahogó un suspiro y se dirigió hacia el sendero, procurando mantenerse al abrigo de los troncos de los árboles y de los arbustos.

Cuando llegó al alcance de la casa, se detuvo bajo unos mangos y miró. Su corazón se sobresaltó al ver la ventana de Marianna iluminada.

— ¡Ah! ¡Si pudiese raptarla! —murmuró, mirando la luz que brillaba a través de las rejas.

Dio aún tres o cuatro pasos, manteniéndose inclinado hacia el suelo para que no lo descubriera ningún soldado que pudiera hallarse emboscado por aquellos alrededores, y después se detuvo nuevamente.

Había descubierto una sombra que pasaba delante de la luz y le pareció que era la de la mujer amada.

Estaba a punto de lanzarse hacia adelante, cuando al bajar los ojos vio una forma humana quieta delante de la puerta de la casa. Era un centinela, que estaba apoyado en su carabina.

«¿Me habrá descubierto?», se preguntó.

Su vacilación duró un solo instante. Había vuelto a ver la sombra de la muchacha, que pasaba de nuevo por detrás de las rejas.

Sin cuidarse del peligro se lanzó hacia adelante. Apenas había dado diez pasos, cuando vio que el centinela empuñaba rápidamente la carabina.

— ¿Quién vive? —gritó.

Sandokán se detuvo.

## **II. El fantasma de los casacas rojas**

Ahora la partida estaba perdida y amenazaba con volverse seriamente peligrosa para el pirata y para su compañero.

No era de suponer que el centinela, dada la oscuridad y la distancia, hubiera podido descubrir con claridad al pirata, que se había escondido rápidamente detrás de un arbusto; pero podía abandonar su puesto e ir a buscarlo o llamar a otros compañeros.

Sandokán comprendió enseguida que iba a exponerse a un gran peligro, y así, en vez de avanzar, permaneció inmóvil detrás de aquel abrigo.

El centinela repitió la intimación; al no recibir respuesta alguna, dio unos pasos adelante, doblando a derecha e izquierda para intentar descubrir lo que se escondía detrás del arbusto; luego, pensando quizá que se había equivocado, regresó hacia la casa, y volvió a su puesto de centinela en la entrada.

Sandokán, a pesar de que sentía sobre sí el fortísimo deseo de realizar su temeraria empresa, comenzó a retroceder lentamente con mil precauciones, pasando de un tronco a otro y arrastrándose detrás de los arbustos, sin apartar los ojos del soldado, el cual tenía siempre el fusil en la mano, dispuesto a

disparar. Cuando llegó en medio de los parterres, apretó el paso y corriendo llegó al invernadero, donde lo esperaba el portugués, presa de mil ansiedades.

— ¿Qué has visto? —Le preguntó Yáñez—. Ya estaba temiendo por ti.

—Nada bueno para nosotros —respondió Sandokán con sorda cólera—. La casa está custodiada por centinelas y numerosos soldados recorren el jardín en todas las direcciones. Esta noche no podremos intentar absolutamente nada.

—Aprovecharemos para descabezar un sueñecillo. Seguramente aquí ya no volverán a molestarnos.

— ¿Quién puede asegurarlo?

— ¿Quieres hacer que me entre fiebre, Sandokán?

—Cualquier otra patrulla puede pasar por estas cercanías y hacer una nueva exploración.

—Me parece que esto marcha mal para nosotros, hermanito mío. ¡Si tu muchacha pudiera sacarnos de esta fea situación!...

— ¡Pobre Marianna! ¡Quién sabe cómo la vigilarán! ¡Y quién sabe cuánto sufrirá sin tener noticias nuestras! Daría cien gotas de mi sangre por poder decirle que estamos vivos todavía.

—Se encuentra en condiciones mucho mejores que nosotros, hermanito mío. No pienses más en ella por ahora. ¿Quieres que aprovechemos estos momentos de tregua para dormir unas horas? Un poco de descanso nos vendrá bien.

—Sí, pero con un ojo abierto.

—Me gustaría dormir con los dos ojos abiertos. Vamos a tumbarnos detrás de esos tiestos e intentaremos dormir.

El portugués y su compañero, a pesar de que no se sentían completamente tranquilos, se acomodaron lo mejor posible en medio de las rosas de China, intentando saborear un poco de descanso.

Pero a pesar de toda su buena voluntad, no fueron capaces de pegar ojo. El temor de ver aparecer otra vez a los soldados de lord James los tenía constantemente despiertos. Incluso varias veces, para calmar su creciente ansiedad, se levantaron y salieron del invernadero para ver si sus enemigos se acercaban.

Cuando despuntó el alba, los ingleses volvieron a revisar el jardín con mayor encarnizamiento, rebuscando entre los boscajes de bambú y de plátanos, los arbustos y los parterres. Parecía que estaban seguros de descubrir, antes o después, a los dos audaces piratas que habían cometido la imprudencia

de saltar la cerca del jardín. Yáñez y Sandokán, viéndolos lejos, aprovecharon para saquear una especie de naranjo, que producía frutas tan grandes como la cabeza de un niño y muy jugosas, conocidas por los malayos con el nombre de buákadangsa, y luego volvieron a esconderse en la estufa, después de haber tenido la precaución de borrar cuidadosamente las huellas de hollín que habían dejado en el suelo.

A pesar de que el invernadero ya había sido inspeccionado, los ingleses podían volver para asegurarse mejor, a la luz del día, de que no se escondían allí los dos audaces piratas.

Sandokán y Yáñez, después de haber devorado su escaso refrigerio, encendieron los cigarrillos y se acomodaron entre las cenizas y el hollín, esperando que volviera a caer la noche para intentar la fuga.

Llevaban allí ya varias horas, cuando a Yáñez le pareció oír pasos fuera. Ambos se levantaron empuñando el kriss.

— ¿Vuelven? —preguntó el portugués.

— ¿No te habrás equivocado? —dijo Sandokán.

—No, alguien ha pasado por el sendero.

—Si fuera cierto que se tratase de un solo hombre, saldría para hacerlo prisionero.

—Estás loco, Sandokán.

—Por él podríamos saber dónde se encuentran los soldados y por qué parte se puede pasar.

— ¡Humm!... Estoy seguro de que nos engañaría.

—No se atrevería con nosotros, Yáñez.

— ¿Quieres que vayamos a ver?

—No te fíes, Sandokán.

—Sin embargo, hay que intentar algo, amigo mío.

—Déjame que salga yo.

— ¿Y me voy a quedar yo aquí sin hacer nada?

—Si me hace falta ayuda, te llamaré.

— ¿Ya no oyes nada?

—No.

—De todos modos, ve, Yáñez. Yo estaré preparado para lanzarme fuera.

Yáñez se quedó escuchando primero unos instantes, luego atravesó el invernadero y salió fuera, mirando atentamente bajo los plátanos.

Se escondió en medio de un arbusto y vio algunos soldados que todavía estaban batiendo, aunque a disgusto, los parterres del jardín.

Los otros debían de haberse adelantado fuera de la cerca, habiendo perdido la esperanza de encontrar a los dos piratas en los alrededores de la casa.

—Esperemos —dijo Yáñez—. Si no nos encuentran en todo el día se persuadirán quizá de que hemos conseguido largarnos a pesar de su vigilancia. Si todo va bien, esta noche podremos abandonar nuestro escondite y lanzarnos a la selva.

Iba a volver, cuando al girar su mirada hacia la casa vio un soldado que avanzaba por el sendero que conducía al invernadero.

— ¿Me habrá descubierto? —se preguntó ansiosamente.

Se lanzó en medio de los plátanos y, manteniéndose escondido detrás de aquellas gigantescas hojas, se reunió rápidamente con Sandokán. Este, al verlo con el rostro alterado, comprendió enseguida que algo grave debía de haberle sucedido.

— ¿Te han seguido acaso? —le preguntó.

—Temo que me hayan visto —respondió Yáñez—. Un soldado se dirige hacia nuestro refugio.

— ¿Uno solo?

—Pues claro.

—Ese es el hombre que me hace falta.

— ¿Qué quieres decir?

— ¿Están lejos los otros?

—Están cerca de la empalizada.

—Entonces lo prenderemos.

— ¿A quién? —preguntó Yáñez con espanto.

—Al soldado que se dirige hacia aquí.

—Pero tú quieres que nos perdamos, Sandokán.

—Ese hombre me es necesario. Vamos, sígueme.

Yáñez quería protestar, pero Sandokán ya se hallaba fuera del invernadero. Así que de buena o mala ganase vio obligado a seguirlo, para impedirle al menos cometer alguna gran imprudencia.

El soldado que Yáñez había descubierto no se encontraba a más de doscientos pasos. Era un jovencito delgado, pálido, con los cabellos rojos e imberbe todavía, probablemente un soldado novato. Avanzaba descuidadamente, silbando entre dientes y llevando el fusil en bandolera. Desde luego ni siquiera se había percatado de la presencia de Yáñez, porque en caso contrario habría empuñado el arma y no avanzaría sin tomar alguna precaución o llamar en su ayuda a algún camarada.

—Será fácil capturarlo —dijo Sandokán, inclinándose hacia Yáñez, que se había reunido con él—. Mantengámonos escondidos en medio de estos plátanos y apenas haya pasado ese jovencito caeremos sobre él por la espalda. Prepara un pañuelo para amordazarlo.

—Estoy preparado —respondió Yáñez—, pero te digo que vas a cometer una imprudencia.

—Ese hombre no podrá oponer mucha resistencia.

— ¿Y si grita?

—No le dará tiempo. ¡Ahí está!

El soldado había sobrepasado ya el matorral sin haberse dado cuenta de nada. Yáñez y Sandokán, de común acuerdo, cayeron sobre él por la espalda. Mientras el Tigre lo aferraba por el cuello, el portugués le ponía la mordaza en la boca. A pesar de que el ataque fue fulminante, el jovencito tuvo tiempo de dar un grito agudo.

—Rápido, Yáñez —dijo Sandokán.

El portugués tomó en sus brazos al inglés y lo transportó rápidamente a la estufa. Sandokán lo alcanzó a los pocos momentos. Estaba bastante inquieto porque no había tenido tiempo de recoger la carabina del prisionero, al ver dos soldados que se lanzaban hacia el sendero.

—Estamos en peligro, Yáñez —dijo, entrando rápidamente en la estufa.

— ¿Se han dado cuenta de que hemos raptado al soldado? —preguntó Yáñez palideciendo.

—Deben de haber oído el grito.

—Entonces estamos perdidos.

—Todavía no. Pero, si ven en el suelo la carabina de su camarada, seguro que vendrán aquí a buscar.

—No perdamos tiempo, hermanito mío. Salgamos de aquí y corramos hacia la cerca.

—Nos fusilarán antes de haber andado cincuenta pasos. Quedémonos en la

estufa y esperemos con calma los acontecimientos. Por otra parte, estamos armados y dispuestos a todo.

—Me parece que vienen. —No te asustes, Yáñez.

El portugués no se había equivocado. Algunos soldados habían llegado ya cerca del invernadero y comentaban la misteriosa desaparición de su camarada.

—Si ha dejado aquí el arma, quiere decir que alguien lo ha sorprendido y se lo ha llevado —decía un soldado.

—Me parece imposible que los piratas se encuentren todavía aquí y que hayan tenido tanta audacia como para intentar un golpe semejante —decía otro—. ¿Habrá querido Barry burlarse de nosotros?

—No me parece que sea este momento propicio para bromas.

—Sin embargo, yo no estoy convencido de que le haya ocurrido una desgracia.

—Pues yo en cambio os digo que ha sido atacado por los dos piratas —replicó una voz nasal con acento escocés—. ¿Quién ha visto a esos dos hombres saltar la empalizada?

—Pues, si no, ¿dónde crees que están escondidos? Hemos recorrido todo el jardín sin encontrar ni rastro. ¿Serán realmente esos bribones dos espíritus infernales, capaces de esconderse bajo la tierra o en el tronco de los árboles?

— ¡Eh!... ¡Barry!... —gritó una voz de trueno—. Déjate de bromas, bribón, o te haré azotar como un marinero.

Naturalmente nadie respondió. El jovencito tenía buenas ganas de ello, pero, amordazado como se encontraba, y además amenazado por los kriss de Sandokán y de Yáñez, no podía hacerlo. Aquel silencio confirmó a los soldados en la sospecha de que a su camarada le había ocurrido una desgracia.

—Bueno, ¿qué hacemos? —preguntó el escocés.

—Busquémoslo, amigos —dijo otro.

—Ya hemos registrado toda esta espesura.

—Entremos en el invernadero —dijo un tercero. Los dos piratas, al oír aquellas palabras, se sintieron invadidos por una profunda inquietud.

— ¿Qué hacemos? —preguntó Yáñez.

—Antes de nada mataremos al prisionero —resolvió Sandokán.

—La sangre nos traicionaría. Además, creo que este jovencito está medio muerto del susto y no podrá hacernos daño.

—De acuerdo, perdonémosle la vida. Ponte junto a la portezuela y rompe el cráneo al primer soldado que intente entrar.

— ¿Y tú?

—Preparo una hermosa sorpresa a los casacas rojas.

Yáñez tomó la carabina, la montó y se tendió entre las cenizas. Sandokán se inclinó sobre el prisionero, diciéndole:

—Ten cuidado, porque, como intentes dar un solo grito, te clavo el puñal en la garganta, y te advierto que la punta ha sido envenenada con el jugo mortal del upas. Si quieres vivir, no hagas un solo movimiento.

Dicho esto, se levantó y empujó las paredes de la estufa en distintos lugares.

—Será una espléndida sorpresa —dijo—. Esperemos el momento oportuno para mostrarnos.

Entretanto, los soldados habían entrado en el invernadero y removían con rabia los tiestos, soltando imprecaciones contra el Tigre de Malasia y su camarada.

Como no encontraban nada, fijaron sus miradas en la gran estufa.

— ¡Por mil cañones! —Exclamó el escocés—. ¿Habrán asesinado a nuestro camarada y lo habrán escondido después ahí dentro?

—Vamos a ver —dijo otro.

—Despacio, compañero —dijo un tercero—. La estufa es lo suficientemente amplia como para ocultar más de un hombre.

Sandokán se había apoyado entonces contra las paredes, dispuesto a dar un empujón tremendo.

—Yáñez —dijo—, prepárate a seguirme.

Al oír abrirse la portezuela, Sandokán se retiró unos pasos y luego se lanzó. Se oyó un sordo fragor, y a continuación las paredes, desfondadas por aquella poderosa sacudida, cedieron.

— ¡El Tigre! —gritaron los soldados, arrojándose a derecha e izquierda.

En medio del derrumbamiento de los ladrillos había aparecido de improviso Sandokán, con la carabina en la mano y el kriss entre los dientes.

Disparó contra el primer soldado que vio delante y luego se lanzó con ímpetu irresistible sobre los demás, derribando a otros dos, y después atravesó el invernadero, seguido de Yáñez.

### III. A través de la selva

El espanto experimentado por los soldados al ver aparecer ante sí al formidable pirata había sido tal, que en ese momento ninguno había pensado en hacer uso de sus armas. Cuando, repuestos de la sorpresa, quisieron emprender la ofensiva, ya era demasiado tarde.

Los dos piratas, sin cuidarse de los toques de trompeta que salían de la quinta y de los tiros de fusil de los soldados desplegados por el jardín, tiros disparados al azar, pues aquellos hombres aún no sabían qué había sucedido, se encontraban ya en medio de los parterres y arbustos.

En dos minutos, corriendo furiosamente, llegaron en medio de los grandes árboles. Resoplaron y miraron a su alrededor.

Los soldados que habían intentado bloquearlos en la estufa se habían lanzado fuera del invernadero, desgañitándose a voz en cuello y haciendo fuego entre los árboles.

Los de la quinta, comprendiendo finalmente que se trataba de algo grave y sospechando quizá que sus compañeros habían descubierto al formidable Tigre de Malasia, corrían a través del jardín para alcanzar las empalizadas.

—Demasiado tarde, queridos míos —dijo Yáñez—. Llegaremos nosotros antes.

—Vamos a escape —dijo Sandokán—. No nos dejaremos cortar el camino.

—Mis piernas están listas.

Volvieron a correr con el mismo vigor, manteniéndose ocultos en medio de los árboles y, una vez llegados a la cerca, la atravesaron de dos saltos, dejándose caer del otro lado.

—¿No hay nadie? —preguntó Sandokán.

—No se ve un alma.

—Lancémonos al bosque. Les haremos perder nuestra pista.

La selva no estaba más que a dos pasos. Ambos se metieron en el interior, corriendo hasta perder el resuello. Pero, a medida que iban alejándose, la marcha se hacía difícilísima.

Por todas partes surgían espesos matorrales, apretados, encajados entre árboles enormes que proyectaban sus gruesos y nudosos troncos a alturas extraordinarias, y por todas partes se entretejían, enroscándose como boas monstruosas, miríadas de raíces.

Descendían desde lo alto, para después volver a subir, enredándose en los troncos y en las ramas de los grandes vegetales, los calamus, los rotang, los gambir formando verdaderas redes que se resistían tenazmente a todos los esfuerzos, desafiando incluso a las hojas de los cuchillos, mientras que más abajo el Pipernigrumz de valiosa semilla formaba tales montones que hacía inútil cualquier intento para pasar.

A derecha, a izquierda, delante y detrás, se proyectaban hacia arriba los durion de troncos derechos, lustrosos, cargados de fruta ya casi madura, proyectiles excesivamente peligrosos, pues estaban revestidos de púas durísimas como si fueran de hierro, o grupos inmensos de plátanos de hojas desmesuradas, o de betel, o de arengas saccharíferas con sus elegantes penachos, o de naranjos cuya fruta era tan grande como la cabeza de un niño.

Los dos piratas, perdidos en medio de aquella frondosa selva, que verdaderamente podía llamarse virgen, se encontraron bien pronto en la imposibilidad de avanzar. Hubiera sido necesario el cañón para desfondar aquella muralla de troncos de árbol, de raíces y de calamus.

— ¿Dónde vamos, Sandokán? —Preguntó Yáñez—. Yo ya no sé por qué zona pasar.

—Imitaremos a los monos —dijo el Tigre de Malasia—. Es una maniobra que a nosotros ya nos resulta familiar.

—Y también muy apreciable en estos momentos.

—Sí, porque haremos que los ingleses que nos siguen pierdan nuestro rastro.

— ¿Sabremos después orientarnos?

—Tú sabes que nosotros, los borneses, no perdemos la buena dirección, aunque nos falte la brújula. Nuestro instinto de hombres de los bosques es infalible.

— ¿Habrán entrado ya en la selva los ingleses?

— ¡Humm! Lo dudo, Yáñez —respondió Sandokán—. Si nos cansamos nosotros, que ya estamos habituados a vivir en medio de los bosques, ellos no habrán podido dar diez pasos. A pesar de todo, intentemos alejarnos rápidamente. Sé que el lord tiene grandes perros y esos condenados animales podrían echársenos encima.

—Tenemos puñales para destriparlos, Sandokán.

—Son más peligrosos que los hombres. Vamos, Yáñez, a mover los brazos.

Agarrándose a los rotang, a los calamus y a los sarmientos del piper, los dos piratas se pusieron a escalar la muralla de plantas con una agilidad que

hubiera dado envidia a los mismos monos.

Subían, bajaban y después tornaban a subir pasando entre las mallas de aquella inmensa red vegetal y deslizándose entre las gigantescas hojas de los espesísimos plátanos o a lo largo de los colosales troncos de los árboles.

Ante su inesperada aparición, huían alborotadamente las espléndidas palomas coronadas o aquellas otras llamadas morobo; los tucanes, de enorme pico y de cuerpo centelleante con sus plumas rojas y azules; escapaban emitiendo notas estridentes, semejantes al chirriar de un carro mal engrasado; se levantaban, como relámpagos, los argos de largas colas manchadas, y desaparecían las bellas alude de plumas color turquesa, dejando oír sus prolongados silbidos. También los monos de larga nariz, sorprendidos por aquella aparición, se lanzaban precipitadamente hacia los árboles cercanos, dando gritos de espanto, y corrían a esconderse en los huecos de los troncos.

Yáñez y Sandokán, sin inquietarse por nada, proseguían sus intrépidas maniobras, pasando de planta en planta sin poner jamás el pie en falso. Se lanzaban entre los calamus con seguridad extraordinaria, quedando suspendidos, y luego de un nuevo salto pasaban a los rotang, para volver después a agarrarse a las ramas de este o aquel árbol.

Recorrieron quinientos o seiscientos metros, no sin haber estado varias veces en peligro de caer de cabeza desde una altura que daba vértigo, y se detuvieron entre las ramas de un buá mamplam, planta que produce unas frutas bastante desagradables para los paladares europeos, pues están impregnadas de un fuerte olor a resina, pero que son muy nutritivas e incluso muy apreciadas por los indígenas.

—Podemos descansar unas horas —dijo Sandokán—. Es seguro que nadie vendrá a molestarnos en medio de esta selva. Es como si nos encontrásemos en una ciudadela bien fortificada.

— ¿Sabes, hermanito mío, que hemos tenido mucha suerte de poder huir de esos bribones? Encontrarse en una estufa con ocho o diez soldados alrededor y salvar aún la piel, es una cosa verdaderamente milagrosa. Deben de tener un gran miedo de ti.

—Parece que así es —repuso Sandokán, sonriendo.

— ¿Habrá sabido tu muchacha que has conseguido escapar?

—Supongo que sí —respondió Sandokán con un suspiro.

—De todos modos, me temo que esta empresa nuestra decidirá al lord a buscar un asilo seguro en Victoria.

— ¿Tú crees? —preguntó Sandokán, ensombreciéndosele el semblante.

—Ya no se encontrará seguro, ahora que sabe que nosotros estamos tan cerca de la quinta.

—Es verdad, Yáñez. Tenemos que ponernos a buscar a nuestros hombres.

— ¿Habrán desembarcado?

—Los encontraremos en la desembocadura del río.

—Si no les ha ocurrido alguna desgracia.

—No me metas el miedo en el cuerpo; además, pronto lo sabremos.

— ¿Y caeremos enseguida sobre la quinta?

—Veremos lo que nos conviene hacer.

— ¿Quieres un consejo, Sandokán?

—Habla, Yáñez.

—En vez de intentar expugnar la quinta, esperemos que salga el lord. Ya verás cómo no se queda mucho tiempo en estos lugares.

— ¿Y quieres atacar al grupo en el camino?

—En medio de los bosques. Un asalto a la quinta puede ir para largo y costar enormes sacrificios.

—Es un buen consejo.

—Una vez destruida la escolta o puesta en fuga, raptaremos a la muchacha y volveremos enseguida a Mompracem.

— ¿Y el lord?

—Lo dejaremos donde quiera. ¿Qué nos importa él? Que se vaya a Sarawak o a Inglaterra, poco cuenta.

—No irá ni a un sitio ni a otro, Yáñez.

— ¿Qué quieres decir?

—Que no nos dará un momento de tregua y que lanzará contra nosotros todas las fuerzas de Labuán.

— ¿Y te asustas de eso?

— ¿Yo?... ¿Acaso el Tigre de Malasia tiene miedo de ellos?... Vendrán muchos y poderosamente armados, decididos a expugnar mi isla, pero encontrarán pan para sus dientes. En Borneo hay legiones de salvajes dispuestos a acudir con presteza bajo mis banderas. Bastaría que yo mandase emisarios a las Romades y a las costas de la gran isla para ver llegar decenas de praos.

—Lo sé, Sandokán.

—Como ves, Yáñez, podría, si quisiera, desencadenar la guerra incluso en las orillas de Borneo y lanzar hordas de feroces salvajes sobre esta aborrecida isla.

—Sin embargo, no lo harás, Sandokán.

— ¿Por qué?

—Cuando hayas raptado a Marianna Guillonk, no te preocuparás más de Mompracem ni de tus cachorros. ¿No es verdad, hermanito?

Sandokán no respondió. Sin embargo, de sus labios salió un suspiro tan fuerte que parecía un lejano rugido.

—La muchacha está llena de energía, es una de esas mujeres que no se haría de rogar para combatir intrépidamente al lado del hombre amado, pero miss Mary no llegará jamás a ser la reina de Mompracem.

— ¿Es así, Sandokán?

También esta vez el pirata permaneció silencioso. Se cogió la cabeza entre las manos, y sus ojos, animados por una sombría llama, miraban al vacío, quizá muy lejos, intentando leer el futuro.

—Tristes días se preparan para Mompracem —continuó Yáñez—. Dentro de pocos meses, o quizá menos aún, dentro de unas semanas, la formidable isla habrá perdido todo su prestigio e incluso a sus terribles tigres. En fin, tenía que suceder así. Tenemos tesoros inmensos y nos iremos a disfrutar de una vida tranquila en alguna opulenta ciudad de Extremo Oriente.

—Calla —dijo Sandokán con voz sorda—. Calla, Yáñez. Tú no puedes saber cuál será el destino de los tigres de Mompracem.

—Se puede adivinar.

—Quizá te equivoques.

— ¿Entonces qué ideas tienes?

—No te lo puedo decir todavía. Esperemos los acontecimientos. ¿Quieres que sigamos?

—Es todavía un poco pronto.

—Estoy impaciente por volver a ver los praos.

—Los ingleses pueden estar esperándonos a la orilla de la selva.

—Ya no los temo.

—Ten cuidado, Sandokán. Estás a punto de meterte en un feo berenjenal.

Una bala de carabina bien dirigida puede mandarte al otro mundo.

—Seré prudente. Mira, me parece que allí empieza a aclararse un poco la selva. Vamos, Yáñez. La fiebre me devora.

—Como quieras.

El portugués, a pesar de que temía una sorpresa por parte de los ingleses, que podían haber avanzado por el bosque arrastrándose como serpientes, estaba al mismo tiempo impaciente por saber si los praos habían escapado a la tremenda borrasca que había batido las costas de la isla.

Apagaron la sed con el jugo de algunos buá mamplam, se agarraron a los rotang y a los calamus que aprisionaban el árbol y se dejaron caer al suelo. Sin embargo no era fácil salir de la selva. Al otro lado de un pequeño espacio poco cubierto, los árboles volvían a ser más frondosos que antes.

Incluso Sandokán se encontraba un poco desorientado y no sabía qué dirección tomar para llegar, aproximadamente, a las cercanías del río.

—Estamos en un bonito enredo, Sandokán —dijo Yáñez, que no conseguía ni siquiera ver el sol para orientarse—. ¿Hacia qué dirección tiramos?

—Te confieso que no sé si torcer a derecha o izquierda —respondió Sandokán—. De todos modos, me parece ver allí un pequeño sendero. Las hierbas han vuelto a cubrirlo otra vez, pero espero que nos conduzca fuera de este laberinto y...

—Un ladrido, ¿verdad?

—Sí —respondió el pirata, cuya frente se había oscurecido.

—Los perros han descubierto nuestras huellas.

—Están buscando al azar. Escucha.

En la lejanía, en medio de la espesa selva, se oyó un segundo ladrido. Algún perro había entrado en la inmensa selva virgen e intentaba alcanzar a los fugitivos.

— ¿Vendrá solo o seguido de hombres? —se preguntó Yáñez.

—Quizá de algún negro. Un soldado no habría podido arriesgarse en este inmenso caos de vegetación.

— ¿Qué vas a hacer?

—Esperar a pie firme al animal y matarlo.

— ¿De un tiro?

—El disparo nos traicionaría, Yáñez. Empuña tu kriss y esperemos. En

caso de peligro, treparemos a este pombo.

Se escondieron los dos detrás del grueso tronco del árbol, que estaba rodeado de raíces y de rotang formando una verdadera red, y esperaron la aparición del adversario de cuatro patas.

El animal ganaba terreno rápidamente. Se oían a no mucha distancia el crujido de las ramas y de las hojas y el resonar de sordos ladridos.

Debía de haber descubierto las huellas de los dos piratas y se apresuraba para impedirles que se alejaran. Quizá detrás de él, a distancia, había algunos indígenas.

—Ahí está —dijo de pronto Yáñez.

Un perrazo negro, de pelo hirsuto, las mandíbulas poderosamente armadas de agudos dientes, apareció en medio de unos arbustos. Debía de pertenecer a esa raza feroz utilizada por los plantadores de las Antillas y de América meridional para cazar a los esclavos.

Al ver a los dos piratas se detuvo un momento y los miró con ojos ardientes; luego, abalanzándose por encima de las raíces con un salto de leopardo, se arrojó con ferocidad sobre ellos, lanzando un gruñido pavoroso.

Sandokán se había arrodillado rápidamente, manteniendo el kriss horizontal, mientras Yáñez aferraba la carabina por el cañón, queriendo utilizarla como una maza.

El perrazo, de un último salto, cayó encima de Sandokán, que era el más cercano, intentando clavarle los colmillos en la garganta. Pero, si aquella bestia era feroz, no lo era menos el Tigre de Malasia.

Su derecha, rápida como el relámpago, se interpuso y la hoja desapareció casi entera entre las fauces del animal. Al mismo tiempo, Yáñez le asestaba en el cráneo un culatazo tan fuerte, que lo destrozó de golpe.

—Me parece que ya tiene bastante —dijo Sandokán, levantándose y empujando con el pie al perrazo ya agonizante—. Si los ingleses no tienen más aliados que echarnos a los talones, perderán inútilmente el tiempo.

—Ten cuidado, no vayan a venir los hombres detrás del perro.

—A estas horas ya habrían hecho fuego sobre nosotros. Vamos, Yáñez. Corramos al sendero.

Los dos piratas, sin preocuparse de nada más, se ocultaron entre los árboles, intentando seguir el viejo sendero.

Las plantas, las raíces y sobre todo los rotang y los calamus lo habían invadido; no obstante, había quedado una señal bastante visible y se podía

seguir sin gran esfuerzo.

Sin embargo, a cada instante los dos hombres daban con la cabeza contra ciertas telas de araña, tan desmesuradas y tenaces que podían aprisionar sin romperse volátiles pequeños, o bien tropezaban contra las raíces serpenteantes entre las hierbas, dando de vez en cuando tumbos desagradables.

Numerosos lagartos voladores, espantados por la aparición de los dos piratas, huían desordenadamente en todas las direcciones, y algún reptil, perturbado en su sueño, se alejaba precipitadamente, haciendo oír un silbido amenazador.

Pero bien pronto también el sendero desapareció, y Yáñez y Sandokán se vieron obligados a recomenzar sus maniobras aéreas entre los rotang, los gambir y los calamus, poniendo en fuga o irritando a los bigit, monos de negrísima pelambre que abundaban en Borneo y en las islas vecinas y que están dotados de una agilidad increíble.

Olores nauseabundos se levantaban de aquellas aguas negras, emanaciones producidas por la corrupción de las hojas y de la fruta acumuladas en el lecho del riachuelo. Había peligro de incubar una fuerte fiebre.

Los dos piratas habían recorrido un cuarto de kilómetro, cuando Yáñez se detuvo bruscamente, agarrándose a una gruesa rama que se extendía de un lado al otro del torrente.

— ¿Qué pasa, Yáñez? —preguntó Sandokán, quitándose el fusil de la espalda.

— ¡Escucha!

El pirata se inclinó hacia adelante escuchando, y tras unos momentos dijo:

—Alguien se acerca.

En el mismo instante, un poderoso mugido, que se hubiera dicho había sido lanzado por un toro espantado o irritado, resonó bajo las arcadas de vegetación, haciendo callar de golpe los gorjeos de los pájaros y la risa estridente de los pequeños monos.

—En guardia, Yáñez —dijo Sandokán—. Tenemos un maías ante nosotros.

—Hay también otro enemigo, quizá más temible que el primero.

— ¿Qué quieres decir?

—Mira allí, sobre aquella gruesa rama que atraviesa el riachuelo.

Sandokán se alzó sobre la punta de los pies y lanzó una rápida mirada ante sí.

— ¡Ah! —murmuró, sin manifestar la más mínima aprensión—. ¡Un maías por una parte y un harimanbintang por otra! Veremos si son capaces de cerrarnos el paso. Prepara tu fusil y dispongámonos a todo.

#### IV. El ataque de la pantera

Dos formidables enemigos estaban frente a los dos piratas, a cuál más peligroso, pero parecía que por el momento no tenían ninguna intención de ocuparse de los dos hombres, porque en vez de descender a lo largo del torrente, se movían rápidamente el uno contra el otro, como si quisieran medir sus fuerzas.

El animal que Sandokán había llamado harimanbintang era una espléndida pantera de Sonda; el otro, en cambio, era uno de esos grandes simios, llamados maías u orang utang (en malayo, «hombre salvaje»), que son aún tan numerosos en Borneo y en las islas vecinas, y muy temidos por su fuerza prodigiosa y por su ferocidad.

La pantera, quizá hambrienta, al ver al hombre de los bosques pasar por la ribera opuesta, se había lanzado prontamente sobre una gruesa rama que se curvaba casi horizontalmente sobre la corriente, formando una especie de puente. Como ya se dijo, era una fiera tan bellísima como peligrosa.

Tenía la talla y en cierto modo también el aspecto de un tigre pequeño, pero con la cabeza más redonda y poco desarrollada, patas cortas y robustas y el pelaje amarillo oscuro a manchas y con rosetas más oscuras. Debía de medir por lo menos metro y medio de longitud, así que debía de ser una de las más grandes de la familia.

Su adversario era un feo y enorme simio, de cerca de un metro cuarenta de estatura, pero con los brazos tan largos, que alcanzaban en conjunto la longitud de dos metros y medio.

Su cara, bastante larga y arrugada, tenía un aspecto ferocísimo, especialmente con aquellos ojillos hundidos y en continuo movimiento, y el pelaje rojizo que la encuadraba.

El pecho de aquel cuadrumano tenía un desarrollo verdaderamente enorme y los músculos de los brazos y de las piernas formaban verdaderas nudosidades, indicio de una fuerza prodigiosa.

Estos simios, que los indígenas llaman metas, mías y también mafias, habitan en lo más espeso de los bosques, y prefieren las regiones más bien bajas y húmedas.

Construyen sus moradas muy espaciosas en las cimas de los árboles, empleando ramas muy gruesas que disponen hábilmente en forma de cruz.

Son de humor más bien triste y no les gusta la compañía. Ordinariamente evitan al hombre e incluso a los otros animales; ahora bien, si se los amenaza o irrita, se vuelven terribles y casi siempre su fuerza extraordinaria triunfa sobre sus adversarios.

El maias, al oír el ronco gruñido de la pantera, se había detenido de golpe. Se encontraba en la ribera opuesta del pequeño riachuelo, delante de un gigantesco durion, que proyectaba su espléndido quitasol de hojas a sesenta metros del suelo.

Probablemente había sido sorprendido en el momento en que iba a escalar el árbol para saquear su numerosa fruta.

Al ver a aquella peligrosa vecina, al principio se contentó con mirarla más con estupor que con ira, y luego emitió de pronto dos o tres silbidos guturales, indicio de un próximo acceso de cólera.

—Creo que vamos a presenciar una terrible lucha entre esos dos animalazos —dijo Yáñez, que se había cuidado mucho de moverse.

—No se meterán con nosotros por ahora —observó Sandokán—. Temía que quisieran atacarnos.

—También yo, hermanito mío. ¿Quieres que cambiemos de ruta?

Sandokán miró las dos orillas y vio que en aquel lugar era imposible salir y meterse en la selva.

Dos auténticas murallas de troncos, de hojas, de espinas, de raíces y de lianas, encerraban el curso del agua. Para abrirse paso, había que echar mano del kriss y trabajar de lo lindo.

—No podemos subir —dijo—. Al primer golpe dado con el cuchillo, mafias y pantera se lanzarían sobre nosotros de común acuerdo. Quedémonos aquí e intentemos que no nos descubran. La lucha no será larga.

—Después tendremos que enfrentarnos con el vencedor.

—Probablemente se encontrará entonces en tan malas condiciones, que no nos impedirá el paso.

— ¡Preparémonos!... La pantera se impacienta.

—Y el maias ya no puede contener sus deseos de romper las costillas a su vecina.

—Monta el fusil, Sandokán. Nunca se sabe lo que puede suceder.

—Estoy preparado para fusilar al uno y a la otra y...

Un aullido espantoso, algo parecido al mugido de un toro furioso, le cortó la palabra.

El orangután había llegado al colmo de la rabia.

Viendo que la pantera no se decidía a abandonar la rama y descender hacia la orilla, el orangután se adelantó amenazadoramente, emitiendo un segundo aullido y golpeándose fuertemente el pecho, que resonaba lo mismo que un tambor.

Aquel enorme simio daba miedo. Su pelambreira rojiza se había erizado, su rostro había adquirido una expresión de ferocidad inaudita y sus largos dientes, tan fuertes que pueden romper el cañón de un fusil como si fuera un simple palito, crujían.

La pantera, al verlo acercarse, se había encogido sobre sí misma como si se preparase a lanzarse, pero no parecía tener prisa por abandonar la rama.

El orangután se agarró con un pie a una gruesa raíz que serpenteaba por el suelo, y luego, inclinándose sobre el río, tomó con ambas manos la rama sobre la que estaba su adversaria y la sacudió con fuerza hercúlea, haciéndola crujir.

La sacudida fue tan poderosa que la pantera, a pesar de haber clavado en la madera sus poderosas garras, no pudo sostenerse y cayó al río.

Fue sin embargo un relámpago. Apenas había tocado el agua, cuando se lanzó nuevamente a la rama.

Descansó un momento, y después se arrojó a la desesperada sobre el gigantesco simio, clavándole las uñas en los hombros y en los muslos.

El cuadrumano emitió un aullido de dolor. La sangre, que había brotado súbitamente, le corría entre los pelos goteando en el río.

Satisfecha del feliz resultado de aquel fulminante ataque, la fiera intentó soltarse para volver a alcanzar la rama antes de que el adversario volviera al contraataque.

Con una cabriola magistral saltó sobre sí misma, sirviéndose del largo pecho del simio como punto de apoyo, y se lanzó hacia atrás. Con dos garras se agarró a la rama hundiendo las uñas en la corteza, pero no pudo lanzarse otra vez hacia adelante como hubiera sido su intención.

El orangután, a pesar de las espantosas heridas, había alargado rápidamente los brazos y aferrado la cola de la adversaria. Aquellas manos, dotadas de una fuerza terrible, ya no iban a soltar aquel apéndice. Se estrecharon como una prensa, arrancando a la fiera un aullido de dolor.

—Pobre pantera —dijo Yáñez, que seguía con vivo interés las diversas fases de aquella lucha salvaje.

—Está perdida —repuso Sandokán—. Si no se le arranca la cola, cosa imposible, ya no escapará al apretón del majas.

El pirata no se engañaba. El orangután, sintiendo entre sus manos la cola, se abalanzó hacia adelante, subiendo a la rama.

Reuniendo sus fuerzas, levantó en el aire a la fiera, empezó a voltearla como si fuera un ratón, y después la arrojó con ímpetu irresistible contra el enorme tronco del durion.

Se oyó un golpe seco, como de una caja ósea que se quiebra; la pobre bestia, abandonada por su enemigo, rodó inanimada por el suelo, deslizándose entre las negras aguas del riachuelo.

El cráneo, abierto del golpe, había dejado sobre el tronco del árbol una gran mancha sanguinolenta mezclada con pedazos de materia cerebral.

— ¡Por Júpiter! ¡Qué golpe maestro!... —murmuró Yáñez—. No creí que ese simio pudiera desembarazarse tan pronto de la pantera.

—Vence a todos los animales de la selva, incluso a la serpiente pitón —respondió Sandokán.

— ¿Hay peligro de que la empresa también con nosotros?

—Está tan irritado, que no se andana con miramientos, si nos ve.

—Pero me parece que se encuentra en muy malas condiciones. Está manando sangre por todas partes.

—Sin embargo, los maias son unos animalazos capaces de sobrevivir incluso después de haber recibido varias balas en el cuerpo.

— ¿Quieres que esperemos a que se marche?

—Me temo que la cosa vaya para largo.

—Ya no tiene nada que hacer aquí.

—En cambio yo pienso que tenía su nido en aquel durion. Me parece descubrir entre el follaje una masa oscura y maderos colocados transversalmente entre las ramas.

—Entonces tendremos que volver atrás.

—Ni pensarlo. Tendríamos que dar una vuelta inmensa, Yáñez.

—Pues matemos al simio y sigamos adelante por el riachuelo.

—Era lo que quería proponerte —dijo Sandokán—. Somos expertos

tiradores y sabemos manejar el kriss mejor que los malayos. Acerquémonos un poco para no errar el tiro. Hay tantas ramas por aquí, que podrían desviar fácilmente nuestras balas.

Mientras se preparaban para atacar al orangután, este se había agachado sobre la ribera del riachuelo y se echaba agua con las manos en las heridas.

La pantera le había herido terriblemente. Sus poderosas uñas habían lacerado la piel del pobre simio tan profundamente que habían dejado al desnudo sus clavículas. También los muslos habían sido atrozmente desgarrados y la sangre manaba en abundancia, formando un verdadero charco en el suelo. Gemidos que tenían algo de humano salían de cuando en cuando de los labios del herido, seguidos de feroces aullidos. La enorme bestia no se había calmado todavía e incluso en medio de sus espasmos traicionaba su salvaje furor.

Sandokán y Yáñez se habían arrimado a la orilla opuesta, para poder ocultarse rápidamente en la selva en caso de que fallasen los tiros y el orangután no cayera bajo la doble descarga.

Ya se habían detenido detrás de una gruesa rama y habían apoyado en ella sus fusiles para apuntar mejor, cuando vieron al orangután ponerse de improviso de pie, golpeándose furiosamente el pecho y rechinando los dientes.

— ¿Qué pasa? —Preguntó Yáñez—. ¿Nos habrá descubierto?

—No —dijo Sandokán—. No se ha irritado por nosotros.

— ¿Es que intenta sorprender a algún otro animal?

—Silencio: veo ramas y hojas moverse.

— ¡Por Júpiter!... ¿Serán los ingleses?

—Calla, Yáñez.

Sandokán se irguió silenciosamente sobre la rama y, escondiéndose detrás de una fronda de rotang que caía de lo alto, miró hacia la ribera opuesta, allí donde se encontraba el orangután.

Alguien se aproximaba, moviendo con precaución las hojas. Quizá ignorante del grave peligro que le esperaba, parecía dirigirse precisamente allí donde se encontraba el colosal durion.

El gigantesco cuadrumano lo había oído ya y se había colocado detrás del tronco del árbol, dispuesto a caer sobre el nuevo adversario y hacerlo pedazos. Ya no gemía ni aullaba: solo su ronca respiración podía traicionar todavía su presencia.

—Entonces, ¿qué sucede? —preguntó a Sandokán.

—Alguien se acerca incautamente al maías.

— ¿Un hombre o un animal?

—Todavía no alcanzo a divisar al imprudente.

— ¿Y si fuera algún pobre indígena?

—Estamos aquí nosotros y no daríamos tiempo al cuadrumano para que lo destrozara.

¡Eh!... Me lo imaginaba. Acabo de descubrir una mano.

— ¿Blanca o negra?

—Negra, Yáñez. Apunta al orangután.

—Estoy a punto.

En aquel instante se vio al gigantesco simio precipitarse en medio de la espesa vegetación, dando un aullido espantoso.

Las ramas y las hojas, arrancadas de golpe por las poderosas manos de la enorme bestia, cayeron dejando ver a un hombre.

Se oyó un grito de espanto, seguido rápidamente de dos tiros de fusil. Sandokán y Yáñez habían hecho fuego.

El cuadrumano, acertado en plena espalda, se volvió aullando y, al ver a los dos piratas, sin preocuparse más del incauto que se había aproximado, de un gran salto se abalanzó al río.

Sandokán abandonó el fusil y empuñó el kriss, resuelto a enzarzarse en una lucha cuerpo a cuerpo. Yáñez, a su vez, encaramándose en la rama, intentaba volver a cargar precipitadamente el arma.

El orangután, a pesar de haber sido herido nuevamente, se lanzó sobre Sandokán. Iba ya a alargar sus velludas zarpas, cuando se oyó un grito en la ribera opuesta.

— ¡El capitán!

Después tronó un disparo.

El orangután se detuvo, llevándose las manos a la cabeza. Permaneció un instante erguido, asaeteó a Sandokán con una última mirada llena de rabia feroz, y luego cayó al agua, levantando una gigantesca salpicadura.

En ese mismo instante el hombre que por poco no había caído en las manos del simio se lanzaba al río, gritando:

— ¡El capitán!... ¡El señor Yáñez!... Estoy contento de haber metido una bala en el cráneo de ese maías.

Yáñez y Sandokán habían saltado rápidamente desde la rama.

— ¡Paranoa! —exclamaron alegremente.

—En persona, capitán —respondió el malayo.

— ¿Qué haces en esta selva?

—Os buscaba, capitán.

— ¿Y cómo sabías tú que nos encontrábamos aquí?

—Dando vueltas por las orillas de esta selva, he descubierto a los ingleses acompañados de varios perros, y he imaginado que estarían buscándoos.

— ¿Y te has atrevido a meterte solo aquí dentro? —preguntó Yáñez.

—De las fieras no tengo miedo.

—Pues por poco no te ha hecho pedazos el orangután.

—Aún no me había cogido, señor Yáñez, y, como habéis visto, le he metido una bala en su cabezota.

— ¿Y han llegado todos los praos?

—Cuando salí para venir a vuestro encuentro, no había llegado ningún otro barco más que el mío.

— ¿Ningún otro? —exclamó Sandokán con ansiedad.

—No, capitán.

— ¿Cuándo dejaste la desembocadura del río?

—Ayer por la mañana.

— ¿Les habrá ocurrido a los otros barcos alguna desgracia? —se preguntó Yáñez, mirando a Sandokán con angustia.

—Quizá la tempestad los haya transportado muy al norte —respondió el Tigre.

—Puede haber sucedido eso, capitán —dijo Paranoa—. El viento del sur soplaba tremendamente y era imposible resistirlo de ningún modo. Yo tuve la suerte de meterme en una bahía pequeña, aunque bien abrigada, situada a sesenta millas de aquí, y por eso he podido volver atrás pronto y llegar antes que los demás a la cita. Por otra parte, como ya os dije, desembarqué ayer por la mañana, y en este intervalo pueden haber llegado también los otros barcos.

—Sin embargo estoy muy inquieto, Paranoa —dijo Sandokán—. Querría estar ya en la desembocadura del río para quitarme de encima estas inquietudes. ¿Has perdido algún hombre durante la borrasca?

—Ni uno solo, capitán.

— ¿Y ha sufrido algún desperfecto el barco?

—Ha tenido muy pocos daños, y ya han sido reparados.

— ¿Se encuentra escondido en la bahía?

—Lo he dejado en el mar, por temor a cualquier sorpresa.

— ¿Has desembarcado solo?

—Solo, capitán.

— ¿Has visto rondar algún inglés por las cercanías de la bahía?

—No, pero, como os he dicho, he visto algunos, que estaban batiendo las orillas de esta selva.

— ¿Cuándo?

—Esta mañana.

— ¿En qué dirección?

—Hacia el este.

—Venían de la quinta de lord James —dijo Sandokán, mirando a Yáñez.

Luego, volviéndose a Paranoa, le preguntó:

— ¿Estamos muy lejos de la bahía?

—No llegaremos antes de la puesta del sol.

— ¡Tanto nos hemos alejado! —Exclamó Yáñez—. ¡Y no son más que las dos de la tarde!... Nos queda un buen trecho que recorrer.

—Esta selva es muy grande, señor Yáñez, y además muy difícil de atravesar. Nos faltan por lo menos cuatro horas antes de llegar a las últimas manchas de vegetación.

—Vamos —dijo Sandokán, que parecía presa de una viva agitación.

—Tienes prisa por llegar a la bahía, ¿verdad, hermanito?

—Sí, Yáñez. Temo una desventura y acaso no me equivoque.

— ¿Temes que se hayan perdido los dos praos?

—Desgraciadamente, Yáñez. Si no los encontramos en la bahía, no los volveremos a ver.

— ¡Por Júpiter! ¡Qué desastre para nosotros!

—Una verdadera ruina, Yáñez —dijo Sandokán con un suspiro—. No sé,

pero se diría que la fatalidad comienza a pesar sobre nosotros, como si estuviera ansiosa de dar un golpe mortal a los cachorros de Mompracem.

— ¿Y si hubiera ocurrido esa desgracia? ¿Qué haremos nosotros, Sandokán?

— ¿Qué haremos? ¿Y tú me lo preguntas, Yáñez? ¿Acaso es el Tigre de Malasia hombre para espantarse o doblegarse ante el destino? Continuaremos la lucha, y opondremos hierro al hierro del enemigo, y fuego al fuego.

—Piensa que a bordo de nuestro prao no hay más que cuarenta hombres.

—Son cuarenta tigres, Yáñez. Guiados por nosotros, harán milagros y nadie podrá detenerlos.

— ¿Quieres lanzarlos contra la quinta?

—Ya se verá. Pero te juro que no abandonaré esta isla sin llevarme conmigo a Marianna Guillonk, aunque estuviera seguro de tener que luchar contra toda la guarnición de Victoria. Quién sabe, quizá de la muchacha depende la salvación o la caída de Mompracem. Nuestra estrella está a punto de apagarse, porque la veo palidecer cada vez más, pero no desespero todavía y quizá volveré a verla resplandecer más viva que nunca. ¡Ah!... ¡Si la muchacha lo quisiera!... El destino de Mompracem está en sus manos, Yáñez.

—Y en las tuyas —respondió el portugués con un suspiro—. Vamos, es inútil hablar de ello por ahora. Intentemos llegar al río para cerciorarnos de si han vuelto los otros dos praos.

Sí, vamos —dijo Sandokán—. Con un refuerzo semejante me sentiría capaz de intentar incluso la conquista de toda Labuán.

Guiados por Paranoa, volvieron a remontar la orilla del riachuelo y se metieron por un viejo sendero que el malayo había descubierto unas horas antes.

Las plantas, y especialmente las raíces, lo habían invadido, pero quedaba todavía un espacio suficiente para permitir a los piratas adentrarse sin demasiado esfuerzo.

Durante cinco horas seguidas avanzaron a través de la gran selva, haciendo de vez en cuando un breve alto para descansar, y a la caída del sol llegaron junto a las riberas del riachuelo que desembocaba en la bahía.

No viendo a ningún enemigo, descendieron hacia el oeste, atravesando una pequeña ciénaga que terminaba hacia el mar.

Cuando llegaron a las riberas de la pequeña bahía, las tinieblas habían caído ya hacía algunas horas. Paranoa y Sandokán se lanzaron hacia los últimos arrecifes y escudriñaron atentamente el oscuro horizonte.

—Mirad, capitán —dijo Paranoa, indicando al Tigre un punto luminoso, que apenas se distinguía, y que incluso podía confundirse con una estrella.

— ¿Es el farol de nuestro Arao? —preguntó Sandokán.

—Sí, capitán. ¿No lo veis deslizarse hacia el sur?

— ¿Qué señal tienes que hacer para que el barco se aproxime?

—Encender dos fuegos en la playa —respondió Paranoa.

—Vamos hasta la punta extrema de esta pequeña península —dijo Yáñez—. Señalaremos al prao la ruta exacta.

Se metieron por medio de un verdadero caos de escollos salpicados de conchas de caracol, restos de crustáceos y montones de algas, y llegaron hasta la punta extrema de un islote boscoso.

—Si encendemos aquí los fuegos, el prao podrá entrar en la bahía sin correr peligro de encallar —dijo Yáñez.

—Pero le haremos remontar el río —replicó Sandokán—. Me conviene esconderlo de las miradas de los ingleses.

—Yo me encargo de eso —propuso Yáñez—. Nosotros lo esconderemos en la ciénaga entre las cañas, cubriéndolo enteramente con ramas y con hojas, después de haberle quitado los palos y todas las jarcias. ¡Eh, Paranoa, haz la señal!

El malayo no perdió tiempo. En la orilla de un bosquecillo recogió leña seca, formó dos haces y, colocándolos a cierta distancia uno de otro, los encendió.

Un momento después los tres piratas vieron desaparecer el farol blanco del prao, y brillar en su lugar un punto rojo.

—Nos han visto —dijo Paranoa—. Podemos apagar los fuegos.

—No —replicó Sandokán—. Servirán para indicar a tus hombres la dirección. Ninguno conoce la bahía, ¿verdad?

—No, capitán.

—Entonces guiémoslos.

Los dos piratas se sentaron en la playa, con los ojos fijos en el farol rojo, que había cambiado de dirección.

Diez minutos después el prao estaba a la vista. Sus inmensas velas estaban desplegadas y se oía borbollar el agua delante de la proa. En la oscuridad parecía un pájaro gigantesco que volase sobre el mar. De dos bordadas llegó delante de la bahía y atravesó el canal, adentrándose hacia la desembocadura

del río.

Yáñez, Sandokán y Paranoa abandonaron el islote y retrocedieron rápidamente hasta las orillas de la pequeña ciénaga.

Apenas vieron que el prao echaba el ancla junto a los cañaverales espesísimos de las orillas, subieron a bordo.

Sandokán con un gesto ordenó silencio a la tripulación, que iba a saludar a los dos jefes de la piratería con una intempestiva explosión de alegría.

—Los enemigos quizá no estén lejos —dijo—. Así pues, os ordeno el más absoluto silencio, para no dejarnos sorprender antes de la realización de mis planes.

Luego, volviéndose hacia el subjefe, le preguntó con una emoción tan viva que tenía la voz casi trémula:

— ¿No han llegado los otros dos praos?

—No, Tigre de Malasia —respondió el pirata—. Durante la ausencia de Paranoa he visitado todas las costas próximas, acercándome incluso hacia las de Borneo, pero no hemos visto a nuestras naves en ninguna dirección.

— ¿Y tú qué crees?

El pirata no respondió: vacilaba.

—Habla —dijo Sandokán.

—Yo creo, Tigre de Malasia, que nuestros dos barcos se han estrellado contra las costas septentrionales de Borneo.

Sandokán se clavó las uñas en el pecho, mientras un suspiro sibilante se escapaba de sus labios.

— ¡Fatalidad!... ¡Fatalidad!... —murmuró con voz sorda—. La muchacha de los cabellos de oro traerá la desventura a los tigres de Mompracem.

—Valor, hermanito mío —le dijo Yáñez, poniéndole una mano en el hombro—. No desesperemos todavía. Quizá nuestros praos han sido empujados muy lejos, y tan gravemente dañados, que no han podido hacerse enseguida a la mar. Hasta que no encontremos los pecios, no tenemos por qué creer que se hayan hundido.

—Pero nosotros no podemos esperar, Yáñez. ¿Quién me dice que el lord se quedará todavía mucho tiempo en su quinta?

—Tampoco tienes por qué desearlo, amigo.

— ¿Qué quieres decir, Yáñez?

—Que tenemos hombres suficientes para atacarlo si tuviera que abandonar su quinta, y para arrebatarse a su preciosa sobrina.

— ¿Querrías intentar un golpe semejante?

— ¿Y por qué no? Nuestros cachorros son todos valientes y, aunque el lord llevase consigo el doble de soldados, seguro que no dudarían en emprender la lucha. Estoy madurando un bonito plan y espero que tendrá un espléndido resultado. Déjame descansar esta noche; mañana comenzaremos a actuar.

—Confío en ti, Yáñez.

—No te desanimes, Sandokán.

—Pero el prao no podemos dejarlo aquí. Puede ser descubierto por algún barco que se acerque a la bahía o por algún cazador que baje al río a disparar contra los pájaros acuáticos.

—He pensado en todo, Sandokán. Paranoa ha recibido ya instrucciones a este respecto. Ven, Sandokán. Vamos a comer un bocado y después echémonos a dormir. Te confieso que yo no puedo más.

Mientras los piratas, bajo la dirección de Paranoa, desmontaban todas las jarcias del barco, Yáñez y Sandokán subieron al pequeño cuadro de popa y dieron un asalto a las provisiones.

Calmada el hambre, que hacía ya tantas horas que los atormentaba, se echaron, vestidos como estaban, sobre sus camastros.

El portugués, que ya no se tenía en pie, se durmió enseguida profundamente; Sandokán, en cambio, tardó mucho en cerrar los ojos.

Tétricos pensamientos y siniestras inquietudes lo retrocedieron rápidamente hasta las orillas de la pequeña ciénaga.

Apenas vieron que el prao echaba el ancla junto a los cañaverales espesísimos de las orillas, subieron a bordo.

Sandokán con un gesto ordenó silencio a la tripulación, que iba a saludar a los dos jefes de la piratería con una intempestiva explosión de alegría.

—Los enemigos quizá no estén lejos —dijo—. Así pues, os ordeno el más absoluto silencio, para no dejarnos sorprender antes de la realización de mis planes.

Luego, volviéndose hacia el subjefe, le preguntó con una emoción tan viva que tenía la voz casi trémula:

— ¿No han llegado los otros dos praos?

—No, Tigre de Malasia —respondió el pirata—. Durante la ausencia de

Paranoa he visitado todas las costas próximas, acercándome incluso hacia las de Borneo, pero no hemos visto a nuestras naves en ninguna dirección.

— ¿Y tú qué crees?

El pirata no respondió: vacilaba.

—Habla —dijo Sandokán.

—Yo creo, Tigre de Malasia, que nuestros dos barcos se han estrellado contra las costas septentrionales de Borneo.

Sandokán se clavó las uñas en el pecho, mientras un suspiro sibilante se escapaba de sus labios.

— ¡Fatalidad!... ¡Fatalidad!... —murmuró con voz sorda—. La muchacha de los cabellos de oro traerá la desventura a los tigres de Mompracem.

—Valor, hermanito mío —le dijo Yáñez, poniéndole una mano en el hombro—. No desesperemos todavía. Quizá nuestros praos han sido empujados muy lejos y tan gravemente dañados, que no han podido hacerse enseguida a la mar. Hasta que no encontremos los pecios, no tenemos por qué creer que se hayan hundido.

—Pero nosotros no podemos esperar, Yáñez. ¿Quién me dice que el lord se quedará todavía mucho tiempo en su quinta?

—Tampoco tienes por qué desearlo, amigo.

— ¿Qué quieres decir, Yáñez?

—Que tenemos hombres suficientes para atacarlo si tuviera que abandonar su quinta, y para arrebatarse a su preciosa sobrina.

— ¿Querrías intentar un golpe semejante?

— ¿Y por qué no? Nuestros cachorros son todos valientes y, aunque el lord llevase consigo el doble de soldados, seguro que no dudarían en emprender la lucha. Estoy madurando un bonito plan y espero que tendrá un espléndido resultado. Déjame descansar esta noche; mañana comenzaremos a actuar.

—Confío en ti, Yáñez.

—No te desanimes, Sandokán.

—Pero el prao no podemos dejarlo aquí. Puede ser descubierto por algún barco que se acerque a la bahía o por algún cazador que baje al río a disparar contra los pájaros acuáticos.

—He pensado en todo, Sandokán. Paranoa ha recibido ya instrucciones a este respecto. Ven, Sandokán. Vamos a comer un bocado y después echémonos a dormir. Te confieso que yo no puedo más.

Mientras los piratas, bajo la dirección de Paranoa, desmontaban todas las jarcias del barco, Yáñez y Sandokán subieron al pequeño cuadro de popa y dieron un asalto a las provisiones.

Calmada el hambre, que hacía ya tantas horas que los atormentaba, se echaron, vestidos como estaban, sobre sus camastros.

El portugués, que ya no se tenía en pie, se durmió enseguida profundamente; Sandokán, en cambio, tardó mucho en cerrar los ojos.

Tétricos pensamientos y siniestras inquietudes lo tuvieron despierto durante varias horas. Solamente hacia el alba pudo descansar un poco, pero aun esto fue muy breve.

Cuando volvió a subir a cubierta, los piratas habían ultimado sus trabajos para ocultar el prao a los cruceros que pudieran pasar delante de la bahía o a los hombres que pudieran bajar por el río. El barco había sido empujado hacia la orilla de la ciénaga, en medio de un espesísimo cañaveral. Habían bajado los palos con las jarcias muertas y las ordinarias, y por encima del alcázar de proa habían echado montones de cañas, de ramas y de hojas, dispuestos con tanta habilidad que todo el barco quedaba cubierto.

Un hombre que hubiera pasado por aquellos contornos habría podido confundirlo con un manchón de plantas secas o con un enorme montón de hierbas y ramas que se habían quedado allí varadas.

— ¿Qué me dices de esto, Sandokán? —preguntó Yáñez, que se encontraba ya sobre el puente, bajo un pequeño cobertizo de cañas levantado a popa.

—La idea es buena —respondió Sandokán.

—Ahora ven conmigo.

¿Adónde?

—A tierra. Ya hay allí veinte hombres esperándonos.

— ¿Qué vas a hacer, Yáñez?

—Luego lo sabrás. ¡Eh!... Al agua la chalupa y vigilad bien. Las que están fijas y mantienen la arboladura.

## V. El prisionero

Después de haber atravesado el río, Yáñez condujo a Sandokán en medio de una frondosa arboleda, donde se encontraban emboscados veinte hombres,

completamente armados y pertrechados cada uno con un saquito de víveres y una manta de lana.

Paranoa y su subjefe Ikaut estaban con ellos.

— ¿Estáis aquí todos? —preguntó Yáñez.

—Todos —respondieron los veintidós hombres.

—Entonces, escúchame atentamente, Ikaut —replico el portugués—. Tú volverás a bordo y, si sucede algo, enviarás aquí un hombre, el cual encontrará un camarada siempre en espera de órdenes. Nosotros te transmitiremos nuestras órdenes, que deberás cumplir inmediatamente sin el más mínimo retraso. Procura ser prudente y no dejarte sorprender por los casacas rojas y no olvides que nosotros, aunque estemos lejos, en cualquier momento podemos ser informados o informarte de lo que pueda suceder.

—Contad conmigo, señor Yáñez.

—Ahora vuelve a bordo y vigila.

Mientras el subjefe montaba en el bote, Yáñez, colocándose a la cabeza del grupo, se ponía en camino, remontando la corriente del río.

— ¿Adónde me llevas? —preguntó Sandokán, que no entendía nada.

—Espera un poco, hermanito mío. Dime antes de nada: ¿qué distancia puede haber desde el mar a la quinta de lord Guillonk?

—Cerca de dos millas en línea recta.

—Entonces tenemos hombres más que suficientes.

— ¿Para qué?

—Un poco de paciencia, Sandokán.

Se orientó con una brújula que había cogido a bordo del prao y se metió bajo los grandes árboles, marchando rápidamente.

Después de haber recorrido unos cuatrocientos metros, se detuvo junto a un colosal alcanforero, que se erguía en medio de un espeso grupo de arbustos, y, volviéndose a uno de los marineros, le dijo:

—Tú situarás aquí tu puesto de guardia y no lo abandonarás, por ningún motivo, sin orden nuestra. El río no dista más que cuatrocientos metros, y por tanto puedes comunicarte fácilmente con el prao; a igual distancia, hacia el este, estará uno de tus camaradas. Cualquier orden que te transmitan del prao la comunicarás a tu compañero más próximo. ¿Me has comprendido?

—Sí, señor Yáñez.

—Adelante, pues.

Mientras el malayo se preparaba un pequeño cobertizo en la base del gran árbol, el grupo volvía a ponerse en marcha, dejando otro hombre a la distancia indicada.

— ¿Comprendes ahora? —preguntó Yáñez a Sandokán.

—Sí —respondió este—, y admiro tu astucia. Con estos centinelas escalonados en la selva, podremos comunicarnos en pocos minutos con el prao, incluso desde los alrededores de la quinta de lord James.

—Sí, Sandokán, y advertir a Ikaut que arme rápidamente el prao para hacerse enseguida a la mar, o enviarnos socorro.

— ¿Y nosotros dónde vamos a acampar?

—En el sendero que conduce a Victoria. Desde allí podremos ver quién se acerca a la quinta o quién sale de ella, y en pocos momentos podremos tomar nuestras medidas para impedir al lord que huya sin saberlo nosotros. Si quiere marcharse de allí, tendrá que contar primero con nuestros cachorros, y ya verás cómo la peor parte desde luego no la llevamos nosotros.

— ¿Y si el lord no se decidiese a marcharse?

— ¡Por Júpiter!... Entonces asaltamos la quinta o buscaremos cualquier otro medio para raptar a la muchacha.

—De todos modos, no llevemos las cosas a esos extremos, Yáñez. Lord James es capaz de matar a su sobrina antes que verla caer en mis manos.

— ¡Por mil espingardas!

—Es un hombre decidido a todo, Yáñez.

—Entonces jugaremos con astucia.

— ¿Tienes algún plan?

—Lo encontraremos, Sandokán. No me consolaría jamás si ese bribón tuviera que romper la cabeza a esa adorable joven.

— ¿Y yo? Sería la muerte del Tigre de Malasia, porque no podría sobrevivir sin la muchacha de los cabellos de oro.

—Desgraciadamente lo sé —dijo Yáñez con un suspiro—. Esa mujer te ha embrujado.

—O, mejor, me ha condenado, Yáñez. ¿Quién habría dicho que un día yo, que no había sentido jamás latir mi corazón, que no sabía amar más que el mar, las batallas terribles, los estragos, sería domado por una muchacha, por una hija de esa raza a la que yo había jurado una guerra de exterminio?

¡Cuando pienso en estas cosas, siento hervir mi sangre, siento que mis fuerzas se rebelan y que mi corazón tiembla de furor! Y, sin embargo, no podré romper jamás la cadena que me ata, Yáñez; no podré jamás borrar de mi mente aquellos ojos azules que me han embujado. En fin, no hablemos más de esto, y dejemos que se cumpla mi destino.

—Un destino que será fatal para la estrella de Mompracem, ¿no es cierto, Sandokán? —preguntó Yáñez.

—Quizá —respondió el Tigre de Malasia con voz sorda.

Habían llegado entonces a la orilla de una selva. Al otro lado se extendía una pequeña pradera cubierta de arbustos o de grupos de arecas o de gambir, cortada en su mitad por un ancho sendero, que parecía no obstante poco batido, pues la hierba había crecido nuevamente.

— ¿Será este el camino que conduce a Victoria? —preguntó Yáñez a Sandokán.

—Sí —respondió este.

—La quinta de lord James no debe de estar lejos.

—Allá, detrás de aquellos árboles, descubro las empalizadas del jardín.

—Perfecto —dijo Yáñez.

Se volvió hacia Paranoa, que le había seguido con sus hombres, y le dijo:

—Ve a montar las tiendas a la orilla del bosque, en un lugar protegido por alguna frondosa espesura.

El pirata no se hizo repetir la orden. Después de haber encontrado un lugar a propósito, hizo desplegar la tienda, protegiéndola a su alrededor con una especie de cerca formada por ramas y hojas de plátano.

Allí debajo puso los víveres que habían transportado y que consistían en conservas, carne ahumada, bizcochos y algunas botellas de vino de España. Después lanzó a sus seis hombres a derecha e izquierda para batir el bosque, con el fin de asegurarse de que no se escondía por allí ningún espía.

Sandokán y Yáñez, después de haber llegado a doscientos metros de las empalizadas del jardín, volvieron hacia atrás y se tendieron bajo la tienda.

— ¿Estás satisfecho del plan, Sandokán? —preguntó el portugués.

—Sí, hermano —respondió el Tigre de Malasia.

—No estamos más que a dos kilómetros del jardín, sobre el camino que conduce a Victoria. Si el lord quiere abandonar la quinta, se verá obligado a pasar a un tiro de fusil de nosotros. En menos de media hora podemos reunir

veinte hombres, resueltos, decididos a todo, y en una hora podemos tener con nosotros a toda la tripulación del prao. Si se mueve, le caeremos todos encima.

—Sí, todos —dijo Sandokán—. Yo estoy dispuesto a todo, incluso a arrojar a mis hombres contra un regimiento entero.

—Entonces comamos algo, hermanito mío —dijo Yáñez, riendo—. Este viajecito matinal me ha abierto el apetito de un modo extraordinario.

Habían devorado ya la comida y estaban fumando unos cigarrillos y chupeteando una botella de whisky, cuando vieron entrar precipitadamente a Paranoa.

El bravo malayo tenía el rostro alterado y parecía presa de una viva agitación.

— ¿Qué pasa? —preguntó Sandokán, levantándose rápidamente y alargando una mano hacia el fusil.

—Alguien se acerca, capitán —dijo Paranoa—. He oído el galope de un caballo.

— ¿Será algún inglés que se dirige a Victoria?

—No, Tigre de Malasia; debe de venir de Victoria.

— ¿Está lejos todavía? —preguntó Yáñez.

—Creo que sí.

—Ven, Sandokán.

Tomaron las carabinas y se lanzaron fuera de la tienda, mientras los hombres de la escolta se emboscaban en medio de los arbustos, montando precipitadamente los fusiles.

Sandokán se dirigió hacia el sendero y se arrodilló, apoyando una oreja contra el suelo. La superficie de la tierra transmitía claramente el galope apresurado de un caballo.

—Sí, un jinete se acerca —dijo, levantándose ágilmente.

—Te aconsejo que lo dejes pasar sin molestarlo —dijo Yáñez.

— ¿Eso piensas? Lo haremos prisionero, amigo mío.

— ¿Con qué objeto?

—Puede llevar a la quinta algún mensaje importante.

—Si lo atacamos se defenderá, disparará el mosquete, quizá también la pistola, y las detonaciones pueden ser oídas por los soldados de la quinta.

—Le haremos caer en nuestras manos sin darle tiempo a que eche mano a

las armas.

—Es una cosa un poco difícil, Sandokán.

—Al contrario, es mucho más fácil de lo que crees.

—Explícate.

—El caballo viene a galope, y por tanto no podrá evitar un obstáculo. El jinete se verá arrojado de golpe y nosotros caeremos encima de él, impidiéndole reaccionar.

— ¿Y qué obstáculo vas a preparar?

—Paranoa, ve a coger una sogá y tráemela rápido.

—Comprendo —dijo Yáñez—. ¡Ah!... ¡Qué espléndida idea! ¡Sí, capturémoslo, Sandokán! ¡Por Júpiter, cómo lo utilizaremos!... ¡No había caído en ello!...

— ¿Qué nueva idea se te ha ocurrido, Yáñez?

—Lo sabrás más tarde. ¡Ah, ah!... ¡Qué juego más bonito!

— ¿Te ríes?

—Tengo motivos para reírme. ¡Ya verás, Sandokán, cómo jugaremos con el lord! ¡Paranoa, date prisa!

El malayo, ayudado por los dos hombres, había tendido una sólida sogá a través del sendero, pero manteniéndola lo suficientemente baja como para que quedara oculta entre las altas hierbas que crecían en aquel lugar.

Hecho esto, fue a esconderse con el kriss en la mano, mientras sus compañeros se colocaban más adelante para impedir al jinete continuar la carrera, en caso de que escapase a la emboscada.

El galope se aproximaba rápidamente. Unos pocos segundos más y el jinete aparecería a la vuelta del sendero.

— ¡Ahí está! —murmuró Sandokán, que se había emboscado junto a Yáñez.

Pocos instantes después un caballo, tras haber rebasado un bosque, se lanzaba al sendero. Lo montaba un apuesto joven de veintidós o veinticuatro años, el cual vestía el uniforme de los cipayos indios. Parecía muy inquieto, porque espoleaba furiosamente al caballo, lanzando a su alrededor miradas suspicaces.

—Atento, Yáñez —murmuró Sandokán.

El caballo, fuertemente espoleado, se lanzó hacia adelante, galopando a la

carrera hacia la soga. De pronto se le vio caer pesadamente al suelo, agitando enloquecido las patas.

Los piratas estaban allí. Aun antes de que el cipayo pudiera salir de debajo del caballo, Sandokán se le echó encima, quitándole el sable, mientras Juioko lo derribaba al suelo, colocándole sobre el pecho la punta del kriss.

—No opongas resistencia si estimas en algo la vida —le dijo Sandokán.

— ¡Miserable! —exclamó el soldado, intentando defenderse.

Juioko, ayudado por otros piratas, lo ató bien y lo arrastró junto a un espeso bosque, mientras Yáñez inspeccionaba el caballo, temiendo que se hubiera roto una pata en la caída.

— ¡Por Baco! —exclamó el buen portugués, que parecía contentísimo—. Haré un bonito papel en la quinta. ¡Yáñez, sargento de los cipayos! He aquí una graduación que desde luego no me esperaba.

Ató el animal a un árbol y se acercó a Sandokán, que estaba registrando detenidamente al sargento.

— ¿Nada? —preguntó.

—Ninguna carta —respondió Sandokán.

—Al menos hablará —dijo Yáñez, clavando los ojos en el sargento.

—No —respondió este.

— ¡Cuidado! —le dijo Sandokán con un tono que hacía temblar—. ¿Adónde te dirigías?

—Estaba paseando.

— ¡Habla!

—He hablado —respondió el sargento, ostentando una tranquilidad que no podía tener.

— ¡Entonces espera!

El Tigre de Malasia se sacó de la cintura el kriss y lo dirigió a la garganta del soldado, diciéndole con un tono que no ponía en duda la amenaza:

— ¡Habla o te mato!

—No —respondió el soldado.

El inglés emitió un grito de dolor: el kriss le había entrado en la carne y bebía sangre.

—Hablaré —agonizó el prisionero, que se había puesto pálido como un cadáver.

— ¿Adónde ibas? —preguntó Sandokán.

—A casa de lord James Guillonk.

— ¿Para qué?

El soldado vaciló, pero viendo al pirata aproximar de nuevo el kriss, prosiguió:

—Para llevarle una carta del baronet William Rosenthal.

Un relámpago de furor brilló en los ojos de Sandokán al oír aquel nombre.

— ¡Dame esa carta! —exclamó con voz ronca.

—Está en mi casco, escondida bajo el forro. Yáñez recogió el sombrero del cipayo, arrancó el forro e hizo saltar fuera la carta, que abrió enseguida.

— ¡Bah!... Cosas viejas —dijo, después de haberla leído.

— ¿Qué escribe ese perro del baronet? —preguntó Sandokán.

—Advierte al lord de nuestro inminente desembarco en Labuán. Dice que un crucero ha visto a uno de nuestros barcos correr hacia estas costas y le aconseja que vigile atentamente.

— ¿Nada más?

— ¡Oh, sí! Envía mil respetuosos saludos a tu querida Marianna con un juramento de amor eterno.

— ¡Que Dios condene a ese maldito! ¡Ay de él el día en que me lo encuentre en mi camino!

—Juioko —dijo el portugués, que parecía observar con profunda atención la caligrafía de la carta—. Manda un hombre al prao y que me traiga papel de carta, pluma y tintero.

— ¿Para qué quieres todos esos objetos? —preguntó Sandokán con estupor.

—Son necesarios para mi proyecto.

— ¿Pero de qué proyecto estás hablando?

—Del que vengo meditando desde hace media hora.

—Explícate de una vez.

— ¡Si no quiero hacer otra cosa! Voy a ir a la quinta de lord James.

— ¡Tú!...

—Yo, justamente yo —respondió Yáñez con perfecta calma.

— ¿Pero de qué modo?

—En la piel de ese cipayo. ¡Por Júpiter! ¡Ya verás qué buen soldado hago!

—Empiezo a comprender. Te pones el uniforme del cipayo, finges llegar de Victoria y...

—Aconsejo al lord que se marche a su vez, para hacerlo caer en la emboscada que tú le prepararás.

— ¡Ah, Yáñez! —exclamó Sandokán, dándole un abrazo.

—Despacio, hermanito mío, no me rompas un brazo. —Si lo consigues, te lo deberé todo.

—Espero conseguirlo.

—Pero te expones a un gran peligro.

— ¡Bah! Saldré de este enredo con honor y sin daño.

—Pero ¿para qué quieres el tintero?

—Para escribir una carta al lord.

—No te lo aconsejo, Yáñez. Es un hombre suspicaz y si ve que los rasgos de la letra no son exactos, puede hacerte fusilar.

—Tienes razón, Sandokán. Es mejor que le diga de palabra lo que quería escribirle. Vamos, haz desnudar al cipayo.

A una señal de Sandokán, dos piratas desataron al soldado y lo despojaron del uniforme. El pobre soldado se creyó perdido.

— ¿Vais a matarme? —preguntó a Sandokán.

—No —respondió este—. Tu muerte no me sería de ninguna utilidad y te perdono la vida; pero quedarás prisionero en mi prao mientras nosotros permanezcamos aquí.

—Gracias, señor.

Yáñez, entretanto, se estaba vistiendo. El uniforme le venía un poco estrecho, pero tanto hizo, que en poco tiempo estuvo completamente equipado.

—Mira, hermanito mío, qué hermoso soldado —dijo sujetándose el sable—. Jamás creí que tendría tan espléndida figura.

—Sí, verdaderamente eres un hermoso cipayo —respondió Sandokán riendo—. Ahora dame tus últimas instrucciones.

—Ahí van —dijo el portugués—. Tú quédate aquí emboscado en este sendero con todos los hombres disponibles y no te muevas. Yo iré a casa del lord, le diré que habéis sido atacados y dispersados, pero que se han visto otros

praos, y le aconsejaré que aproveche este buen momento para refugiarse en Victoria.

— ¡Magnífico!

—Y cuando pasemos por aquí, atacaréis la escolta, yo tomaré a Marianna y la llevaré al prao. ¿Estamos de acuerdo?

— ¡Sí, ve, mi valeroso amigo! Dile a mi Marianna que la amo siempre y que tenga confianza en mí. Vete y que Dios te guarde.

—Adiós, hermanito mío —respondió Yáñez, abrazándolo.

Saltó con agilidad al caballo del cipayo, recogió las bridas, desenvainó el sable y partió, silbando alegremente una vieja barcarola.

## VI. Yáñez en la quinta

La misión del portugués era sin duda una de las más arriesgadas, de las más audaces que aquel valiente hombre había afrontado en su vida, porque habría bastado una palabra, una sola sospecha para colgarlo en la picota de una antena con una buena cuerda al cuello.

No obstante, el pirata se preparaba a jugar la peligrosa carta con gran valor y con mucha calma, confiando en su propia sangre fría y sobre todo en su buena estrella, que jamás hasta ahora había dejado de protegerlo.

Se irguió fieramente en la silla, se rizó los bigotes para hacer mejor figura, se acomodó el cabello inclinándolo con coquetería sobre la oreja y lanzó el caballo al galope, no ahorrando espoladas ni latigazos.

Tras un cuarto de hora de aquella furiosa carrera se encontró de improviso ante una verja, detrás de la cual se elevaba la hermosa quinta de lord James.

— ¿Quién vive? —preguntó un soldado que estaba emboscado ante la barrera, escondido detrás del tronco de un árbol.

—Eh, jovencito, baja el fusil, que no soy un tigre ni una babirusa —dijo el portugués, deteniendo el caballo—. ¡Por Júpiter! ¿No ves que soy un colega tuyo, y más aún, un superior?

—Excusad, pero tengo orden de no dejar pasar a nadie sin saber de parte de quién viene y qué es lo que desea.

— ¡Animal! Vengo aquí por orden del baronet William Rosenthal y voy a casa del lord.

— ¡Pasad!

Abrió la barrera, llamó a algunos compañeros que paseaban por el jardín para advertirles de lo que ocurría y se apartó a un lado.

— ¡Humm! —dijo el portugués, encogiéndose de hombros y lanzando el caballo hacia adelante—. Cuántas precauciones y cuánto miedo reina aquí.

Se detuvo delante de la casa y saltó a tierra, entre seis soldados que lo habían rodeado con los fusiles en la mano.

— ¿Dónde está el lord? —preguntó.

—En su gabinete —respondió el sargento que mandaba la patrulla.

—Llévame de inmediato hasta él; tengo que hablar con él enseguida.

— ¿Venís de Victoria?

—Exactamente.

— ¿Y no os habéis encontrado con los piratas de Mompracem?

—Ni uno solo, camarada. Esos pillos tienen muchas cosas que hacer en estos momentos para estar rondando por aquí. Vamos, llevadme hasta el lord.

—Venid.

El portugués hizo acopio de toda su audacia para afrontar al peligroso hombre y siguió al suboficial afectando la calma y la rigidez de la raza anglosajona.

—Esperad aquí —dijo el sargento después de haber lo hecho entrar en un salón.

Yáñez, al quedarse solo, se puso a observarlo todo atentamente, para ver si era posible un golpe de mano, pero tuvo que convencerse de que toda tentativa habría resultado inútil, porque las ventanas eran altísimas y los muros y las puertas muy gruesos.

—No importa —murmuró—. Daremos el golpe en el bosque.

En aquel momento volvía a entrar el sargento.

—El lord os espera —dijo, indicándole la puerta que había dejado abierta.

El portugués sintió que un escalofrío corría por sus huesos y palideció un poco.

«Yáñez mío, sé prudente y firme», se dijo.

Entró con la mano derecha en el sombrero y se encontró en un hermoso gabinete, amueblado con mucha elegancia. En un rincón, sentado ante una mesa de trabajo, estaba el lord, vestido sencillamente de blanco, con el rostro

sombrío y la mirada iracunda.

Miró en silencio a Yáñez, clavándole los ojos encima como si quisiera adivinar los pensamientos del recién llegado, y luego dijo en un tono cortante:

— ¿Venís de Victoria?

—Sí, milord —respondió Yáñez con voz firme.

— ¿De parte del baronet?

—Sí.

— ¿Os ha dado alguna carta para mí?

—Ninguna.

— ¿Tenéis que decirme alguna cosa?

—Sí, milord.

—Hablad.

—Me ha mandado a decirnos que el Tigre de Malasia ha sido cercado por las tropas en una bahía del sur.

El lord se puso en pie con los ojos resplandecientes y el rostro radiante.

— ¡El Tigre cercado por nuestros soldados! —exclamó.

—Sí, y parece que todo ha terminado para siempre para ese pillo, porque ya no tiene salvación.

—Pero ¿estáis seguro de lo que decís? —Segurísimo, milord.

— ¿Quién sois vos?

—Un pariente del baronet William —respondió Yáñez audazmente.

—Pero ¿cuánto tiempo hace que os encontráis en Labuán?

—Quince días.

—Entonces sabréis también que mi sobrina...

—Es la prometida de mi primo William —dijo Yáñez sonriendo.

—He tenido mucho gusto en conoceros, señor —dijo el lord, estrechándole la mano—. Pero decidme, ¿cuándo fue atacado Sandokán?

—Esta mañana al alba, mientras atravesaba un bosque a la cabeza de una gran banda de piratas.

— ¡Pero entonces ese hombre es el demonio! ¡Ayer por la tarde estaba aquí! ¿Es posible que en tan pocas horas haya recorrido tanto camino?

—Se dice que llevaba caballos consigo.

—Ahora entiendo. ¿Y dónde está mi buen amigo William?

—Está a la cabeza de las tropas.

— ¿Estabais vos con él?

—Sí, milord.

— ¿Están muy lejos de aquí los piratas?

—A una decena de millas.

— ¿No os ha dado ningún otro encargo?

—Me ha rogado que os diga que abandonéis enseguida la quinta y que os lleve sin tardanza a Victoria.

— ¿Por qué?

—Vos sabéis, milord, qué clase de hombre es el Tigre de Malasia. Tiene con él ochenta hombres, ochenta cachorros, y podría vencer a nuestras tropas, atravesar en un relámpago los bosques y lanzarse sobre la quinta. El lord lo miró en silencio, como si hubiera sido golpeado por aquel razonamiento, y luego dijo como hablando consigo mismo:

—En efecto, eso podría suceder. Bajo los fuertes y las naves de Victoria me sentiría más seguro que aquí. Ese querido William tiene razón, tanto más cuanto que el camino está libre por el momento. ¡Ah, mi señora sobrina, yo os arrancaré esa pasión que tenéis por ese héroe de horca! ¡Aunque tuviera que despedaros como una caña, me obedeceréis y os casaréis con el hombre que os he destinado!

Yáñez llevó involuntariamente la mano a la empuñadura del sable, pero se contuvo, comprendiendo que la muerte del feroz viejo no habría conducido a nada, con tantos soldados como se encontraban en la quinta.

—Milord —dijo en cambio—, ¿me permitís visitar a mi futura prima?

— ¿Tenéis algo que decirle de parte de William?

—Sí, milord.

—Va a recibiros mal.

—No me importa, milord —respondió Yáñez, sonriendo—. Yo le comunicaré lo que me dijo William, y luego volveré rápidamente aquí.

El viejo capitán apretó un botón. Un criado entró enseguida.

—Llevad a este señor hasta milady —dijo el lord.

—Gracias —respondió Yáñez.

—Tratad de convencerla y después volved aquí, que vamos a cenar juntos.

Yáñez se inclinó y siguió al criado, que lo introdujo en un saloncito tapizado de azul y adornado con un gran número de plantas que esparcían a su alrededor deliciosos perfumes.

El portugués dejó que saliese el criado, luego se adentró lentamente, y, a través de las plantas que transformaban aquel saloncito en un invernadero, descubrió una forma humana, cubierta por una vestidura blanca.

A pesar de que estaba preparado para cualquier sorpresa, no pudo reprimir un grito de admiración ante aquella espléndida jovencita.

Estaba echada, en una delicada postura, con un abandono lleno de melancolía, sobre una otomana oriental, de cuya sedosa tela brotaban destellos de oro. Con una mano sostenía su cabecita, de la que caían como una lluvia de oro aquellos espléndidos cabellos que eran la admiración de todos, y con la otra estrujaba nerviosamente las flores que tenía a su lado. Estaba sombría, pálida, y sus ojos azules, ordinariamente tan tranquilos, despedían relámpagos, que traicionaban su mal reprimida cólera.

Al ver a Yáñez acercarse, se sobresaltó y se pasó varias veces la mano por la frente, como si se despertase de un sueño, y clavó en él una penetrante mirada.

— ¿Quién sois vos? —preguntó con voz temblorosa—. ¿Quién os ha dado permiso para entrar aquí?

—El lord, milady —respondió Yáñez, devorando con los ojos a aquella criatura que encontraba inmensa mente bella, mucho más de cuanto la había descrito Sandokán.

— ¿Y qué queréis de mí?

—Una pregunta ante todo —dijo Yáñez, mirando a su alrededor para cerciorarse de que estaban solos.

—Hablad.

— ¿Creéis que alguien puede oírnos?

Ella frunció la frente y lo miró fijamente, como si quisiera leer en su corazón y adivinar el motivo de aquella pregunta.

—Estamos solos —respondió luego.

—Pues bien, milady, yo vengo de muy lejos...

— ¿De dónde?

— ¡De Mompracem!

Marianna se puso en pie como empujada por un muelle y su palidez desapareció como por ensalmo.

— ¡De Mompracem! —exclamó, ruborizándose—. ¡Vos..., un blanco..., un inglés!...

—Os equivocáis, lady Marianna; yo no soy inglés: ¡yo soy Yáñez!

— ¡Yáñez, el amigo, el hermano de Sandokán! ¡Ah, señor, qué temeridad entrar en esta quinta! Decidme, ¿dónde está Sandokán? ¿Qué hace? ¿Se ha salvado o está herido? Habladme de él o me haréis morir.

—Bajad la voz milady, las paredes pueden tener oídos.

—Habladme de él, valeroso amigo, habladme de mi Sandokán.

—Está vivo todavía, más vivo que antes, milady. Conseguimos escapar a la persecución de los soldados sin demasiado esfuerzo y sin recibir ninguna herida. Sandokán se encuentra ahora emboscado en el sendero que lleva a Victoria, dispuesto a raptaros.

— ¡Ah, Dios mío, cuánto os agradezco que lo hayáis protegido! —exclamó la jovencita con lágrimas en los ojos.

—Escuchadme ahora, milady.

—Hablad, mi valiente amigo.

—He venido aquí para convencer al lord de que abandone la quinta y se retire a Victoria.

— ¡A Victoria! Pero, cuando hayamos llegado allí, ¿cómo me raptaréis?

—Sandokán no esperará tanto, milady —dijo Yáñez sonriendo—. Está emboscado con sus hombres, atacará la escolta y os raptará apenas salgáis de la quinta.

— ¿Y mi tío?

—Lo trataremos bien, os lo aseguro.

— ¿Y me raptaréis?

—Sí, milady.

— ¿Y dónde me llevará Sandokán?

—A su isla.

Marianna inclinó la cabeza sobre el pecho y calló.

—Milady —dijo Yáñez con voz grave—. No temáis: Sandokán es uno de esos hombres que saben hacer feliz a la mujer que aman. Fue un hombre terrible, incluso cruel, pero el amor lo ha cambiado, y os juro, señorita, que

jamás os arrepentiréis de haberos convertido en la esposa del Tigre de Malasia.

—Os creo —respondió Marianna—. ¿Qué importa que su pasado fuera terrible, que haya inmolado víctimas a centenares, que haya cometido venganzas atroces? Él me adora, él hará por mí todo lo que yo le diga, yo haré de él otro hombre. Yo abandonaré mi isla, él abandonará su Mompracem, nos iremos lejos de estos mares funestos, tan lejos que no volvamos a oír hablar de ellos. En un rincón del mundo, olvidados de todos, pero felices, viviremos juntos y nadie sabrá jamás que el marido de la Perla de Labuán es el antiguo Tigre de Malasia, el hombre de las legendarias empresas, el hombre que hizo temblar a los reinos y que derramó tanta sangre. ¡Sí, yo seré su esposa, hoy, mañana, siempre, y siempre lo amaré!

— ¡Ah, divina lady! —Exclamó Yáñez, cayendo de rodillas a sus pies—. Decidme qué puedo hacer por vos, por liberaros y conducirnos a Sandokán, mi buen amigo, mi buen hermano.

—Ya habéis hecho demasiado viniendo aquí y os estaré agradecida hasta la muerte.

—Eso no basta; hay que convencer al lord de que se retire a Victoria, para dar a Sandokán ocasión de actuar.

—Pero si hablo yo, mi tío, que se ha vuelto extremadamente suspicaz, temerá cualquier traición y no abandonará la quinta.

—Tenéis razón, adorable milady. Pero creo que ya ha decidido dejar la quinta y retirarse a Victoria. Si tiene alguna duda, yo trataré de disipársela.

—Estad en guardia, señor Yáñez, porque es bastante desconfiado y podría sospechar algo. Sois blanco, es cierto, pero ese hombre quizá sepa que Sandokán tiene un amigo de piel pálida.

—Seré prudente.

— ¿Os espera el lord?

—Sí, milady, me ha invitado a cenar.

—Andad, no sea que sospeche.

— ¿Y vendréis vos?

—Sí, más tarde volveremos a vernos.

—Adiós, milady —dijo Yáñez, besándole caballerosamente la mano.

—Andad, noble corazón; no os olvidaré jamás.

El portugués salió como embriagado, deslumbrado por aquella espléndida criatura.

— ¡Por Júpiter! —Exclamó, dirigiéndose hacia el gabinete del lord—. Jamás he visto una mujer tan bella, y realmente empiezo a envidiar a ese granuja de Sandokán.

El lord le esperaba paseando de un lado a otro, con la frente fruncida y los brazos estrechamente cruzados.

—Y bien, joven, ¿qué tal os ha acogido mi sobrina? —preguntó con voz dura e irónica.

—Parece que no le gusta oír hablar de mi primo William —respondió Yáñez—. Poco faltó para echarme fuera.

El lord sacudió la cabeza y sus arrugas se hicieron más profundas.

— ¡Siempre igual! ¡Siempre igual! —murmuró con los dientes apretados.

Se puso a pasear de nuevo, encerrado en un silencio feroz, agitando nerviosamente los dedos, y luego, deteniéndose delante de Yáñez, que lo miraba sin hacer un gesto, le preguntó:

— ¿Qué me aconsejáis hacer?

—Ya os he dicho, milord, que lo mejor que puede hacerse es ir a Victoria.

—Es verdad. ¿Creéis vos que mi sobrina podrá amar un día a William? —le preguntó.

—Eso espero, milord, pero antes es preciso que muera el Tigre de Malasia —respondió Yáñez.

— ¿Conseguirán matarlo?

—La banda está cercada por nuestras tropas y las manda William.

—Si es verdad, lo matará o se dejará matar por Sandokán. Conozco a ese joven: es diestro y valeroso. Calló otra vez y se asomó al balcón, mirando el sol que caía lentamente. Volvió a los pocos minutos, diciendo:

— ¿Entonces vos me aconsejáis partir?

—Sí, milord —respondió Yáñez—. Aprovechad esta buena ocasión para abandonar la quinta y refugiaros en Victoria.

— ¿Y si Sandokán hubiera dejado emboscados algunos hombres en los alrededores del jardín? Me han dicho que estaba con él ese hombre blanco que se llama Yáñez, un hombre tan audaz que quizá no cede ni al Tigre de Malasia.

«Gracias por el cumplido», murmuró Yáñez en su corazón, haciendo un esfuerzo supremo para contener la risa.

Luego, mirando al lord, dijo:

—Milord, tenéis una escolta suficiente para rechazar un ataque.

—Antes era numerosa, pero ahora no lo es. He tenido que devolver al gobernador de Victoria muchos hombres, porque tenía urgente necesidad de ellos. Vos sabéis que la guarnición de la isla es muy escasa.

—Eso es verdad, milord.

El viejo capitán se había puesto a pasear con cierta agitación. Parecía atormentado por un grave pensamiento o por una profunda perplejidad.

De pronto, se acercó bruscamente a Yáñez, preguntándole:

—No os habéis encontrado con nadie al venir aquí, ¿verdad?

—Con nadie, milord.

— ¿No habéis notado nada sospechoso?

—No, milord.

—Entonces, ¿se podría intentar la retirada?

—Yo creo que sí.

—Pues yo lo dudo.

— ¿Qué dudáis, milord?

—Que todos los piratas se hayan ido.

—Milord, yo no tengo miedo de esos granujas. ¿Queréis que dé una vuelta por estos alrededores?

—Os lo agradecería. ¿Queréis una escolta?

—No, milord. Prefiero ir yo solo. Un hombre puede pasar por medio de los bosques sin llamar la atención de los enemigos, mientras que más hombres difícilmente podrían escapar a la vigilancia de un centinela.

—Tenéis razón, joven. ¿Cuándo saldréis?

—Enseguida. En un par de horas se puede hacer mucho camino.

—El sol está a punto de ponerse.

—Mejor así, milord.

— ¿No tenéis miedo?

—Cuando voy armado no temo a nadie.

—Buena sangre la de los Rosenthal —murmuró el lord—. Andad, joven; os espero a cenar.

— ¡Ah, milord! ¡Un soldado!...

— ¿No sois acaso un caballero? Y dentro de poco podemos llegar a ser parientes.

—Gracias, milord —dijo Yáñez—. Dentro de un par de horas estaré de vuelta. Saludó militarmente, se puso el sable bajo el brazo y bajó flemáticamente la escalera, adentrándose en el jardín.

«Vamos a buscar a Sandokán» —murmuró, cuando se hubo alejado—. ¡Diantre! ¡Hay que tener contento al lord! ¡Ya verás, amigo mío, qué exploración voy a hacer! Puedes estar seguro desde ahora de que no voy a encontrar ni rastro de piratas. ¡Por Júpiter! ¡Qué magnífica trampa! No creí que iba a tener tan soberbios resultados. La cosa no será tan inocente, pero ese tunante de mi hermano se casará con la muchacha de los cabellos de oro. ¡Por Baco!

«¡No tiene ni una pizca de mal gusto el amigo! Jamás he visto una muchacha tan bonita y tan delicada. Pero, después, ¿qué sucederá? Pobre Mompracem, te veo en peligro. En fin, no pensemos en eso. Si todo tiene que acabar mal, iré a terminar mi vida a alguna ciudad de Extremo Oriente, a Cantón o a Macao, y me despediré de estos lugares».

Hablando así consigo mismo, el bravo portugués había atravesado una parte del extenso jardín, deteniéndose delante de una de las barreras.

—Abridme, amigo —dijo Yáñez.

— ¿Os marcháis, sargento?

—No, voy a explorar los alrededores.

— ¿Y los piratas?

—Ya no hay ninguno por estos lugares.

— ¿Queréis que os acompañe, sargento?

—Es inútil. Estaré de vuelta dentro de un par de horas.

Salió de la verja y se encaminó por el sendero que conducía a Victoria. Mientras estuvo bajo las miradas del centinela procedía lentamente, pero apenas se vio protegido por la vegetación apresuró el paso, metiéndose por medio de los árboles.

Había recorrido doscientos o trescientos metros, cuando vio un hombre lanzarse fuera de un arbusto y cerrarle el paso. Enseguida le apuntó un fusil, mientras una voz amenazante le gritaba:

— ¡Rendíos o sois muerto!

— ¿Así que ya no se me reconoce? —Dijo Yáñez, quitándose el sombrero —. No tienes buena vista, querido Paranoa.

— ¡El señor Yáñez! —exclamó el malayo.

—En carne y hueso, amigo mío. ¿Qué haces aquí tan cerca de la quinta de lord Guillonk?

—España la cerca.

— ¿Dónde está Sandokán?

—A una milla de aquí. ¿Tenemos buenas noticias, señor Yáñez?

—No podrían ser mejores.

— ¿Qué debo hacer, señor?

—Correr donde Sandokán y decirle que le espero aquí. Al mismo tiempo, transmite a Juioko la orden de que prepare el praos.

— ¿Nos vamos?

—Quizá esta misma noche.

—Voy enseguida.

—Un momento: ¿han llegado los dos praos?

—No, señor Yáñez, y ya empezamos a temer que se hayan perdido.

— ¡Por Júpiter tonante! Tenemos poca suerte en nuestras expediciones. ¡Bah! Tendremos hombres suficientes para abatir la escolta del lord. Vete, Paranoa, y date prisa.

—Desafío a un caballo.

El pirata partió con la velocidad de una flecha. Yáñez encendió un cigarrillo y luego se tendió bajo una soberbia areca, fumando tranquilamente. No habían transcurrido veinte minutos, cuando vio avanzar a Sandokán. Venía acompañado de Paranoa y de otros cuatro piratas armados hasta los dientes.

— ¡Yáñez, amigo mío! —Exclamó Sandokán, precipitándose a su encuentro—. ¡Cuánto he temido por ti!... ¿La has visto? ¡Háblame de ella, hermano mío!... ¡Cuéntame!... ¡Ardo de curiosidad!

—Corres como un crucero —dijo el portugués, riendo—. Como ves, he cumplido mi misión de verdadero inglés, e incluso de un verdadero pariente del bribón del baronet. ¡Qué acogimiento, amigo mío! Nadie ha dudado un solo instante de mí.

— ¿Ni siquiera el lord?

— ¡Oh!... ¡Él menos que nadie! Bástate saber que me aguarda para cenar.

— ¿Y Marianna?

—La he visto, y la he encontrado tan hermosa que he tenido que volver la cabeza. Cuando después la he visto llorar...

— ¡La has visto llorar!... —gritó Sandokán con un tono que tenía algo de desgarrador—. ¡Dime quién ha sido el que la ha hecho derramar lágrimas! ¡Dímelo, e iré a arrancar el corazón al maldito que ha hecho llorar a esos bellos ojos!

— ¿Te has vuelto hidrófobo, Sandokán?... Lloraba por ti.

— ¡Ah, sublime criatura! —Exclamó el pirata—. Cuéntamelo todo, Yáñez, te lo ruego.

El portugués no se lo hizo repetir y le contó primero lo que había sucedido entre él y el lord y a continuación su conversación con la muchacha.

—El viejo parece decidido a partir —concluyó—, así que ahora puedes estar seguro de que no volverás solo a Mompracem. Pero sé prudente, hermano, porque hay bastantes soldados en el jardín y tendremos que luchar bien para reducir la escolta. Y además, no me fío mucho de ese viejo. Sería capaz de matar a su sobrina antes que dejársela arrebatarse por ti.

— ¿Volverás a verla esta noche?

—Desde luego.

— ¡Ah!... ¡Si pudiera entrar yo también en la quinta!...

— ¡Qué locura!

— ¿Cuándo se pondrá en marcha el lord?

—No lo sé todavía, pero creo que esta noche tomará una decisión.

— ¿Va a salir esta misma noche?

—Lo supongo.

— ¿Cómo poder saberlo con certeza?

—No hay más que un medio.

— ¿Cuál?

—Manda a uno de nuestros hombres al quiosco chino o al invernadero y que aguarde allí mis órdenes.

— ¿Hay centinelas diseminados por el jardín?

—No los he visto más que en las verjas —respondió Yáñez.

— ¿Y si fuese yo al invernadero?

—No, Sandokán. Tú no debes abandonar este sendero. El lord podría precipitar la marcha, y tu presencia es necesaria aquí para guiar a nuestros hombres. Bien sabes que vales por diez.

—Mandaré a Paranoa. Es hábil, es prudente y llegará al invernadero sin que lo descubran. Apenas se haya puesto el sol, saltará la cerca e irá a esperar tus órdenes.

Se quedó un momento silencioso y luego dijo:

— ¿Y si el lord cambiase de opinión y se quedase en la quinta?

— ¡Diablo! ¡Sería un feo asunto!

— ¿No podrías abrirnos tú la puerta a medianoche y dejarnos entrar en la quinta? ¿Y por qué no?... Me parece un proyecto factible.

—Y a mí me parece difícil, Sandokán. La guarnición es numerosa, podrían atrincherarse en las habitaciones y oponer una larga resistencia. Y además el lord, si se viera perdido, podría dejarse llevar de la ira y disparar su pistola contra la muchacha. No te fíes de ese hombre, Sandokán.

—Es verdad —dijo el Tigre con un suspiro—. ¡Lord James sería capaz de asesinar a la muchacha, antes que dejársela arrebatarse por mí!

— ¿Esperarás?

—Sí, Yáñez. Pero si no se decide a marchar pronto, intentaré un golpe desesperado. No podemos quedarnos mucho tiempo aquí. Es preciso que rapte a la muchacha antes que en Victoria se sepa que estamos aquí y que en Mompracem hay pocos hombres. Temo por mi isla. Si la perdiéramos, ¿qué sería de nosotros?... Están allí nuestros tesoros.

—Intentaré convencer al lord de que apresure la marcha. Entretanto, manda armar el prao y reunir aquí a toda la tripulación. Hay que romper la escolta de improviso, para impedir que el lord se deje arrastrar a cualquier acto desesperado.

— ¿Hay muchos soldados en la quinta?

—Una docena y otros tantos indígenas.

—Entonces la victoria está asegurada. Yáñez se levantó.

— ¿Vuelves? —le preguntó Sandokán.

—No se debe hacer esperar a un capitán que invita a cenar a un sargento —respondió el portugués, sonriendo.

— ¡Cuánto te envidio, Yáñez!

—Y no por la cena, ¿eh, Sandokán? Mañana verás a la joven.

—Eso espero —respondió el Tigre con un suspiro—. Adiós, amigo, vete y convéncelo.

—Dentro de dos o tres horas veré a Paranoa.

—Te esperará hasta medianoche.

Se estrecharon la mano y se separaron.

Mientras Sandokán y sus hombres se lanzaban en medio de la espesura, Yáñez encendió un cigarrillo y se encaminó hacia el jardín, avanzando con paso tranquilo, como si en vez de una exploración volviese de un paseo.

Pasó delante del centinela y se puso a pasear por el jardín, pues todavía era demasiado pronto para presentarse al lord.

A la vuelta de un sendero se encontró con lady Marianna, que parecía estar buscándolo.

— ¡Ah, milady, qué suerte! —exclamó el portugués, inclinándose.

—Os buscaba —respondió la joven, ofreciéndole la mano.

— ¿Tenéis que decirme alguna cosa importante?

—Sí, que dentro de cinco horas salimos para Victoria.

— ¿Os lo ha dicho el lord?

—Sí.

—Sandokán está preparado, milady: los piratas han sido advertidos y aguardan a la escolta.

— ¡Dios mío! —murmuró ella, cubriéndose el rostro con las manos.

—Milady, en estos momentos hay que ser fuertes y resueltos.

—Y mi tío... me aborrecerá y me maldecirá.

—Pero Sandokán os hará feliz, la más feliz de las mujeres.

Dos lágrimas descendían lentamente por las rosadas mejillas de la jovencita.

— ¿Lloráis? —dijo Yáñez—. ¡Ah, no lloréis, lady Marianna!

—Tengo miedo, Yáñez.

— ¿De Sandokán?

—No, del futuro.

—Será alegre, porque Sandokán hará lo que vos queráis. Él está dispuesto a incendiar sus praos, a dispersar sus bandas, a olvidar sus venganzas, a dar un

adiós para siempre a su isla y a derribar su poderío. Bastará una sola palabra vuestra para decidirlo.

—Entonces, ¿me ama tan inmensamente?

—Con locura, milady.

— ¿Pero quién es ese hombre? ¿Por qué tanta sangre y tantas venganzas? ¿De dónde ha venido?

—Escuchadme, milady —dijo Yáñez, ofreciéndole el brazo y llevándola por un sendero en sombra—. La mayor parte cree que Sandokán no es más que un vulgar pirata, venido de las selvas de Borneo, ávido de sangre y de presas, pero se equivocan: él es de estirpe real y no es un pirata, sino un vengador. Tenía veinte años cuando subió al trono de Muluder, un reino situado junto a las costas septentrionales de Borneo. Fuerte como un león, fiero como un héroe de la antigüedad, audaz como un tigre, valiente hasta la locura, poco tiempo después había vencido a todos los pueblos vecinos, extendiendo las propias fronteras hasta el reino de Varauni y el río Koti. Aquellas hazañas fueron fatales para él. Ingleses y holandeses, celosos de aquella nueva potencia que parecía querer subyugar a la isla entera, se aliaron con el sultán de Borneo para aplastar al audaz guerrero. Primero el oro, y las armas más tarde, acabaron por destrozar el nuevo reino. Unos traidores sublevaron a varios pueblos; sicarios mercenarios asesinaron a la madre y a los hermanos de Sandokán; bandas poderosas invadieron el reino en varios lugares, corrompiendo a los jefes, corrompiendo a las tropas, saqueando, descuartizando y cometiendo atrocidades inauditas. En vano Sandokán luchó con el furor de la desesperación, abatiendo a los unos y aplastando a los otros. Las traiciones llegaron a su mismo palacio, sus familiares cayeron todos bajo el hierro de los asesinos pagados por los blancos, y él, en una noche de fuego y de estragos, pudo a duras penas salvarse con una pequeña cuadrilla de valientes. Anduvo errante durante varios años por las costas septentrionales de Borneo, unas veces perseguido como una fiera feroz, otras sin víveres, presa de miserias inenarrables, esperando reconquistar su trono perdido y vengar a su familia asesinada, hasta que una noche, desesperado ya de todo y de todos, se embarcó en un prao, jurando guerra atroz a toda la raza blanca y al sultán de Varauni. Desembarcó en Mompracem, consolidó a sus hombres y se dedicó a piratear por el mar. Era fuerte, valiente, intrépido y sediento de venganza. Devastó las costas del sultán, atacó barcos holandeses e ingleses, no dando tregua ni cuartel. Se convirtió en el terror de los mares, se convirtió en el terrible Tigre de Malasia. Vos ya sabéis el resto.

— ¡Entonces es un vengador de su familia! —exclamó Marianna, dejando de llorar.

—Sí, milady, un vengador que llora a menudo a su madre y a sus hermanos

y hermanas caídos bajo el hierro de los asesinos; un vengador que jamás cometió acciones infames, que respetó en todo tiempo a los débiles, que trató bien a las mujeres y a los niños, que saquea a sus enemigos no por sed de riqueza, sino para levantar un día un ejército de valientes y reconquistar el reino perdido.

— ¡Ah, cuánto bien me han hecho estas palabras, Yáñez! —dijo la joven.

— ¿Estáis decidida ahora a seguir al Tigre de Malasia?

—Sí, soy suya porque lo amo, hasta el punto de que sin él la vida sería para mí un martirio.

—Volvamos entonces a casa, milady. Dios velará por nosotros.

Dos lágrimas descendían lentamente por las rosadas mejillas de la jovencita.

Yáñez condujo a la joven a casa y subieron al comedor. El lord ya estaba allí y se paseaba de un lado a otro con la rigidez de un verdadero inglés nacido en las orillas del Támesis. Estaba sombrío como antes y tenía la cabeza inclinada sobre el pecho.

Al ver a Yáñez se detuvo, diciendo:

— ¿Estáis aquí? Temía que os hubiera ocurrido alguna desgracia fuera del jardín.

—He querido asegurarme con mis propios ojos de que no hay ningún peligro, milord —respondió Yáñez tranquilamente.

— ¿No habéis visto a ninguno de esos perros de Mompracem?

—Ninguno, milord; podemos ir a Victoria con toda seguridad.

El lord se quedó callado durante unos instantes; luego, volviéndose hacia Marianna, que se había quedado junto a una ventana:

— ¿Habéis oído que nos vamos a Victoria? —le dijo.

—Sí —respondió ella secamente.

— ¿Vendréis?

—Sabéis perfectamente que toda resistencia por mi parte sería inútil.

—Creí que tendría que arrastraros a la fuerza.

— ¡Señor!

El portugués vio brillar una llama amenazante en los ojos de la joven, pero siguió en silencio, aunque sentía un deseo irresistible de dar un sablazo a aquel viejo.

— ¡Bah! —Exclamó el lord con mayor ironía—. ¿Acaso ya no amáis a ese héroe de cuchillo, pues consentís en venir a Victoria? ¡Recibid mis parabienes, señora!

— ¡No sigáis! —exclamó la joven con un tono que hizo temblar al mismo lord. Estuvieron algunos instantes en silencio, mirándose el uno al otro como dos fieras que se provocan antes de destrozarse mutuamente.

—O cedes o te despedazaré —dijo el lord con voz furibunda—. Antes que te conviertas en la mujer de ese perro que se llama Sandokán, te mataré.

—Hacedlo —dijo ella, acercándose con aire amenazador.

— ¿Quieres hacerme una escena? Sería inútil. Sabes perfectamente que soy inflexible. Vete a hacer tus preparativos para la marcha.

La joven se había detenido. Intercambió con Yáñez una rápida mirada y luego salió de la habitación, cerrando violentamente la puerta.

—Ya la habéis visto —dijo el lord, volviéndose hacia Yáñez—. Cree poder desafiarme, pero se equivoca. ¡Vive Dios que la despedazaré!

Yáñez, en vez de responder, se secó unas gotas de sudor frío que le perlaban la frente y cruzó los brazos para no ceder a la tentación de echar mano al sable. Habría dado la mitad de su sangre por deshacerse de aquel terrible viejo, al que ahora sabía capaz de todo.

El lord paseó por la habitación durante unos minutos, y después indicó a Yáñez que se sentara a la mesa.

La cena transcurrió en silencio. El lord apenas tocó la comida; en cambio el portugués hizo mucho honor a los diversos platos, como hombre que no sabe cuándo podrá volver a comer.

Apenas habían terminado, cuando entró un cabo.

— ¿Me ha mandado llamar vuestra excelencia? —preguntó.

—Di a los soldados que estén preparados para la marcha.

— ¿A qué hora?

—Saldremos de la quinta a medianoche.

— ¿A caballo?

—Sí, y asegúrate de que todos cambian la carga a los fusiles.

—Su excelencia será servido.

— ¿Iremos todos, milord? —preguntó Yáñez.

—No dejaré aquí más que cuatro hombres.

— ¿Es numerosa la escolta?

—Se compondrá de doce soldados de plena confianza y de diez indígenas.

—Con tales fuerzas no tenemos nada que temer.

—Vos no conocéis a los piratas de Mompracem, joven. Sí nos encontrásemos con ellos, no sé de quién sería la victoria.

— ¿Me permitís, milord, bajar al jardín?

— ¿Qué vais a hacer?

—Vigilar los preparativos de los soldados.

—Andad, joven.

El portugués salió y bajó rápidamente la escalera, murmurando: «Espero llegar a tiempo para avisar a Paranoa. Sandokán va a preparar una bonita emboscada».

Pasó delante de los soldados sin detenerse y, orientándose lo mejor que pudo, tomó una senda que debía conducirlo a las inmediaciones del invernadero. Cinco minutos después se encontraba en medio del bosquecillo de plátanos, allí donde había hecho prisionero al soldado inglés.

Miró a su alrededor para asegurarse de que no había sido seguido, luego se acercó al invernadero y empujó la puerta.

De pronto vio una sombra negra enderezarse ante él, mientras una mano le apuntaba al pecho con una pistola.

—Soy yo, Paranoa —dijo.

— ¡Ah! Vos, patrón Yáñez.

—Vete enseguida, sin parar, y avisa a Sandokán que dentro de unas horas abandonaremos la quinta.

— ¿Dónde tenemos que esperaros?

—En el sendero que conduce a Victoria.

— ¿Seréis muchos?

—Unos veinte.

—Voy enseguida. Hasta la vista, señor Yáñez.

El malayo se lanzó al sendero, desapareciendo en medio de la oscura sombra de las plantas.

Cuando Yáñez regresó a la casa, el lord bajaba la escalera. Se había ceñido el sable y llevaba una carabina en bandolera.

La escolta estaba lista para partir. Se componía de veintidós hombres, doce blancos y diez indígenas, todos armados hasta los dientes.

Un grupo de caballos piafaba junto a la verja del jardín.

— ¿Dónde está mi sobrina? —preguntó el lord.

—Ahí está —respondió el sargento que mandaba la escolta.

En efecto, lady Marianna bajaba en aquel momento la escalinata.

Iba vestida de amazona, con una chaquetilla de terciopelo azul y un largo vestido del mismo tejido, traje y color que hacían resaltar doblemente su palidez y la belleza de su rostro. En la cabeza llevaba un elegante gorro adornado de plumas, inclinado sobre sus dorados cabellos.

El portugués, que la observaba atentamente, vio temblar dos lágrimas bajo sus párpados y una viva ansiedad profundamente pintada en su rostro.

Ya no era la enérgica muchacha, de unas horas antes, que había hablado con tanto fuego y tanta ferocidad. La idea de un rapto en aquellas condiciones, la idea de tener que abandonar para siempre a su tío, el único familiar que le quedaba, que no la quería, era cierto, pero que había tenido con ella tantas atenciones en su juventud, la idea de tener que abandonar para siempre aquellos lugares para arrojarse a un porvenir oscuro, incierto, en los brazos de un hombre que se llamaba el Tigre de Malasia, parecía atterrarla.

Cuando subió al caballo, no pudo reprimir las lágrimas, que le cayeron abundantemente, y algunos sollozos le levantaron el seno.

Yáñez dirigió su caballo hacia el de ella y le dijo:

—Ánimo, milady; el porvenir será risueño para la Perla de Labuán.

A una orden del lord el grupo se puso en marcha, saliendo del jardín y tomando el sendero que conducía a la emboscada.

Seis soldados abrían la marcha con las carabinas en la mano y los ojos fijos en los lados del sendero, para no ser sorprendidos; seguían el lord, después Yáñez y la joven lady, flanqueados por otros cuatro soldados, y tras los otros, en grupo cerrado, con las armas apoyadas delante de la silla.

A pesar de las noticias traídas por Yáñez, todos desconfiaban y escudriñaban con profunda atención las selvas circundantes. El lord parecía no preocuparse de ello, pero de cuando en cuando se volvía lanzando a Marianna una mirada en la que se leía una grave amenaza. Se comprendía que aquel hombre estaba dispuesto a matar a su sobrina a la primera tentativa por parte de los piratas del Tigre.

Afortunadamente Yáñez, que no lo perdía de vista, se había dado cuenta de

sus siniestras intenciones y estaba preparado para proteger a la adorable muchacha.

Habían recorrido, en el más profundo silencio, cerca de dos kilómetros, cuando a la derecha del sendero se oyó de improviso un ligero silbido.

Yáñez, que ya estaba esperando el ataque de un momento a otro, desenvainó el sable y se colocó entre el lord y lady Marianna.

— ¿Qué hacéis? —preguntó el lord, que se había vuelto bruscamente.

— ¿No habéis oído? —preguntó Yáñez.

— ¿Un silbido?

— Sí.

— ¿Y qué?

— Eso quiere decir, milord, que estamos cercados por mis amigos —dijo Yáñez fríamente.

— ¡Ah, traidor! —aulló el lord, sacando su sable y lanzándose contra el portugués.

— ¡Demasiado tarde, señor! —gritó este, arrojándose delante de Marianna.

En efecto, en aquel mismo momento dos descargas mortíferas salieron de los dos lados del sendero, arrojando a tierra a cuatro hombres y siete caballos; luego treinta hombres, treinta cachorros de Mompracem, se precipitaron fuera del bosque, dando gritos indescriptibles y cargando furiosamente contra el grupo. Sandokán, que los guiaba, se dirigió en medio de los caballos; detrás de los cuales se habían reunido rápidamente los hombres de la escolta, y abatió de un gran cimitarrazo al primer hombre que se le puso por delante.

El lord lanzó un verdadero rugido. Con una pisto la en la izquierda y el sable en la derecha se dirigió hacia Marianna, que se había agarrado a las crines de su cabalgadura. Pero Yáñez había saltado ya a tierra. Cogió a la joven, la levantó de la silla y, estrechándola contra su pecho con sus robustos brazos, intentó pasar entre los soldados y los indígenas, que se defendían con el furor que infunde la desesperación, atrincherados detrás de sus caballos.

— ¡Paso! ¡Paso! —gritó, intentando dominar con su voz el estruendo de la mosquetería y el chocar furioso de las armas.

Pero ninguno se preocupaba de él, a excepción del lord, que se preparaba para atacarlo. Para mayor desgracia, o quizá por suerte, la joven se había desvanecido entre sus brazos.

La depositó detrás de un caballo muerto, mientras el lord, pálido de furor, hacía fuego contra él.

De un salto Yáñez evitó la bala, y después, esgrimiendo el sable, gritó:

—Aguarda un poco, viejo lobo de mar, que te voy a hacer probar la punta de mi acero.

— ¡Te mataré, traidor! —respondió el lord.

Se lanzaron el uno contra el otro, Yáñez resuelto a sacrificarse para salvar a la joven, y lord Guillonk decidido a todo para arrancársela al Tigre de Malasia. Mientras intercambiaban tremendas cuchilladas con encarnizamiento sin igual, ingleses y piratas combatían con igual furor, intentando rechazarse mutuamente.

Los primeros, reducidos a un puñado de hombres, pero fuertemente atrincherados detrás de los caballos que habían caído, se defendían animosamente, ayudados por los indígenas, que meneaban ciegamente las manos, confundiendo sus gritos salvajes con los gritos tremendos de los cachorros. Daban tajos y cuchilladas, hacían voltear los fusiles utilizándolos como mazas, retrocedían o avanzaban, pero se mantenían firmes.

Sandokán, con la cimitarra en la mano, intentaba en vano derribar aquella muralla humana para ayudar al portugués, que se afanaba por rechazar los vertiginosos ataques del lobo de mar. Rugía como una fiera, hendía cabezas y destrozaba pechos, se metía como un loco entre las puntas de las bayonetas, arrastrando consigo a su terrible banda, que agitaba las hachas ensangrentadas y los pesados sables de abordaje.

La resistencia de los ingleses, sin embargo, ya no podía durar mucho. El Tigre, arrastrando otra vez a sus hombres al ataque, logró finalmente rechazar a los defensores, que se replegaron confusamente unos sobre otros.

— ¡Resiste, Yáñez! —tronó Sandokán, descargando una tempestad de cimitarrazos contra el enemigo, que intentaba cerrarle el paso—. Aguanta, que voy a reunirme contigo.

Pero precisamente en aquel momento el sable del portugués se partió por la mitad. Se encontró desarmado, con la muchacha desvanecida todavía y el lord delante de él.

— ¡Auxilio, Sandokán! —gritó.

Lord Guillonk se precipitó encima lanzando un grito de triunfo, pero Yáñez no se asustó. Se echó rápidamente a un lado evitando el sable y luego golpeó al lord con la cabeza, arrojándolo al suelo.

No obstante, cayeron ambos y empezaron a luchar, intentando estrangularse, rodando entre los muertos y los heridos.

—John —dijo el lord, viendo caer a un soldado pocos pasos con el rostro

partido de una cuchillada ¡Mata a lady Marianna! ¡Te lo ordeno!

El soldado, haciendo un esfuerzo desesperado, se irguió sobre las rodillas con la daga en la mano, dispuesto a obedecer, pero no tuvo tiempo.

Los ingleses, oprimidos por el número, caían uno a uno bajo las hachas de los piratas y el Tigre estaba allí, a dos pasos.

De un empujón irresistible derribó a los hombres que aún quedaban en pie, saltó sobre el soldado que ya había alzado el arma y lo mató de un cimitarrazo.

— ¡Mía, mía, mía! —exclamó el pirata, tomando a la joven y estrechándola contra su pecho.

Saltó fuera de aquella mezcolanza y huyó a la selva vecina, mientras sus hombres acababan con los últimos ingleses.

Lord Guillonk, arrojado por Yáñez contra el tronco de un árbol, se quedó solo y semidescalabrado en medio de los cadáveres que cubrían el sendero.

## VII. La mujer del Tigre

La noche era magnífica. La Luna, ese astro de las noches serenas, lucía en un cielo sin nubes, proyectando su pálida luz de un azul transparente, de una infinita dulzura, sobre las oscuras y misteriosas selvas, sobre las murmurantes aguas del riachuelo, y reflejándose con vago temblor sobre las olas del amplio mar de Malasia.

Un suave vientecillo, cargado de las exhalaciones perfumadas de las grandes plantas, agitaba con leve susurro las frondas y, recorriendo la plácida marina, moría en los lejanos horizontes del oeste.

Todo era silencio, todo era misterio y paz.

Sólo de cuando en cuando, más allá de la resaca que se rompía con monótono murmullo en las desiertas arenas de la playa, más allá del gemido de la brisa, que parecía un triste lamento, se oía resonar un sollozo sobre el puente del prao corsario.

El veloz velero había dejado ya la desembocadura del río y huía raudo hacia occidente, dejando atrás Labuán, que poco a poco iba confundiéndose con las tinieblas.

Sólo tres personas velaban sobre el puente: Yáñez, taciturno, triste, sombrío, sentado a popa con una mano sobre la caña del timón; Sandokán y la muchacha de los cabellos de oro, sentados a proa a la sombra de las grandes

velas, acariciados por la brisa nocturna.

El pirata apretaba contra su pecho a la bella fugitiva y le limpiaba las lágrimas que brillaban en sus pestañas.

—Escucha, amor mío —decía—. No llores, yo te haré feliz, inmensamente feliz, y seré tuyo, todo tuyo. Nos iremos lejos de estas islas, sepultaremos mi cruel pasado y no volveremos a oír hablar de piratas, ni de mi salvaje Mompracem. Mi gloria, mi poderío, mis sangrientas venganzas, mi temido nombre, todo lo olvidaré por ti, porque quiero convertirme en otro hombre. Óyeme, adorada muchacha: hasta hoy fui el temido pirata de Mompracem, hasta hoy fui asesino, fui cruel, fui feroz, fui terrible, fui Tigre... pero no volveré a serlo. Frenaré los impulsos de mi naturaleza salvaje, sacrificaré mi poderío, abandonaré este mar que un día estaba orgulloso de llamar mío y la terrible banda que hizo mi triste celebridad. No llores, Marianna, el futuro que nos espera no será oscuro, sino risueño, todo felicidad. Nos iremos lejos, tanto que no volveremos jamás a oír hablar de nuestras islas, que nos han visto crecer, vivir, amar y sufrir; perderemos patria, amigos, parientes... pero ¿qué importa? Te daré una nueva isla, más alegre, más risueña, donde no oír ya el rugido de los cañones, donde no volveré a ver las noches que me enloquecen en torno a ese cortejo de víctimas inmoladas por mí y que siempre me gritan: ¡asesino! No, no volveré a ver nada de todo esto y podré repetirte de la mañana a la noche esas divinas palabras que para mí lo son todo: ¡te amo y soy tu marido! ¡OH! Repíteme también tú estas dulces palabras, que nunca oí resonar en mis oídos durante mi borrascosa vida.

La jovencita se abandonó en los brazos del pirata, repitiendo entre sollozos:

— ¡Te amo, Sandokán, te amo como jamás ninguna mujer amó sobre la tierra! Sandokán la estrechó contra su pecho, y sus labios besaron los dorados cabellos de ella y su nívea frente.

—Ahora que eres mía, ¡ay de quien te toque! —Prosiguió el pirata—. Hoy estamos en este mar, pero mañana estaremos seguros en mi inaccesible nido, donde nadie tendrá la osadía de venir a atacarnos; luego, cuando haya desaparecido todo peligro, iremos donde tú quieras, mi adorada muchacha.

—Sí —murmuró Marianna—, nos iremos lejos, tanto que no volvamos a oír hablar de nuestras islas.

Emitió un profundo suspiro, que parecía un gemido, y se desvaneció entre los brazos de Sandokán. Casi en el mismo instante una voz dijo:

—Hermano, ¡el enemigo nos sigue!

El pirata se volvió, estrechando a su prometida contra su pecho, y se

encontró frente a Yáñez, que le señalaba un punto luminoso que corría por el mar.

— ¿El enemigo? —preguntó Sandokán con las facciones alteradas.

—Acabo de ver esa luz: viene de oriente. Quizá sea una nave que nos sigue la pista, ansiosa de reconquistar la presa que le hemos arrebatado al lord.

— ¡Pero nosotros la defenderemos, Yáñez! —Exclamó Sandokán—. ¡Ay de quien intente impedirnos el paso, ay de ellos! Ante los ojos de Marianna seré capaz de luchar contra el mundo entero.

Miró atentamente el farol señalado y se sacó del costado la cimitarra.

Marianna volvía entonces en sí. Al ver al pirata con el arma en la mano, lanzó un ligero grito de terror.

— ¿Por qué has desenvainado el arma, Sandokán? —preguntó palideciendo.

El pirata la miró con suprema ternura y vaciló, pero luego, llevándola dulcemente a popa, le mostró el farol.

—No, amor mío, es una nave que nos sigue, es un ojo que escudriña ávidamente el mar, buscándonos.

— ¡Dios mío! ¿Entonces nos siguen?

—Es probable, pero encontrarán balas y metralla para diez de ellos.

— ¿Y si te mataran?

— ¡Matarme! —Exclamó él enderezándose, mientras un relámpago soberbio le brillaba en los ojos—. ¡Todavía me siento invulnerable!

El crucero, porque debía de serlo, ya no era una simple sombra. Sus mástiles se destacaban ahora netamente sobre el fondo claro del cielo, y se veía alzarse una gruesa columna de humo, en medio de la cual volaban miríadas de chispas.

Su proa cortaba rápidamente las aguas, que centelleaban a la luz del astro nocturno, y el viento llevaba hasta el prao el fragor de las ruedas que mordían las olas.

— ¡Ven, ven, maldito de Dios! —Exclamó Sandokán, desafiándolo con la cimitarra, mientras con el otro brazo ceñía a la muchacha—. Ven a medirte con el Tigre, di a tus cañones que rujan, lanza a tus hombres al abordaje: ¡te desafío!

Después, volviéndose hacia Marianna, la cual miraba ansiosamente el barco enemigo que ganaba terreno:

—Ven, amor mío —le dijo—. Te conduciré a tu nido, donde estarás al abrigo de los golpes de esos hombres que hasta ayer eran tus compatriotas y que hoy son tus enemigos.

Se detuvo un instante, fijando una mirada torva en el piróscrafo que forzaba las máquinas, y luego condujo a Marianna al camarote.

Era una habitacioncita amueblada con elegancia, un verdadero nido. Las paredes desaparecían bajo un espeso tejido oriental y el pavimento estaba cubierto de blandas alfombras indias. Los muebles, ricos, bellísimos, de caoba y de ébano incrustados de madreperlas, ocupaban los ángulos, mientras del techo pendía una gran lámpara dorada.

—Aquí no te alcanzarán los tiros, Marianna —dijo Sandokán—. Las planchas de hierro que cubren la proa de mi barco bastarán para detenerlos.

— ¿Y tú, Sandokán?

—Yo vuelvo a subir al puente para dar órdenes. Mi presencia es necesaria para dirigir la batalla, si el crucero nos ataca.

— ¿Y si te hiere una bala?

—No tengas miedo, Marianna. A la primera descarga, lanzaré entre las ruedas del barco enemigo tal granada, que se detendrá para siempre.

—Temo por ti.

—La muerte tiene miedo del Tigre de Malasia —respondió el pirata con suprema ferocidad.

— ¿Y si esos hombres llegasen al abordaje?...

—No los temo, niña mía. Mis hombres son todos valientes, son auténticos tigres, dispuestos a morir por su jefe y por ti. ¡Que vengan, pues, tus compatriotas al abordaje!... Los exterminaremos y los arrojaremos al mar.

—Te creo, mi valiente campeón; y sin embargo tengo miedo. Ellos te odian, Sandokán, y por prenderte serían capaces de intentar cualquier locura. Guárdate de ellos, mi valiente amigo, porque han jurado matarte.

— ¡Matarme!... —exclamó Sandokán, casi con desprecio—. ¡Matar ellos al Tigre de Malasia!... Que lo intenten si se atreven. Me parece haberme vuelto ahora tan fuerte, que pararía con mis manos las balas de su artillería. No, no temas por mí, niña mía. Voy a castigar al insolente que viene a desafiarme, y luego volveré contigo.

—Entretanto rezaré por ti, mi valeroso Sandokán.

El pirata la miró durante algunos instantes con profunda admiración, le tomó la cabeza entre las manos y le rozó los cabellos con los labios.

—Y ahora —dijo después, levantándose fieramente—, ¡a nosotros dos, maldito buque, que vienes a turbar mi felicidad!...

—Protégelo, Dios mío —murmuró la jovencita, cayendo de rodillas.

La tripulación del prao, despertada al grito de alarma de Yáñez y al primer cañonazo, había subido precipitadamente a cubierta, dispuesta a luchar.

Al divisar el barco a tan breve distancia, los piratas se lanzaron con bravura sobre los cañones y las espingardas para responder a la provocación del crucero.

Los artilleros habían encendido ya las mechas y estaban a punto de aproximarlas a las piezas, cuando apareció Sandokán. Al verlo aparecer sobre el puente, un grito unánime se elevó entre los cachorros:

— ¡Viva el Tigre!

— ¡Fuera de aquí! —Gritó Sandokán, rechazando a los artilleros—. ¡Me basto yo solo para castigar a ese insolente! ¡El maldito no irá a Labuán a contar que ha cañoneado la bandera de Mompracem!

Dicho esto, fue a colocarse a popa, apoyando un pie sobre la culata de uno de los dos cañones.

Aquel hombre parecía haberse convertido de nuevo en el terrible Tigre de Malasia de otros tiempos. Sus ojos brillaban como carbones encendidos y sus facciones tenían una expresión de tremenda ferocidad. Se comprendía que una rabia terrible ardía en su pecho.

—Me desafías —dijo—. ¡Ven y te enseñaré a mi mujer!... Ella está bajo mi protección, defendida por mi cimitarra y mis cañones. Ven a quitármela, si eres capaz de ello. ¡Los tigres de Mompracem te esperan!

Se volvió hacia Paranoa, que estaba cerca de él, sujetando la caña del timón, y le dijo:

—Manda diez hombres a la bodega y que suban a cubierta el mortero que hice embarcar.

Un instante después, diez piratas izaban fatigosamente sobre el puente un gran mortero, sujetándolo con algunos cabos junto al palo maestro.

Un artillero lo cargó con una bomba de ocho pulgadas y de veintiún kilos de peso, que, al estallar, lanzaría sus buenos veintiocho cascotes de hierro.

—Ahora esperemos al alba —dijo Sandokán—. Quiero enseñarte, barco maldito, mi bandera y mi mujer.

Subió a la amura de popa y se sentó, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada fija en el crucero.

— ¿Pero qué intentas? —le preguntó Yáñez—. Dentro de poco el piróscafo estará a tiro y abrirá fuego contra nosotros.

—Tanto peor para él.

—Esperemos entonces, ya que así lo quieres.

El portugués no se había equivocado. Diez minutos después, a pesar de que el prao devoraba el camino, el crucero se encontraba a solo dos mil metros. De pronto, un relámpago brilló a proa del barco y una fuerte detonación sacudió los estratos del aire, pero no se oyó el silbido agudo de la bala.

— ¡Ah! —exclamó Sandokán, sonriendo burlescamente—. ¿Me invitas a detenerme y preguntas por mi bandera? Yáñez, iza el estandarte de la piratería. La luna es espléndida y con los catalejos la verán.

El portugués obedeció.

El piróscafo, que parecía estar solo esperando una señal, redobló su carrera, y al llegar a mil metros disparó un cañonazo, pero este no de pólvora, porque el proyectil pasó silbando por encima del prao.

Sandokán no se movió, ni pestañeó siquiera. Sus hombres se colocaron en sus puestos de combate, pero no respondieron a la amenaza.

El buque continuó avanzando, pero más lentamente, con prudencia. Aquel silencio debía de preocuparlo, y no poco, pues bien sabía que los barcos corsarios van siempre armados y tripulados por hombres resueltos.

A ochocientos metros lanzó un segundo proyectil, el cual, mal dirigido, rebotó en el mar después de haber pasado rasando la coraza de popa del pequeño barco.

Una tercera bala pasaba poco después por la cubierta del prao horadando las dos velas maestras y el trinquete mientras una cuarta se hacía añicos contra uno de los dos cañones de popa, lanzando un fragmento hasta la amura sobre la que estaba sentado Sandokán.

Este se irguió con un gesto soberbio y, extendiendo la mano derecha hacia el barco enemigo, gritó con voz amenazadora:

— ¡Tira, tira, nave maldita! ¡No te temo! Cuando puedas verme, te destrozaré las ruedas y detendré tu vuelo.

Otros dos relámpagos brillaron sobre la proa del piróscafo, seguidos de dos agudas detonaciones. Una bala fue a estrellarse contra la parte de la amura de popa a solo dos pasos de Sandokán, mientras la otra acertaba limpiamente a la cabeza de un hombre que estaba atando una escota en el pequeño alcázar de proa.

Un alarido de furor se alzó entre la tripulación.

— ¡Tigre de Malasia! ¡Venganza!

Sandokán se volvió hacia sus hombres, lanzando sobre ellos una mirada irritada.

— ¡Silencio! —tronó—. Aquí mando yo.

—El barco no economiza sus balas, Sandokán —dijo Yáñez.

—Déjale que tire.

— ¿A qué vas a esperar?

—Al alba.

—Es una locura, Sandokán. ¿Y si te da una bala?

— ¡Soy invulnerable! —Gritó el Tigre de Malasia—. Mira: ¡desafío el fuego de ese barco! De un salto se lanzó sobre la amura de popa, agarrándose al asta de la bandera. Yáñez experimentó un escalofrío de espanto.

La luna estaba alta sobre el horizonte y, desde el puente del barco enemigo, con un buen catalejo se podía distinguir a aquel temerario, que así se exponía a los cañonazos.

— ¡Baja, Sandokán! —Gritó Yáñez—. Vas a conseguir que te maten.

Una sonrisa despectiva fue la respuesta de aquel hombre formidable.

— ¡Piensa en Marianna! —insistió Yáñez.

—Ella sabe que no tengo miedo. Silencio. ¡A vuestros puestos!

Habría sido más fácil detener al piróscafo en su carrera que convencer a Sandokán de que abandonase aquel puesto.

Yáñez, que conocía la tenacidad de su compañero, renunció a una segunda tentativa y se retiró detrás de uno de los dos cañones.

El crucero, después de aquel cañoneo casi infructuoso, había suspendido el fuego. Su capitán quería sin duda ganar más terreno para no desperdiciar inútilmente las municiones.

Durante un cuarto de hora los dos barcos continuaron su carrera; luego, a quinientos metros, se reemprendió el cañoneo con mayor furia.

Las balas caían en gran número alrededor del pequeño velero y no siempre iban perdidas. Algún proyectil pasaba silbando a través del velamen, cortando alguna cuerda o desmochando las extremidades de los palos, y algún otro rebotaba o se estrellaba contra las planchas metálicas.

Una bala incluso atravesó el puente, de refilón, rozando el palo maestro. Si

hubiera pasado a unos centímetros más a la derecha, el velero habría sido detenido en su carrera.

Sandokán, a pesar de aquella peligrosa granizada, no se movía. Miraba fríamente la nave enemiga, que forzaba sus máquinas para ganar terreno, y sonreía irónicamente cada vez que una bala pasaba silbándole los oídos.

Pero hubo un momento en que Yáñez lo vio levantarse de golpe e inclinarse como si fuera a lanzarse hacia el mortero; mas luego volvió a su puesto murmurando:

— ¡Aún no! ¡Quiero que veas a mi mujer!

Durante otros diez minutos el vapor bombardeó al pequeño velero, que no hacía ninguna maniobra para hurtarse a aquella granizada de fuego; luego las detonaciones fueron espaciándose poco a poco, hasta que cesaron del todo.

Mirando atentamente a la arboladura del barco enemigo, Sandokán vio ondear una gran bandera blanca.

— ¡Ah! —exclamó aquel hombre formidable—. ¡Me invitas a rendirme! ¡Yáñez!

— ¿Qué quieres, hermanito?

—Iza mi bandera.

— ¿Estás loco? Esos bribones reemprenderán el cañoneo. Ya que han parado, déjalos tranquilos. —Quiero que el crucero sepa que quien guía este prao es el Tigre de Malasia.

—Y te saludará con una granizada de granadas.

—El viento comienza a hacerse más fresco, Yáñez. Dentro de diez minutos estaremos fuera del alcance de sus tiros.

—Sea, pues.

A una señal del pirata, ató la bandera a la driza de popa y la izó hasta la punta del palo maestro.

Un golpe de viento la agitó y a la límpida luz de la luna mostró su color sanguinolento.

— ¡Tira ahora! ¡Tira! —Gritó Sandokán, tendiendo el puño hacia el barco enemigo—. ¡Haz tronar tus cañones, arma a tus hombres, llena tus calderas de carbón, te espero!

¡Quiero enseñarte mi conquista a los relámpagos de mi artillería!

Dos cañonazos fueron la respuesta. La tripulación del crucero había descubierto ya la bandera de los tigres de Mompracem y reemprendía con

mayor vigor el cañoneo.

El crucero precipitaba la marcha, para alcanzar el velero y, si fuera necesario, llegar al abordaje.

Su chimenea humeaba como un volcán y las ruedas mordían fragorosamente las aguas. Cuando cesaban las detonaciones, se oían hasta los sordos ruidos de la máquina.

Sin embargo su tripulación iba a convencerse bien pronto de que no era fácil competir con un velero preparado como prao. Al aumentar el viento, el pequeño barco, que hasta entonces no había podido alcanzar los diez nudos, adquirió una andadura más rápida. Sus inmensas velas, hinchadas como dos globos, ejercían sobre el barco una fuerza extraordinaria.

Ya no corría: volaba sobre las tranquilas aguas del mar, rozándolas apenas. En algunos momentos incluso parecía que se levantaba y que su casco ni siquiera tocaba el agua.

El crucero disparaba furiosamente, pero ahora todas sus balas caían en la estela del prao.

Sandokán no se había movido. Sentado junto a su roja bandera, espiaba atentamente el cielo. Parecía que no se preocupaba siquiera del buque que intentaba darle caza con tanto encarnizamiento.

El portugués, que no captaba la idea que tenía Sandokán, se le acercó y le dijo:

—Entonces, ¿qué quieres hacer, hermanito mío? Dentro de una hora estaremos muy lejos de ese barco, si el viento no cesa.

—Espera un poco todavía, Yáñez —respondió Sandokán—. Mira allá, a oriente: las estrellas comienzan a palidecer, y por el cielo empiezan a difundirse ya las primeras claridades del alba.

— ¿Quieres arrastrar ese crucero hasta Mompracem para abordarlo después?

—No tengo esa intención.

—No te comprendo.

—Apenas el alba permita a la tripulación de ese barco verme bien, castigaré a ese insolente.

—Eres un artillero harto hábil para tener que esperar a la luz del sol. El mortero está listo.

—Quiero que vean quién disparará la pieza.

—Quizá lo saben ya.

—Es cierto, quizá lo sospechan, pero no me basta. Quiero enseñarles también a la mujer del Tigre de Malasia.

— ¿Marianna?...

—Sí, Yáñez.

— ¡Qué locura!

—Así sabrán en Labuán que el Tigre de Malasia ha osado violar las costas de la isla y enfrentarse con los soldados que velaban por lord Guillonk.

—En Victoria no ignorarán ya la arriesgada expedición que has llevado a buen término.

—No importa. ¿Está listo el mortero? —Ya está cargado, Sandokán.

—Dentro de unos minutos castigaremos a ese curioso. Destrozaré una de sus ruedas, ya lo verás.

Mientras así hablaban, una pálida luz, que iba tiñéndose rápidamente de reflejos rosáceos, continuaba difundiéndose por el cielo. La luna iba cayendo sobre el mar, mientras los astros empalidecían. Unos pocos minutos más y habría salido el sol.

El barco de guerra estaba ahora cerca de mil quinientos metros de distancia. Seguía forzando las máquinas, pero perdía terreno a cada minuto. El veloz prao ganaba rápidamente, al aumentar el viento con el despuntar del alba.

—Hermanito mío —dijo al poco rato Yáñez—. Da ya un buen golpe al crucero.

—Haz recoger las tercerolas de la vela maestra y del trinquete —ordenó Sandokán—. Cuando esté a quinientos metros, daré fuego al mortero.

Yáñez dio enseguida la orden. Diez piratas treparon por los flechastes, arriaron las dos velas y realizaron rápidamente la maniobra. Reducido el velamen, el prao comenzó a disminuir la marcha.

El crucero, al darse cuenta de ello, reemprendió el cañoneo, aunque estaba aún lejos para obtener buen resultado.

Hizo falta todavía una buena media hora para que llegase a la distancia deseada por Sandokán.

Ya comenzaban a caer las balas sobre el puente del prao, cuando el Tigre, lanzándose bruscamente abajo desde la amura, se colocó detrás del mortero. Un rayo de sol se había levantado sobre el mar, iluminando las velas del prao.

— ¡Y ahora me toca a mí! —Gritó Sandokán con una extraña sonrisa—. ¡Pon el barco de través al viento!

Un instante después el pequeño velero se ponía de través al viento, quedándose casi al paio.

Sandokán pidió a Paranoa una mecha que ya tenía encendida y se inclinó sobre la pieza, calculando la distancia con la mirada.

El barco de guerra, al ver que el velero se detenía, aprovechaba para intentar alcanzarlo. Avanzaba con creciente rapidez, echando humo y resoplando, alternando los tiros de granada con proyectiles cargados. Los cascotes de metralla saltaban por la cubierta, horadando las velas y cortando las cuerdas, resbalando sobre las planchas de hierro, chirriando y deteriorando los maderos. ¡Ay si aquella lluvia hubiese durado solo diez minutos más!

Sandokán, siempre impasible, continuaba mirando.

— ¡Fuego! —gritó de pronto, dando un salto hacia atrás.

Se inclinó sobre la humeante pieza, conteniendo la respiración, con los labios apretados y los ojos fijos ante sí, como si quisiera seguir la invisible trayectoria del proyectil.

Pocos instantes después una segunda detonación retumbaba en el mar.

La granada había estallado entre los radios de los tambores de babor, haciendo saltar con inusitada violencia toda la ferretería de la rueda y las palas.

El piróscafo, gravemente alcanzado, se inclinó sobre el flanco deteriorado, y luego se puso a girar sobre sí mismo bajo el impulso de la otra rueda, que todavía seguía mordiendo las aguas.

— ¡Viva el Tigre! —gritaron los piratas, lanzándose hacia los cañones.

— ¡Marianna! ¡Marianna! —exclamó Sandokán, mientras el piróscafo, volcado sobre el flanco destrozado, embarcaba agua a toneladas.

La joven apareció en el puente a su llamada. Sandokán la tomó entre los brazos, la levantó hasta la amura y, mostrándosela a la tripulación del piróscafo, tronó:

— ¡Aquí tenéis a mi mujer!

Después, mientras los piratas descargaban sobre el buque un huracán de metralla, el prao viró de bordo, alejándose rápidamente hacia el oeste.

## VIII. Hacia Mompracem

Castigado el barco enemigo, que había tenido que pararse para reparar los gravísimos daños causados por la granada tan diestramente lanzada por Sandokán, el prao, cubierto por sus inmensas velas, se alejó enseguida, con la velocidad característica de este género de barcos, que desafían a los más rápidos clípers de la marina de los dos mundos.

Marianna, abatida por tantas emociones, se había retirado nuevamente al elegante camarote, e incluso buena parte de la tripulación había abandonado la cubierta, pues ya no estaba el barco amenazado por ningún peligro, al menos por el momento.

Yáñez y Sandokán, empero, no habían abandonado el puente. Sentados en el coronamiento de popa, conversaban entre sí, mirando de cuando en cuando hacia el este, donde se descubría todavía un sutil penacho de humo.

—Ese piróscafo tendrá mucho que hacer para arrastrarse hasta Victoria —decía Yáñez—. La bomba lo ha deteriorado tan gravemente que le imposibilita para cualquier intento de persecución. ¿Crees tú que nos lo habrá mandado detrás lord Guillonk?

—No, Yáñez —respondió Sandokán—. Al lord le habría faltado tiempo para llegar a Victoria y advertir al gobernador de lo sucedido. De todos modos ese barco nos buscaba desde hace varios días. A estas horas debía de saberse ya en la isla que nosotros habíamos desembarcado.

— ¿Crees que el lord nos dejará tranquilos?

—Lo dudo mucho, Yáñez. Conozco a ese hombre y sé lo tenaz y vengativo que es. Tenemos que esperar, y no tardando mucho, un formidable ataque.

— ¿Vendrá a atacarnos a nuestra isla?

—Estoy seguro de ello, Yáñez. Lord James goza de mucha influencia y además sé que es muy rico. Así que le será fácil fletar todos los barcos que haya disponibles, enrolar marineros y conseguir ayuda del gobernador. Dentro de poco veremos aparecer ante Mompracem una flotilla, ya lo verás.

— ¿Y qué haremos?

—Daremos nuestra última batalla.

— ¿La última?... ¿Por qué hablas así, Sandokán?

—Porque Mompracem perderá después a sus jefes —dijo el Tigre de Malasia con un suspiro—. Mi carrera está a punto de terminar, Yáñez. Este mar, escenario de mis hazañas, no volverá a ver los praos del Tigre surcando sus olas.

— ¡Ah, Sandokán!

—Qué quieres, Yáñez: así estaba escrito. El amor de la muchacha de los cabellos de oro tenía que apagar al pirata de Mompracem. Es triste, inmensamente triste, mi buen Yáñez, tener que decir adiós y para siempre a estos lugares y tener que perder la fama y el poder, y sin embargo tendré que resignarme. ¡No más batallas, no más tronar de artillerías, no más cascos humeantes hundiéndose en los bártros de este mar, no más temibles abordajes! ¡Ah!... Siento que mi corazón sangra, Yáñez, pensando que el Tigre morirá para siempre y que este mar y mi isla misma vendrán a ser de otros.

— ¿Y nuestros hombres?

—Ellos seguirán el ejemplo de su jefe, si quieren, y darán también su adiós a Mompracem —declaró Sandokán con voz triste.

—Y nuestra isla, después de tanto esplendor, ¿tendrá que quedar desierta, como estaba antes de su aparición?

—Así será.

— ¡Pobre Mompracem!... —exclamó Yáñez con profundo dolor—. ¡Yo que la amaba ya como si fuera mi patria, mi tierra natal!

— ¿Crees que yo no la amo? ¿Crees que no se me encoge el corazón al pensar que quizá no volveré a verla jamás, que quizá no volveré a surcar jamás con mis praos este mar que llamaba mío? Si pudiera llorar, verías cuántas lágrimas bañarían mis mejillas. En fin, así lo ha querido el destino. Resignémonos, Yáñez, y no pensemos más en el pasado.

—Y sin embargo, no puedo resignarme, Sandokán. ¡Ver desaparecer de un solo golpe nuestro poder que nos había costado inmensos sacrificios, tremendas batallas y ríos de sangre!

—La fatalidad así lo quiere —dijo Sandokán con voz sorda.

—O, mejor, el amor de la muchacha de los cabellos de oro —replicó Yáñez—. Sin esa mujer, el rugido del Tigre de Malasia llegaría aún poderoso hasta Labuán y haría temblar, durante largos años todavía, a los ingleses e incluso al sultán de Varauni.

—Es verdad, amigo mío —dijo Sandokán—. Ha sido la muchacha quien ha dado el golpe mortal a Mompracem. Si no la hubiera visto nunca, quién sabe durante cuántos años todavía nuestras banderas habrían recorrido triunfantes este mar. Pero ahora es demasiado tarde para romper estas cadenas que ha echado sobre mí. Si hubiera sido otra mujer, al pensar en la ruina de nuestro poderío, habría huido de ella o habría vuelto a llevarla a Labuán..., pero siento que despedazaría para siempre mi existencia, si no pudiera volver a verla. La pasión que arde en mi pecho es demasiado gigantesca para poder

ser sofocada. ¡Ah!... ¡Si ella lo quisiera!... ¡Si ella no sintiese horror por nuestro oficio y no tuviese miedo de la sangre y del estruendo de la artillería! ... ¡Cómo haría brillar a su lado el astro de Mompracem!... Podría darle un trono, aquí o en las costas de Borneo, pero en cambio... En fin, que se cumpla nuestro destino. Iremos a Mompracem a dar la última batalla, y después abandonaremos la isla y nos haremos a la mar.

— ¿Hacia dónde, Sandokán?

—Lo ignoro, Yáñez. Iremos donde ella quiera, muy lejos de estos mares y de estas tierras, tanto que no podamos volver a oír hablar de ellas. Si tuviera que quedarme aquí cerca, no sé si a la larga sabría resistir la tentación de volver a Mompracem.

—Bien, así sea: vamos a emprender la última batalla, y después nos iremos también lejos —dijo Yáñez con acento resignado—. Pero la lucha será tremenda, Sandokán. Lord Guillonk nos atacará a la desesperada.

—Encontraré inexpugnable la madriguera del Tigre. Hasta ahora nadie ha sido tan osado como para violar las costas de mi isla, y ni siquiera él las tocará. Espera que hayamos llegado y verás los trabajos que emprenderemos para no dejarnos saquear por la flotilla que mandará contra nosotros. Haremos del poblado una fortaleza tan firme que podrá resistir al más terrible bombardeo. El Tigre aún no ha sido domado aún muy fuerte y provocará espanto entre las filas rugirá aún.

— ¿Y si fuéramos oprimidos por la superioridad numérica? Ya sabes, Sandokán, que los holandeses se han aliado con los ingleses en la represión de la piratería. Podrían unirse las dos flotas para dar el golpe mortal a Mompracem.

—Si me viera vencido, prendería fuego a nuestros polvorines y saltaríamos, junto con nuestro pueblo y nuestros praos. No podría resignarme a la pérdida de la muchacha. Antes que vérmela arrebatada, prefiero mi muerte y la suya.

—Esperemos que eso no suceda, Sandokán.

El Tigre de Malasia inclinó la cabeza sobre el pecho y suspiró; luego, tras unos instantes de silencio, dijo:

—Y, sin embargo, tengo un triste presentimiento.

— ¿Cuál? —preguntó Yáñez con ansiedad.

Sandokán no respondió. Abandonó al portugués y se apoyó sobre la amura de proa, ofreciendo su rostro ardiente a la brisa. Estaba inquieto: profundas arrugas surcaban su frente y de cuando en cuando se le escapaban suspiros de los labios.

— ¡Fatalidad!... Y todo por esa criatura celestial —murmuró—. ¡Por ella tendré que perderlo todo, todo, hasta este mar que llamaba mío y que consideraba como sangre de mis venas! ¡Pasaré a ser de ellos, de esos hombres contra los que he combatido durante doce años, sin tregua, sin descanso, de esos hombres que me precipitaron al fango desde las gradas de un trono, que mataron a mi madre, a mis hermanos, a mis hermanas!... ¡Ah! Te lamentas —continuó mirando al mar, que borbollaba delante de la proa del veloz barco—. Gimes, no quieres llegar a ser de esos hombres, no quieres volver a estar tranquilo como antes de que yo llegara aquí. ¿Pero crees que yo no sufro también? Si fuera capaz de llorar, brotarían de estos ojos no pocas lágrimas. En fin, ¿de qué sirve lamentarse ahora? Esa divina muchacha me compensará de tantas pérdidas.

Se llevó las manos a la frente, como si quisiera atrapar los pensamientos que le bullían en el ardiente cerebro, y luego se enderezó y bajó a paso lento al camarote.

Se detuvo, al oír hablar a Marianna.

—No, no —decía la joven con voz acongojada—. Dejadme, ya no os pertenezco a vos... Soy del Tigre de Malasia... ¿Por qué queréis separarme de él?... ¡Fuera ese William, lo odio, fuera, fuera!

—Sueña —murmuró Sandokán—. Duerme segura, muchacha; aquí no corres ningún peligro. Yo vigilo, y para arrancarte de mis manos tendrían que pasar sobre mi cadáver.

Abrió la puerta del camarote y miró. Marianna dormía, respirando fatigosamente, y agitaba los brazos como si intentase alejar una visión. El pirata la contempló unos instantes con indefinible dulzura, luego se retiró sin hacer ruido y entró en su propio camarote.

A la mañana siguiente, el prao, que había navegado todo el día y toda la noche a una velocidad considerable, se encontraba a solo sesenta millas de Mompracem.

Ya todos se consideraban a cubierto, cuando el portugués, que vigilaba con gran atención, descubrió una sutil columna de humo que parecía dirigirse hacia el este.

— ¡Oh! —exclamó—. ¿Otro crucero a la vista? Que yo sepa, no hay volcanes en este espacio de mar.

Se armó de un catalejo y trepó hasta la cima del palo maestro, mirando con profunda atención aquel humo que ahora se había aproximado considerablemente. Cuando volvió a bajar, su semblante estaba ensombrecido.

— ¿Qué pasa, Yáñez? —preguntó Sandokán, que había regresado a

cubierta.

—Acabo de descubrir una cañonera, hermano mío.

—No es gran problema.

—Ya sé que no se arriesgará a atacarnos, pues esos barcos habitualmente van armados con un solo cañón, pero estoy inquieto por otro motivo.

— ¿Qué quieres decir?

—Ese barco viene del este y quizá de Mompracem.

— ¡Oh!...

—No quisiera que durante nuestra ausencia una flota enemiga hubiera bombardeado nuestro nido.

— ¿Mompracem bombardeada? —preguntó una voz argentina detrás de ellos. Sandokán se volvió y se encontró delante de Marianna.

— ¡Ah, eres tú, amiga mía! —exclamó—. Creí que estabas durmiendo todavía.

—Acabo de levantarme ahora mismo. ¿Pero de qué habláis? ¿Acaso nos amenaza un nuevo peligro?

—No, Marianna —respondió Sandokán—. Pero nos hemos inquietado al ver una cañonera que viene de occidente, o sea, de la parte de Mompracem.

— ¿Temes que haya cañoneado tu pueblo?

—Sí, pero no solo eso; una descarga de nuestros cañones sería suficiente para hundirla.

— ¡Ah! —exclamó Yáñez, dando dos pasos adelante.

— ¿Qué ves?

—La cañonera nos ha descubierto y está dando una bordada, dirigiéndose hacia nosotros.

—Vendrá a espiarnos —dijo Sandokán.

En efecto, el pirata no se había equivocado. La cañonera, una de las más pequeñas, de una capacidad de unas cien toneladas, armada con un solo cañón situado en la plataforma de popa, se acercó hasta unos mil metros, después dio una bordada, pero no se alejó del todo porque seguía viéndose su penacho de humo a una decena de millas hacia el este.

Los piratas no se preocupaban por eso, sabiendo perfectamente que aquel pequeño barco no se atrevería a lanzarse contra el prao, cuyas piezas de artillería eran tan numerosas que hubieran tenido a raya a cuatro como él.

Hacia el mediodía un pirata, que había subido al palo del trinquete para colocar un cable, distinguió Mompracem, el temido refugio del Tigre de Malasia.

Yáñez y Sandokán respiraron, creyéndose ya seguros, y se precipitaron hacia proa, seguidos de Marianna.

Allá, donde el cielo se confundía con el mar, se descubría una larga franja todavía de color indeciso, pero que poco a poco iba volviéndose verdeante.

— ¡Deprisa, deprisa! —exclamó Sandokán, que estaba poseído de una viva ansiedad.

— ¿Qué temes? —preguntó Marianna.

—No sé, pero el corazón me dice que allí ha ocurrido algo. ¿Nos sigue todavía la cañonera?

—Sí, veo el penacho de humo hacia el este —respondió Yáñez.

—Mala señal.

—Eso temo también yo, Sandokán.

— ¿No ves nada?

Yáñez apuntó el catalejo y miró con profunda atención durante unos minutos.

—Veo unos praos anclados en la bahía.

—Esperemos —murmuró.

El prao, empujado por un buen viento, al cabo de una hora llegó a pocas millas de la isla y se dirigió hacia la bahía que se abría delante del pueblecito. Muy pronto llegó tan cerca que permitía distinguir perfectamente las fortificaciones, los mercados y las cabañas.

Sobre el gran acantilado, en el vértice del extenso edificio que servía de morada al Tigre, se veía ondear la gran bandera de la piratería, pero el pueblo ya no era tan floreciente como cuando lo habían dejado y los praos no eran tan numerosos.

Los bastiones aparecían gravemente deteriorados, se veían muchas cabañas medio abrasadas y faltaban varios barcos.

— ¡Ah! —Exclamó Sandokán, oprimiéndose el pecho—. Lo que sospechaba ha sucedido: el enemigo ha atacado mi refugio.

—Es verdad —murmuró Yáñez, con el rostro sombrío.

—Pobre amigo mío —dijo Marianna, conmovida por el dolor que se

reflejaba en el rostro de Sandokán—. Mis compatriotas se han aprovechado de tu ausencia.

—Sí —respondió el Tigre sacudiendo tristemente la cabeza—. ¡Mi isla, un día temida e inaccesible, ha sido violada, y mi fama se ha oscurecido para siempre!

## **IX. La reina de Mompracem**

Desgraciadamente Mompracem, la isla considerada tan formidable que espantaba a los más valientes con solo verla, no solo había sido violada, sino que había estado a punto de caer en manos de los enemigos.

Los ingleses, probablemente informados de la partida de Sandokán, seguros de encontrar una guarnición débil, se habían lanzado de improviso contra la isla, bombardeando sus fortificaciones, echando a pique varios barcos e incendiando parte del poblado. Habían llevado su audacia hasta el extremo de desembarcar tropas para intentar adueñarse de ella, pero el valor de Giro-Batol y de sus cachorros había triunfado finalmente, y los enemigos se habían visto obligados a retirarse, también porque temían verse sorprendidos por la espalda por los praos de Sandokán, que creían no muy lejos.

Había sido una victoria, es cierto, pero la isla había estado a punto de caer en manos de los enemigos.

Cuando Sandokán y sus hombres desembarcaron, los piratas de Mompracem, reducidos a la mitad, se precipitaron a su encuentro con grandes vivas, pidiendo venganza contra los invasores.

— ¡Vamos a Labuán, Tigre de Malasia! —gritaban—. ¡Vamos a devolverles las balas que han lanzado contra nosotros!

—Capitán —dijo Giro-Batol, adelantándose—. Hemos hecho lo posible por abordar a la escuadra que nos asaltó, pero no lo conseguimos. Conducidnos a Labuán y destruiremos la isla hasta el último árbol, hasta el último matojo.

Sandokán, en vez de responder, tomó a Marianna y la condujo ante sus hordas.

— ¡Es la patria de ella —dijo—, la patria de mi mujer!

Los piratas, al ver a la joven, que hasta entonces había permanecido detrás de Yáñez, dieron un grito de sorpresa y admiración.

— ¡La Perla de Labuán! ¡Viva la Perla!... —exclamaron, cayendo de

rodillas ante ella.

—Su patria es sagrada para mí —dijo Sandokán—, pero dentro de poco tendréis ocasión de devolver a nuestros enemigos las balas que lanzaron sobre estas costas.

— ¿Vamos a ser atacados? —preguntaron todos.

—El enemigo no está lejos, mis valientes; podéis descubrir su vanguardia en aquella cañonera que está dando vueltas osadamente junto a nuestras costas. Los ingleses tienen fuertes motivos para atacarme: quieren vengar a los hombres que matamos bajo las selvas de Labuán y arrancarme a esta joven. Estad preparados, que el momento quizá no esté lejano.

—Tigre de Malasia —dijo un jefe adelantándose—. Nadie, mientras quede uno de nosotros vivo, vendrá a robar a la Perla de Labuán, ahora que la protege la bandera de la piratería. Ordenad: ¡estamos dispuestos a dar toda nuestra sangre por ella!

Sandokán, profundamente conmovido, miró a aquellos valientes que aclamaban las palabras del jefe y que, después de haber perdido a tantos compañeros, todavía ofrecían su vida para salvar a la que había sido la causa principal de sus desventuras.

—Gracias, amigos —dijo con voz ahogada.

Se pasó varias veces una mano por la frente, dio un profundo suspiro, echó su brazo sobre la joven, que estaba no menos conmovida, y se alejó con la cabeza inclinada sobre el pecho.

—Está acabado —murmuró Yáñez con voz triste.

Sandokán y su compañera subieron la estrecha escalinata que conducía a la cima del acantilado, seguidos por las miradas de todos los piratas, que los observaban con una mezcla de admiración y pesadumbre, y se detuvieron delante de la gran cabaña.

—Esta es tu casa —dijo él entrando—. Era la mía; es un feo nido donde se desarrollaron a veces sombríos dramas... Es indigno de hospedar a la Perla de Labuán, pero es seguro, inaccesible al enemigo, que nunca podrá penetrar aquí. Si hubieras llegado a ser reina de Mompracem, lo habrías embellecido, hubieras hecho de él un palacio... En fin, ¿para qué hablar de cosas imposibles? Aquí todo ha muerto o está a punto de morir.

Sandokán se llevó las manos al corazón y su rostro se alteró dolorosamente. Marianna le echó los brazos al cuello.

—Sandokán, tú sufres, me estás escondiendo tus penas.

—No, alma mía, estoy conmovido, pero nada más. ¿Qué quieres? Al

encontrar mi isla violada, mis bandas diezmadas, y al pensar que dentro de poco tendré que perder...

—Sandokán, entonces lloras por tu pasado poder y sufres ante la idea de tener que perder tu isla. Óyeme, héroe mío, ¿quieres que me quede en esta isla entre tus cachorros, que empuñe también yo la cimitarra y que combata a tu lado? ¿Lo quieres?

— ¡Tú, tú! —exclamó él—. No, no quiero que te conviertas en una mujer semejante. Sería una monstruosidad obligarte a permanecer aquí, ensordecerte con el retumbar de la artillería y con los combatientes y exponerte a un peligro continuo. Dos felicidades serían demasiado y yo no quiero.

— ¿Entonces me amas más que a tu isla, a tus hombres, a tu fama?

—Sí, alma celestial. Esta noche reuniré a mis tropas y les diré que nosotros, después de haber combatido la última batalla, arriaremos para siempre nuestra bandera y abandonaremos Mompracem.

— ¿Y qué dirán tus cachorros ante tal proposición? Me odiarán, al saber que soy yo la causa de la ruina de Mompracem.

—Nadie se atreverá a alzar la voz contra ti. Todavía soy el Tigre de Malasia, el Tigre que los ha hecho temblar siempre con un solo gesto. Y además, me quieren demasiado para no obedecerme. En fin, dejemos que se cumpla nuestro destino.

Ahogó un suspiro, y luego dijo con un amargo lamento:

—Tu amor me hará olvidar mi pasado y quizá también Mompracem.

Depositó un beso sobre los rubios cabellos de la muchacha y llamó después a dos malayos que estaban al lado de la casa.

—Esta es vuestra ama —les dijo, indicando a la joven—. Obedecedla como a mí mismo. Dicho esto, tras haber intercambiado con Marianna una larga mirada, salió con rápidos pasos y se dirigió a la playa.

La cañonera seguía humeando a la vista de la isla, dirigiéndose unas veces hacia el norte y otras hacia el sur. Parecía que intentaba descubrir alguna cosa, probablemente alguna otra cañonera o crucero procedente de Labuán.

Entretanto los piratas, previendo un ya no lejano ataque, trabajaban febrilmente bajo la dirección de Yáñez, reforzando los bastiones, cavando fosos y levantando terraplenes y estacadas.

Sandokán se acercó al portugués, que estaba desarmando las piezas de artillería de los praos para guarnecer un potente reducto, construido justamente en el centro del poblado.

— ¿No ha aparecido ninguna nave? —le preguntó.

—No —respondió Yáñez—, pero la cañonera no abandona nuestras aguas y eso es una mala señal. Si el viento fuera lo suficientemente fuerte como para aventajar a su máquina, la atacaría con mucho placer.

—Hay que tomar medidas para poner a cubierto nuestras riquezas y, en caso de una derrota, prepararnos la retirada.

— ¿Temes no poder hacer frente a los atacantes?

—Tengo siniestros presentimientos, Yáñez; siento que estoy a punto de perder esta isla.

— ¡Bah! Hoy o dentro de un mes tanto da, desde el momento en que has decidido abandonarla. ¿Lo saben ya nuestros piratas?

—No, pero esta noche conduciré a todas las bandas a mi cabaña y allí se enterarán de mi decisión.

—Será un duro golpe para ellos, hermano.

—Lo sé, pero, si quieren continuar por su cuenta con la piratería, yo no se lo impediré.

—Ni pensarlo, Sandokán. Ninguno abandonará al Tigre de Malasia y todos te seguirán adonde quieras.

—Lo sé, me quieren demasiado estos valientes. Trabajemos, Yáñez, hagamos nuestra fortaleza, si no inconquistable, al menos formidable.

Llegaron hasta donde estaban sus hombres, que trabajaban con encarnizamiento sin igual, levantando nuevos terraplenes y nuevas trincheras, plantando enormes empalizadas que pertrechaban de espingardas, acumulando inmensas pirámides de balas y de granadas, protegiendo la artillería con barricadas de troncos de árbol, de peñascos y de planchas de hierro que habían arrancado a los navíos saqueados en sus numerosas correrías.

Por la tarde la fortaleza presentaba un aspecto imponente y podía decirse inexpugnable.

Aquellos ciento cincuenta hombres —pues se habían quedado reducidos a tan pocos después del ataque de la escuadra y de la pérdida de las dos tripulaciones que habían seguido a Sandokán hacia Labuán, de las que no se había tenido ninguna noticia— habían trabajado como quinientos.

Caída la noche, Sandokán hizo embarcar sus riquezas en un gran prao y lo envió, junto con otros dos, a las costas occidentales, para hacerse a la mar si la fuga llegara a hacerse necesaria.

A medianoche Yáñez, con los jefes y todas las cuadrillas, subía a la gran

cabaña donde lo esperaba Sandokán.

Una sala, lo suficientemente amplia como para contener doscientas personas o más, había sido arreglada con un lujo insólito. Grandes lámparas doradas derramaban torrentes de luz, haciendo centellear el oro y la plata de los tapices y de las alfombras y la madreperla que adornaba los ricos muebles de estilo indio.

Sandokán se había vestido su traje de gala, de raso rojo, y el turbante verde adornado con un penacho cuando de brillantes. Llevaba a la cintura los dos kriss, insignia del jefe supremo, y una espléndida cimitarra con la vaina de plata y la empuñadura de oro.

Marianna, en cambio, llevaba un vestido de terciopelo negro respunteado en plata, fruto de quién sabe qué saqueo, que dejaba al descubierto sus brazos y sus hombros, sobre los que caían como una lluvia de oro sus magníficos cabellos rubios. Ricos brazaletes, adornos de perlas de inestimable valor, y una diadema de brillantes que despedían rayos de luz, la hacían más bella, más fascinante todavía.

Los piratas, al verla, no pudieron contener un grito de admiración ante aquella soberbia criatura, a la que miraban como una divinidad.

—Amigos míos, mis fieles cachorros —dijo Sandokán, llamando a su alrededor a la formidable banda—. Os he reunido aquí para decidir la suerte de mi Mompracem. Vosotros me habéis visto luchar durante muchos años sin descanso y sin piedad contra esa execrable raza que asesinó a mi familia, que me arrebató una patria, que desde las gradas de un trono me precipitó a traición en el polvo y que ahora está pensando en destruir a la raza malaya; vosotros me habéis visto luchar como un tigre, rechazando siempre a los invasores que amenazaban nuestra salvaje isla; pero ya se acabó. El destino quiere que me detenga, y así será. Siento que mi misión vengadora ha terminado ya; siento que ya no sé rugir ni combatir como en otro tiempo, siento que tengo necesidad de descanso. Combatiré aún una última batalla contra el enemigo, que quizá venga mañana a atacarnos; luego diré adiós a Mompracem y me iré a vivir lejos con esta mujer que amo y que se convertirá en mi esposa. ¿Queréis continuar vosotros las hazañas del Tigre? Os dejo mis barcos y mis cañones y, si preferís seguirme a mi nueva patria, seguiré considerándoos como mis hijos.

Los piratas, que parecían aterrados ante aquella revelación inesperada, no respondieron, pero se vio que aquellos rostros, ennegrecidos por la pólvora de los cañones y por los vientos del mar, se bañaban en lágrimas.

— ¡Lloráis! —Exclamó Sandokán con voz alterada por la emoción—. ¡Ah, sí, os comprendo, mis valientes! ¿Pero creéis que yo no sufro también ante la

idea de no volver a ver quizá nunca mi isla, mi mar, de perder mi poderío, de entrar en la oscuridad después de haber brillado tanto, después de haber adquirido tanta fama, aunque fuera terrible, siniestra? La fatalidad lo ha querido así, doblégó al jefe, y ya solo pertenezco a la Perla de Labuán.

— ¡Capitán, mi capitán! —Exclamó Giro-Batol, que lloraba como un niño—. Quedaos aún entre nosotros, no abandonéis nuestra isla. Nosotros la defenderemos contra todos, levantaremos a los hombres; nosotros, si así lo queréis, destruiremos Labuán, Varauni y Sarawak para que nadie pueda volver a amenazar la felicidad de la Perla de Labuán.

— ¡Milady! —Exclamó Paranoa—. Quedaos también vos; nosotros os defenderemos contra todos, haremos con nuestros cuerpos un escudo contra los golpes del enemigo y, si queréis, conquistaremos un reino para daros un trono.

Hubo una explosión de auténtico delirio entre todos los piratas. Los más jóvenes suplicaban, los más viejos lloraban.

— ¡Quedaos, milady! ¡Quedaos en Mompracem! —gritaban todos, agolpándose delante de la joven.

De pronto esta se adelantó hacia la banda, pidiendo silencio con un gesto.

—Sandokán —dijo con voz que no temblaba—. Si yo te dijese: renuncia a tus venganzas y a la piratería, y si rompiese para siempre el débil vínculo que me liga a mis compatriotas y adoptase por patria esta isla, ¿aceptarías tú?

—Tú, Marianna, ¿quieres quedarte en mi isla?

— ¿Lo quieres tú?

—Sí, y yo te juro que no volveré a tomar las armas más que en defensa de mi tierra.

—Pues entonces, que sea mi patria Mompracem: ¡me quedo aquí!

Cien armas se alzaron y se cruzaron sobre el pecho de la joven, que había caído en los brazos de Sandokán, mientras los piratas gritaban a una voz:

— ¡Viva la reina de Mompracem! ¡Ay de quien se atreva a tocarla!...

## **X. El bombardeo de Mompracem**

A la mañana siguiente parecía que el delirio se había adueñado de los piratas de Mompracem. No eran hombres, sino titanes que trabajaban con energía sobrehumana para fortificar aún más su isla, que ya no querían

abandonar, puesto que la Perla de Labuán había jurado quedarse allí.

Se afanaban en torno a las baterías, cavaban nuevas trincheras, golpeaban furiosamente los acantilados para desprender bloques que debían reforzar los reductos, rellenaban los gaviones que habían dispuesto delante de los cañones, abatían árboles para levantar nuevas empalizadas, construían nuevos bastiones que fortificaban con las piezas de artillería traídas de los praos, cavaban trampas, preparaban minas, llenaban los fosos de montones de espinas y plantaban en el fondo puntas de hierro envenenadas con el jugo del upas; fundían balas, reforzaban los polvorines, afilaban las armas.

La reina de Mompracem, hermosa, fascinante, centelleante de oro y perlas, estaba allí para animarlos con su voz y con sus sonrisas.

Sandokán estaba a la cabeza de todos y trabajaba con una actividad febril que parecía una auténtica locura. Corría donde su intervención era necesaria, ayudaba a sus hombres a disponer las obras de defensa en todos los puntos, valiosamente ayudado por Yáñez, que parecía haber perdido su calma habitual.

La cañonera, que seguía navegando a la vista de la isla, espionando sus trabajos, bastaba para estimular a los piratas, convencidos ahora de que aguardaba una poderosa escuadra para bombardear la fortaleza del Tigre.

Hacia el mediodía llegaron al poblado varios piratas que habían marchado la tarde anterior con los tres praos, y las noticias que trajeron no eran inquietantes. Una cañonera que parecía española había aparecido por la mañana en dirección al este, pero no se había presentado ningún enemigo en las costas occidentales.

—Temo un gran ataque —dijo Sandokán a Yáñez—. Ya verás cómo los ingleses no vienen solos a atacarnos.

— ¿Se habrán aliado con los españoles o con los holandeses?

—Sí, Yáñez, y el corazón me dice que no me equivoco.

—Encontrarán pan para sus dientes. Nuestro poblado se ha hecho inexpugnable.

—Es posible, Yáñez, pero no desesperemos. De todos modos, en caso de derrota los praos están listos para hacerse a la mar.

Volvieron a ponerse al trabajo, mientras algunos piratas inspeccionaban los pueblecitos indígenas diseminados por el interior de la isla, para reclutar a los hombres más capaces.

Por la tarde el poblado estaba preparado para sostener la lucha y presentaba una cerca de fortificaciones realmente imponente.

Tres líneas de bastiones, a cuál más robusto, cubrían enteramente el poblado, extendiéndose en forma de semicírculo.

Empalizadas y amplios fosos hacían la escalada de aquel fortín poco menos que imposible.

Cuarenta y seis cañones de calibre 12, de 18 y algunos de 24, colocados sobre el gran reducto central, una 1 media docena de morteros y sesenta espingardas defendían la plaza, prontos a vomitar balas, granadas y metralla sobre las naves enemigas.

Durante la noche, Sandokán mandó desarbolar los praos y vaciarlos de todo lo que contenían, y después los hundió en la bahía para que el enemigo no pudiera adueñarse de ellos o los destruyese, y mandó varias canoas al mar para vigilar la cañonera, pero esta no se movió.

Al alba, Sandokán, Marianna y Yáñez, que llevaban algunas horas durmiendo en la gran cabaña, fueron bruscamente despertados por agudos clamores.

— ¡El enemigo! ¡El enemigo! —gritaban en el poblado.

Se precipitaron fuera de la cabaña y se colocaron en el borde del gigantesco acantilado.

El enemigo estaba allí, a seis o siete millas de la isla, y avanzaba lentamente en orden de batalla. Al verlo, una profunda arruga surcó la frente de Sandokán, mientras el rostro de Yáñez se ensombrecía.

—Esto es una verdadera flota —murmuró este—. ¿Dónde han podido reunir tantas fuerzas esos perros de ingleses?

—Es una liga que mandan los de Labuán contra nosotros —dijo Sandokán—. Mira, hay naves inglesas, holandesas, españolas y hasta praos de ese canalla del sultán de Varauni, pirata cuando quiere, y que está celoso de mi poderío.

Era justamente la verdad. La escuadra atacante se componía de tres cruceros de gran tonelaje, que ostentaban la bandera inglesa, dos corbetas holandesas poderosamente armadas, cuatro cañoneras y un balandro español y ocho praos del sultán de Varauni. Podrían disponer entre todos de ciento cincuenta o ciento sesenta cañones y de mil quinientos hombres.

— ¡Son muchos, por Júpiter! —Exclamó Yáñez—. Pero nosotros somos valientes y nuestra fortaleza es resistente.

— ¿Vencerás, Sandokán? —preguntó Marianna con voz estremecida.

—Esperemos, amor mío —respondió el pirata—. Mis hombres son audaces.

—Tengo miedo, Sandokán.

— ¿De qué?

—De que pueda matarte una bala.

—Mi buen genio, que durante tantos años me ha protegido, no va a abandonarme hoy que combato por ti. Ven, Marianna, los minutos son preciosos.

Bajaron la escalinata y se dirigieron al poblado, donde los piratas ya habían tomado posiciones detrás de los cañones, dispuestos a emprender con gran coraje la titánica lucha. Doscientos indígenas, hombres que sabían, si no resistir un ataque, al menos disparar arcabuzazos e incluso cañonazos — maniobra que habían aprendido con facilidad bajo sus maestros—, habían llegado ya y se habían colocado en los puntos que les habían asignado los jefes de la piratería.

—Bueno —dijo Yáñez—. Seremos trescientos cincuenta para sostener el choque. Sandokán llamó a seis de sus más valerosos hombres y les confió a Marianna para que la condujeran a lo más espeso de los bosques para no exponerla al peligro.

—Vete, amada mía —le dijo, estrechándola contra su corazón—. Si venzo, seguirás siendo la reina de Mompracem, y, si la fatalidad me hacer perder, levantaremos el vuelo e iremos a buscar la felicidad a otras tierras.

— ¡Ah, Sandokán! ¡Tengo miedo! —exclamó la joven llorando.

—No temas, volveré a ti, amada mía. Las balas respetarán al Tigre de Malasia, incluso en esta batalla. La besó en la frente y después huyó hacia los bastiones, tronando.

— ¡Ánimo, mis cachorros: el Tigre está con vosotros! El enemigo es fuerte, pero nosotros somos todavía los tigres de la salvaje Mompracem.

Un solo grito le respondió.

— ¡Viva Sandokán! ¡Viva nuestra reina!

La flota enemiga se había detenido a seis millas de la isla y varias embarcaciones se separaban de las naves, conduciendo aquí y allá a numerosos oficiales. En el crucero que había enarbolado la insignia de mando estaba celebrándose sin duda consejo.

A las diez, las naves y los praos, siempre dispuestos en orden de batalla, se movieron hacia la bahía.

— ¡Tigres de Mompracem! —gritó Sandokán, que se mantenía erguido sobre el gran reducto central, detrás de un cañón del veinticuatro—. ¡Recordad

que estáis defendiendo a la Perla de Labuán y que esos hombres que vienen a atacarnos son los que asesinaron a nuestros compañeros en las costas de Labuán!

— ¡Venganza! ¡Sangre! —gritaron los piratas.

Un cañonazo partió en aquel momento de la cañonera que llevaba dos días espionando la isla, y por una extraña casualidad la bala abatió la bandera de la piratería, que ondeaba sobre el bastión central.

Sandokán se sobresaltó y en su rostro se dibujó un vivo dolor.

— ¡Vencerás, flota enemiga! —exclamó con voz triste—. ¡El corazón me lo dice!

La flota se iba aproximando, manteniéndose sobre una línea cuyo centro estaba ocupado por los cruceros, y las alas por los praos del sultán de Varauni.

Sandokán dejó que se aproximaran hasta una distancia de mil pasos; luego, levantando la cimitarra, tronó:

— ¡A nuestras piezas, mis cachorros! ¡No os entretengo más: barredme el mar, los bastiones, los terraplenes! ¡Fuego!...

A la orden del Tigre, los reductos, los bastiones, los terraplenes ardieron en toda la línea, formando una sola detonación capaz de ser oída hasta en las Romades. Pareció que el poblado entero había saltado por los aires, y la tierra tembló hasta el mar. Nubes densísimas de humo envolvieron las baterías, agigantándose bajo nuevos disparos que se sucedían furiosamente y extendiéndose a derecha e izquierda, donde disparaban las espingardas.

La escuadra, a pesar de haber sido bastante maltratada por aquella formidable descarga, no tardó mucho en responder.

Los cruceros, las corbetas, las cañoneras y los praos se cubrieron de humo, inundando las obras de defensa de balas y granadas, mientras un gran número de hábiles tiradores abría un vivo fuego de mosquetería, que, si resultaba ineficaz contra los bastiones, molestaba, y no poco, a los artilleros de Mompracem.

No se desperdiciaba un tiro ni de una parte ni de otra, se competía en celeridad y precisión, estando todos resueltos a exterminarse mutuamente, si desde lejos al principio, luego de cerca.

La flota tenía la supremacía de las bocas de fuego y de los hombres y tenía la ventaja de moverse y dispersarse, dividiendo los fuegos del enemigo, pero a pesar de ello no ganaba terreno.

Era hermoso ver a aquel pequeño poblado, defendido por un puñado de valientes, que se encendía por todas partes, devolviendo golpe por golpe,

vomitando torrentes de balas y de granadas y huracanes de metralla que se estrellaban contra los flancos de las naves, destrozando las jarcias y despanzurrando las tripulaciones.

Tenía hierro para todos, rugía más fuerte que todos los cañones de la flota, castigaba a los fanfarrones que venían a desafiarlos a pocos centenares de metros de aquellas formidables costas, hacía retroceder a los más osados que intentaban desembarcar a los soldados, y en tres millas a la redonda hacía saltar las aguas del mar.

Sandokán, en medio de sus valerosas bandas, con los ojos en llamas, erguido detrás de un grueso cañón del 24 que soltaba de su humeante garganta enormes proyectiles, seguía tronando sin desfallecer:

— ¡Fuego, mis valientes! ¡Barredme el mar, destripadme esas naves que vienen a arrebatarnos a nuestra reina!

Su voz no caía en vano. Los piratas, conservando una admirable sangre fría, entre aquella espesa lluvia de balas que desgarraba las empalizadas, que horadaba los terraplenes, que derribaba los bastiones, apuntaban intrépidamente la artillería, animándose con tremendos gritos.

Un prao del sultán fue incendiado y saltó en pedazos, cuando intentaba, con una insolente bravuconería, desembarcar a los pies del gran acantilado. Sus pecios llegaron hasta las primeras empalizadas del poblado, y los siete u ocho hombres que habían escapado a la explosión fueron fulminados por un chaparrón de metralla.

Una cañonera española, que intentaba aproximarse para desembarcar a sus soldados, quedó completamente desarbolada y fue a embarrancar delante del poblado al explotar su máquina. No se salvó ni uno de sus hombres.

— ¡Venid a desembarcar! —Tronó Sandokán—. Venid a enfrentaros con los tigres de Mompracem si os atrevéis. ¡Sois muchachos y nosotros gigantes!

Estaba claro que, mientras los bastiones se mantuvieran firmes y la pólvora no faltase, ninguna nave conseguiría acercarse a las costas de la terrible isla.

Desgraciadamente para los piratas, hacia las tres de la tarde, cuando la flota, horriblemente malparada, estaba ya a punto de retirarse, llegó a las aguas de la isla una inesperada ayuda, que fue acogida con estrepitosos burras por parte de las tripulaciones.

Eran otros dos cruceros ingleses y una gran corbeta holandesa, seguidos a corta distancia por un bergantín de vela, provistos de numerosas piezas de artillería.

Sandokán y Yáñez, al ver aquellos nuevos enemigos, palidieron. Comprendieron que la caída de la fortaleza era ya cuestión de horas, y sin

embargo no perdieron el ánimo y dirigieron parte de sus cañones contra aquellos nuevos navíos.

La escuadra así reforzada recobró nuevos ánimos, aproximándose a la plaza y batiendo furiosamente las obras de defensa, ya gravemente deterioradas.

Las granadas caían a centenares delante de los terraplenes, de los bastiones, de los reductos y sobre el poblado, provocando violentas explosiones que destruían las obras, destrozando las empalizadas, e introduciéndose a través de las hendiduras.

Al cabo de una hora la primera línea de los bastiones no era ya más que un montón de ruinas.

Dieciséis cañones habían quedado inservibles y una docena de espingardas yacía entre los escombros y entre un montón de cadáveres.

Sandokán intentó un último golpe. Dirigió el fuego de sus cañones contra la nave capitana, encomendando a las espingardas la tarea de responder al fuego de los otros navíos.

Durante veinte minutos el crucero resistió aquella lluvia de proyectiles que lo atravesaban de parte a parte, le destrozaban las jarcias y le mataban a la tripulación, pero una granada de 21 kilos, lanzada por Giro-Batol con un mortero, le abrió a proa una enorme hendidura.

El barco se inclinó sobre un flanco, hundiéndose rápidamente. La atención de las otras naves se dirigió a salvar a los naufragos, y numerosas embarcaciones surcaron las olas, pero bien pocos escaparon a la metralla de los piratas.

En tres minutos se hundió el crucero, arrastrando consigo a los hombres que todavía quedaban en cubierta.

Durante algunos minutos la escuadra suspendió el fuego, pero luego lo reemprendió con mayor fuerza y avanzó hasta una distancia de solo cuatrocientos metros de la isla.

Las baterías de la derecha y de la izquierda, oprimidas por el fuego, fueron reducidas al silencio al cabo de una hora, y los piratas se vieron obligados a retirarse detrás de la segunda línea de bastiones y después a la tercera, que ya estaba medio en ruinas. Sólo seguía en pie y todavía en buen estado, el gran reducto central, el mejor armado y el más robusto.

Sandokán no cesaba de animar a sus hombres, pero el momento de la retirada no estaba lejano.

Media hora después un polvorín saltó con terrible violencia, destrozando

las precarias trincheras y sepultando entre sus escombros a doce piratas y veinte indígenas.

Intentaron un nuevo esfuerzo para detener la marcha del enemigo, concentrando el fuego sobre otro crucero, pero los cañones eran demasiado pocos, pues muchos ya habían sido destruidos o desmontados.

A las siete y diez caía también el gran reducto, sepultando varios hombres y las piezas más grandes de artillería.

— ¡Sandokán! —gritó Yáñez, precipitándose hacia el pirata, que estaba apuntando su cañón—. Hemos perdido la partida.

—Es verdad —respondió el Tigre con voz ahogada.

—Ordena la retirada o será demasiado tarde.

Sandokán lanzó una mirada desesperada sobre las ruinas, en medio de las cuales solo dieciséis cañones y veinte espingardas tronaban todavía, y otra sobre la escuadra, que estaba botando al mar las chalupas para el desembarco. Un prao había echado ya el ancla a los pies del gran acantilado y sus hombres se disponían a tomar posiciones.

La partida estaba irremediabilmente perdida. Dentro de pocos minutos, los atacantes, treinta o cuarenta veces más numerosos, habrían desembarcado para atacar a bayonetazos las precarias trincheras y destruir a sus últimos defensores.

Un retraso de pocos minutos podía ser funesto y comprometer la fuga hacia las costas occidentales.

Sandokán tuvo que reunir todas sus fuerzas para pronunciar aquella palabra que jamás había salido de sus labios, y ordenó la retirada.

En el momento en que los tigres de la perdida Mompracem, con lágrimas en los ojos y el corazón destrozado, se internaban en los bosques y los indígenas huían en todas direcciones, el enemigo desembarcaba, irrumpiendo furiosamente con las bayonetas caladas contra las trincheras, detrás de las cuales creía encontrar todavía defensores.

¡La estrella de Mompracem se había extinguido para siempre!

## **XI. En el mar**

Los piratas, reducidos a setenta solamente, heridos la mayor parte pero todavía sedientos de sangre, todavía dispuestos a reemprender la lucha, se

retiraban guiados por sus valerosos jefes, el Tigre de Malasia y Yáñez, que habían escapado milagrosamente al hierro y al plomo enemigo.

Sandokán, a pesar de haber perdido ya para siempre su poderío, su isla, su mar, conservaba en aquella retirada una calma verdaderamente admirable. Sin duda él, que había previsto el fin inminente de la piratería y que ya se había hecho a la idea de retirarse lejos de aquellos mares, se consolaba pensando que, entre tanto desastre, le quedaba todavía su adorada Perla de Labuán.

No obstante, en su rostro se descubrían las huellas de una fuerte conmoción, que en vano se esforzaba por ocultar.

Apresurando el paso, los piratas llegaron enseguida a las orillas de un torrente seco, donde encontraron a Marianna y a los seis hombres que la custodiaban.

La joven se precipitó a los brazos de Sandokán, que la estrechó tiernamente contra su pecho.

— ¡Gracias a Dios! —dijo ella—. Vuelves aún vivo.

—Vivo sí, pero derrotado —respondió él con voz triste.

—Así lo ha querido el destino, valiente mío.

—Vámonos, Marianna, que el enemigo no está lejos. Ánimo, mis cachorros, no nos dejemos alcanzar por los vencedores. Quizá tengamos que combatir todavía terriblemente.

En la lejanía se oían los gritos de los vencedores y aparecía una luz intensa, señal evidente de que el poblado había sido incendiado.

Sandokán hizo montar a Marianna en un caballo, que había sido conducido allí desde el día anterior, y la pequeña tropa se puso rápidamente en camino para ganar las costas occidentales antes que el enemigo llegase a tiempo de cortarles la retirada.

A las once de la noche llegaban a un pequeño poblado de la costa, ante el cual estaban anclados todavía los tres Araos.

—Deprisa, embarquémonos —dijo Sandokán—. Los minutos son preciosos.

— ¿Nos atacarán? —preguntó Marianna.

—Es posible, pero mi cimitarra te cubrirá y mi pecho te servirá de escudo contra los tiros de los malditos que me oprimieron con su número.

Se dirigió a la playa y escudriñó el mar, que parecía negro como si fuera de tinta.

—No veo ningún farol —dijo a Marianna—. Quizá podamos abandonar mi pobre isla sin que nos molesten.

Dio un profundo suspiro y se enjugó la frente bañada de sudor.

—Subamos a bordo —ordenó finalmente.

Los piratas embarcaron con lágrimas en los ojos; treinta se aposentaron en el prao más pequeño, y los otros, parte en el de Sandokán y parte en el mandado por Yáñez, que llevaba los inmensos tesoros del jefe.

En el momento de soltar amarras, se vio a Sandokán llevarse la mano al corazón como si algo se le hubiera despedazado en el pecho.

—Amigo mío —dijo Marianna, abrazándolo.

— ¡Ah! —Exclamó él con amargo dolor—. Me parece que se me parte el corazón.

—Lloras la pérdida de tu poder, Sandokán, y la pérdida de tu isla.

—Es verdad, amor mío.

—Quizá un día volverás a conquistarla y regresaremos.

—No, todo ha terminado para el Tigre de Malasia. Además, siento que ya no soy el hombre de otros tiempos.

Inclinó la cabeza sobre el pecho y emitió una especie de sollozo; pero luego, levantándola con energía, tronó:

— ¡Al mar!

Los tres barcos soltaron las gúmenas y se, alejaron de la isla, llevándose consigo los últimos supervivientes de aquella formidable banda que durante doce años había esparcido tanto terror por los mares de Malasia.

Habían recorrido ya seis millas cuando un grito de furor estalló a bordo de los barcos. En medio de las tinieblas habían aparecido de improviso dos puntos luminosos, que corrían detrás de la flotilla con profundo fragor.

— ¡Los cruceros! —Gritó una voz—. ¡Atentos, amigos!

Sandokán, que se había sentado a popa, con los ojos fijos en la isla, que desaparecía lentamente entre las tinieblas, se levantó lanzando un verdadero rugido.

— ¡Otra vez el enemigo! —Exclamó con un intraducible acento, estrechando contra su pecho a la muchacha, que estaba a su lado—. ¿Incluso en el mar venís a perseguirme, malditos? ¡Cachorros, ahí tenéis a los leones, que se nos echan encima! ¡Arriba todos, con las armas en la mano!

No hacía falta más para animar a los piratas, que ardían en deseos de venganza y que ya se ilusionaban con reconquistar, en un combate desesperado, la perdida isla. Todos blandieron las armas, dispuestos a subir al abordaje a una orden de sus jefes.

—Marianna —dijo Sandokán, volviéndose hacia la joven, que miraba con terror aquellos dos puntos luminosos que centelleaban en las tinieblas—. ¡Vete a tu camarote, alma mía!

— ¡Gran Dios, estamos perdidos! —murmuró ella.

—Todavía no; los tigres de Mompracem tienen sed de sangre.

— ¿Y si son dos poderosos cruceros, Sandokán?

—Aunque estuviesen tripulados por mil hombres, los abordaremos.

—No intentes un nuevo combate, mi valiente amigo. Quizá esos dos barcos no nos han descubierto todavía, y podríamos engañarlos.

—Es verdad, lady Marianna —dijo uno de los jefes malayos—. Nos están buscando, de eso estoy seguro, pero dudo mucho que nos hayan visto. La noche es oscura y no llevamos ningún farol encendido a bordo, por lo que es imposible que se hayan dado cuenta de nuestra presencia. Sé prudente, Tigre de Malasia. Si podemos evitar una nueva lucha, habremos ganado todo.

—De acuerdo —respondió Sandokán, después de reflexionar unos instantes—. Dominaré por el momento la rabia que me abrasa el corazón e intentaré escapar a su abordaje. ¡Pero ay de ellos si se empeñan en seguirme en mi nueva ruta!... Estoy dispuesto a todo, incluso a atacarlos.

—No comprometamos inútilmente los últimos restos de los tigres de Mompracem —dijo el jefe malayo—. Seamos prudentes por ahora.

La oscuridad favorecía la retirada.

A una orden de Sandokán el prao dio una bordada, doblando hacia las costas meridionales de la isla, donde existía una bahía bastante profunda para refugiar una pequeña flotilla. Los otros dos barcos se apresuraron a seguir la misma maniobra, habiendo comprendido ya cuál era el plan del Tigre de Malasia.

El viento, más bien fresco, era favorable, pues soplaba del nordeste, y en consecuencia los praos tenían la posibilidad de llegar a la bahía antes de que despuntara el sol.

— ¿Han cambiado de ruta las dos naves? —preguntó Marianna, que escudriñaba el mar con viva ansiedad.

—Es imposible saberlo por ahora —respondió Sandokán, que había subido

sobre la amura de popa para observar mejor los dos puntos luminosos.

—Me parece que siguen siempre hacia alta mar, ¿verdad, Sandokán? ¿O me equivoco?

—Te equivocas, Marianna —respondió el pirata después de unos instantes—. También esos dos puntos luminosos han dado una bordada.

— ¿Y se mueven hacia nosotros?

—Eso me parece.

— ¿Y no lograremos escapar de ellos? —preguntó la joven con angustia.

— ¿Cómo competir con sus máquinas? El viento es débil todavía y no imprime a nuestros barcos una velocidad que pueda rivalizar con el vapor. Pero quién sabe; el alba no está lejana, y, al aproximarse el sol a estos parajes, el viento aumenta siempre.

— ¡Sandokán!

— ¡Marianna!

—Tengo tristes presentimientos.

—No temas, niña mía. Los tigres de Mompracem están dispuestos a morir por ti.

—Lo sé, Sandokán, y sin embargo temo por ti.

— ¡Por mí! —Exclamó el pirata con ferocidad—. No tengo miedo de esos dos leopardos que nos buscan para darnos otra vez batalla. Aunque el Tigre ha sido vencido, todavía no ha sido domado.

— ¿Y si te alcanzase una bala? ¡Gran Dios! ¡Qué pensamiento más terrible, mi valeroso Sandokán!

—La noche es oscura, ninguna luz brilla a bordo de nuestros barcos y... Una voz, que salía del segundo prao, le cortó la frase:

— ¡Eh, hermano!

— ¿Qué quieres, Yáñez? —preguntó Sandokán, que había reconocido la voz del portugués.

—Me parece que esos buques se disponen a cortarnos el camino. Los faroles, que antes proyectaban una luz roja, ahora se han vuelto verdes, lo que indica que los barcos han cambiado la ruta.

—Entonces los ingleses se han dado cuenta de nuestra presencia.

—Eso me temo, Sandokán.

— ¿Qué me aconsejas hacer?

—Avanzar audazmente hacia alta mar e intentar pasar por medio de los enemigos. Mira: se alejan el uno del otro para cogernos en medio.

El portugués no se había equivocado.

Los dos barcos enemigos, que desde hacía algún tiempo parecían ejecutar una maniobra misteriosa, se habían separado bruscamente.

Mientras el uno se dirigía hacia las costas septentrionales de Mompracem, el otro avanzaba rápidamente hacia las meridionales.

Ya no había duda acerca de sus intenciones. Querían interponerse entre los veleros y la costa, para impedirles buscar refugio en alguna ensenada y obligarlos a hacerse a la mar, y luego poder atacarlos en mar abierto.

Sandokán, al darse cuenta de ello, dio un alarido de rabia.

— ¡Ah! —exclamó—. ¿Queréis batalla? ¡Pues bien, la tendréis!

—Todavía no, hermanito —gritó Yáñez, que había subido a la proa de su barco—. Avancemos hacia alta mar e intentemos pasar entre esos dos adversarios.

—Nos alcanzarán, Yáñez. El viento es todavía flojo.

—Intentémoslo, Sandokán. ¡Eh, vosotros a las escotas, y viremos hacia el oeste! ¡Los cañoneros a sus puestos!

Los tres veleros cambiaban de ruta, un instante después, dirigiéndose resueltamente hacia el oeste.

Los dos buques, como si se hubieran dado cuenta de aquella audaz maniobra, cambiaron también de dirección casi instantáneamente, avanzando hacia alta mar.

Era indudable que querían pillar en medio a los tres praos antes de que pudieran guarecerse en otra isla.

Sin embargo, creyendo que se movían en aquella dirección por pura casualidad, Sandokán y Yáñez no cambiaron de ruta, sino que ordenaron a sus tripulaciones desplegar algunas velas de estay para intentar ganar más terreno.

Durante veinte minutos los tres veleros siguieron avanzando, deseando escapar a la tenaza de los dos buques de guerra, que intentaban reunirse.

Ninguno de los piratas apartaba sus miradas de los faroles, procurando adivinar la maniobra de los enemigos. Sin embargo, estaban preparados para hacer tronar los cañones y los fusiles a la orden de sus jefes. Ya se habían adentrado mucho en el mar con algunas bordadas, cuando vieron que los faroles daban nuevamente una bordada.

Un momento después se oyó a Yáñez gritar:

— ¡Eh! ¿No veis cómo vienen a cazarnos?

— ¡Ah, canallas! —Gritó Sandokán, con intraducible acento—. ¡Incluso al mar venís a atacarme! ¡Tendremos hierro y plomo para todos!

—Estamos perdidos, ¿verdad, Sandokán? —dijo Marianna, estrechándose contra el pirata.

—Todavía no, niña mía —respondió el Tigre—. Vuelve enseguida a tu camarote. Dentro de pocos minutos granizarán balas sobre el puente de mi prao.

—Quiero quedarme a tu lado, valiente mío. Si tú mueres, caeré yo también junto a ti.

—No, Marianna. Si te viese cerca de mí, me faltaría la audacia y tendría mucho miedo. Tengo que estar libre para volver a ser el Tigre de Malasia.

—Espera al menos que esas naves estén aquí. Quizá no nos hayan visto todavía.

—Se dirigen hacia nosotros a todo vapor. Yo las veo ya.

— ¿Son barcos potentes?

—Una corbeta y una cañonera.

— ¿No podrás vencerlos?

—Somos todos valientes e iremos a atacar a la más grande. Vamos, vuelve a tu camarote.

— ¡Tengo mucho miedo, Sandokán! —exclamó la muchacha, sollozando.

—No temas. Los tigres de Mompracem lucharán con valor desesperado.

En aquellos instantes se oyó un cañonazo en el mar. Una bala pasó al otro lado del prao, con un ronco zumbido, atravesando dos velas.

— ¿Oyes? —Preguntó Sandokán—. Nos han descubierto y se preparan para darnos la batalla. ¡Míralos! ¡Se mueven al mismo tiempo hacia nosotros para clavarnos el espolón!

En efecto, los dos barcos enemigos avanzaban a todo vapor, como si tuvieran la intención de echarse encima de los tres pequeños veleros.

La corbeta forzaba sus máquinas, vomitando nubarrones de humo rojizo y de escorias, y se dirigía hacia el prao de Sandokán, mientras la cañonera intentaba lanzarse contra el mandado por Yáñez.

— ¡A tu camarote! —Gritó Sandokán, mientras la corbeta disparaba un

segundo cañonazo—. Aquí está la muerte.

Cogió a la joven entre sus vigorosos brazos y la transportó al camarote. En aquel intervalo un chaparrón de metralla barría la cubierta del barco, granizando sobre el casco y contra la arboladura.

Marianna se agarró desesperadamente a Sandokán.

—No me dejes, valiente mío —dijo con voz ahogada por los sollozos—. ¡No te alejes de mi lado! Tengo miedo, Sandokán.

El pirata se separó con dulce violencia.

—No temas por mí —le dijo—. Deja que vaya a combatir la última batalla y que oiga una vez más el estruendo de la artillería. Deja que guíe una vez más a los tigres de Mompracem a la victoria.

—Tengo siniestros presentimientos, Sandokán. Quiero quedarme junto a ti. ¡Te defenderé contra las armas de mis compatriotas!

—Me basto yo para arrojar al agua a mis enemigos.

El cañón tronaba entonces furiosamente sobre el mar. En el puente se oían los salvajes aullidos de los tigres de Mompracem y los gemidos de los primeros heridos.

Sandokán se soltó de los brazos de la joven y se precipitó por la escalera, gritando:

— ¡Adelante, mis valientes! ¡El Tigre de Malasia está con vosotros!

La batalla se recrudecía por ambas partes. La cañonera había atacado al prao del portugués, intentando abordarlo, pero esta vez había llevado la peor parte.

La artillería de Yáñez la había maltratado considerablemente, destrozándole las ruedas, rompiéndole las amuras y tronchándole hasta el mástil. La victoria por aquel lado no ofrecía lugar a dudas, pero quedaba la corbeta, una nave potente, armada de muchos cañones y provista de una numerosísima tripulación.

Esta se había lanzado contra los dos praos de Sandokán, cubriéndolos de hierro y haciendo estragos entre los piratas.

La aparición del Tigre de Malasia reanimó a los combatientes, que comenzaban a sentirse impotentes ante tantas fulminaciones.

Aquel hombre formidable se lanzó hacia uno de los dos cañones aullando siempre ferozmente:

— ¡Adelante, mis valientes! ¡El Tigre de Malasia tiene sed de sangre!

¡Barramos el mar y arrojemos al agua a esos perros que vienen a desafiarnos!

...

Sin embargo su presencia no sirvió para cambiar la suerte de la dura batalla. A pesar de que no fallase un tiro y barriese las amuras de la corbeta con chaparrones de metralla, las balas y las granadas caían incesantemente sobre su barco, devastándolo y despanzurrando a sus hombres. Era imposible resistir tanta furia. Unos pocos minutos más, y los dos pobres praos habrían sido reducidos a dos pontones destrozados.

Sólo el portugués disputaba, y con ventaja, la victoria a la cañonera, disparándole andanadas desastrosas.

Sandokán, de una sola mirada, se dio cuenta de la gravedad de la situación. Al ver al otro prao ya devastado y casi hundiéndose, se acercó a él, embarcando en su propio barco a los supervivientes, y luego, desenvainando la cimitarra, aulló:

— ¡Ánimo, mis cachorros! ¡Al abordaje!

La desesperación centuplicaba las fuerzas de los piratas.

Descargaron de un solo golpe los dos cañones y las espingardas para barrer las amuras de los fusileros que las ocupaban, y luego treinta de aquellos valientes lanzaron los garfios de abordaje.

— ¡No tengas miedo, Marianna! —gritó por última vez Sandokán, al oír que la joven lo llamaba.

Luego, a la cabeza de sus valientes, subió al abordaje, precipitándose sobre el puente enemigo como un toro herido mientras Yáñez, más afortunado que todos los demás, hacía saltar la cañonera, lanzándole una granada en la santabárbara.

— ¡Paso! —Tronó, ondeando su terrible cimitarra—. ¡Soy el Tigre!...

Seguido por sus hombres, fue a chocar contra los marinos que corrían con las hachas levantadas y los rechazó hasta popa, pero desde proa irrumpía otro aluvión de hombres, guiados por un oficial que Sandokán reconoció enseguida.

— ¡Ah, eres tú, baronet! —exclamó el Tigre, precipitándose contra él.

— ¿Dónde está Marianna? —preguntó el oficial con voz ahogada por el furor.

—Aquí está —respondió Sandokán—. ¡Tómala!

De un cimitarrazo lo derribó, y luego, lanzándose sobre él, le hundió el kriss en el corazón; pero casi al mismo tiempo caía redondo sobre el puente,

golpeado en el cráneo con el reverso de un hacha.

## XII. Los prisioneros

Cuando volvió en sí, semiaturdido todavía por el fiero golpe recibido en el cráneo, ya no se encontró libre sobre el puente enemigo, sino encadenado en la bodega de la corbeta.

Al principio se creyó presa de un terrible sueño, pero el dolor que le martilleaba todavía la cabeza, las carnes desgarradas en otros lugares por las puntas de las bayonetas y sobre todo las cadenas que le apretaban en las muñecas lo volvieron en breve a la realidad.

Se alzó sacudiendo furiosamente los hierros y lanzó a su alrededor una mirada extraviada, como si aún no estuviera bien seguro de no encontrarse en su barco; luego, un alarido irrumpió de sus labios, un alarido de fiera herida.

— ¡Prisionero!... —exclamó, rechinando los dientes e intentando doblar las cadenas—. ¿Entonces qué ha sucedido?... ¿Hemos sido vencidos de nuevo por los ingleses? ¡Muerte y condenación!... ¡Qué terrible despertar! ¿Y Marianna?... ¿Qué le habrá sucedido a esa pobre muchacha? ¡Quizá ha muerto!...

Un espasmo tremendo le atenazó el corazón ante aquel pensamiento.

— ¡Marianna! —Aulló, mientras seguía retorciendo los hierros—. Niña mía, ¿dónde estás?... ¡Yáñez!... ¡Juioko!... ¡Cachorros!... ¡Nadie responde! ... ¿Entonces habéis muerto todos?... ¡Pero no puede ser verdad, estoy soñando o estoy loco!...

Aquel hombre, que jamás había sabido lo que era el miedo, lo experimentó en aquel momento. Sintió que la razón se le extraviaba y miró con espanto a su alrededor.

— ¡Muertos!... ¡Todos muertos!... —exclamó con angustia—. ¡Sólo yo he sobrevivido al estrago, para ser arrastrado a Labuán quizá!... ¡Marianna!... ¡Yáñez, mi buen amigo!... ¡Juioko!... ¡También tú, mi valiente, has caído bajo el hierro y el plomo de los asesinos!... Mejor hubiera sido que yo también hubiera muerto o me hubiera hundido con mi barco en los bártros del mar. ¡Oh Dios, qué catástrofe!...

Luego, presa de un impulso de desesperación o de locura, se lanzó a través del entrepuente, sacudiendo furiosamente las cadenas y gritando:

— ¡Matadme!... ¡Matadme!... ¡El Tigre de Malasia no puede seguir

viviendo!...

De pronto se detuvo, al oír una voz que gritaba:

— ¡El Tigre de Malasia!... ¿Está vivo todavía el capitán?

Sandokán miró a su alrededor.

Una linterna sujeta a un gancho iluminaba escasamente el entrepuente, pero aquella luz era suficiente para poder distinguir a una persona.

Al principio Sandokán no vio más que unas botas, pero luego, mirando mejor, descubrió una forma humana acurrucada junto a la carlinga del palo mayor.

— ¿Quién sois vos? —gritó.

— ¿Quién habla del Tigre de Malasia? —preguntó a su vez la voz de antes.

Sandokán se sobresaltó, y luego un relámpago de alegría le brilló en la mirada.

Aquel acento no le era desconocido.

— ¿Está aquí alguno de mis hombres? —preguntó—. ¿Juioko, quizá?

— ¡Juioko! ¿Entonces me conocen? ¡Así que no estoy muerto!...

El hombre se levantó, sacudiendo lúgubrementemente las cadenas, y se adelantó.

— ¡Juioko! —exclamó Sandokán.

— ¡El capitán! —exclamó el otro.

Luego, lanzándose hacia adelante, cayó a los pies del Tigre de Malasia, repitiendo:

— ¡El capitán!... ¡Mi capitán!... ¡Y yo que lo había llorado dándole por muerto!... Aquel nuevo prisionero era el comandante del tercer prao, un valeroso dayako que gozaba de grandísima fama entre las bandas de Mompracem por su valor y por su habilidad marinera.

Era un hombre de elevada estatura, bien proporcionado, como lo son en general los borneses del interior, con los ojos grandes e inteligentes y la piel amarilla dorada.

Como sus compatriotas, llevaba los cabellos largos y tenía los brazos y las piernas adornados con un gran número de anillos de cobre y de latón.

Aquel bravo hombre, al verse delante del Tigre de Malasia, lloraba y reía al mismo tiempo.

— ¡Vivo!... ¡Aún vivo!... —exclamaba—. ¡Oh, qué felicidad!... Al menos vos habéis escapado al desastre.

— ¡Al desastre!... —gritó Sandokán—. ¿Entonces han muerto todos los valientes que yo arrastré al abordaje de esta nave? ...

— ¡Ay de mí!... Sí, todos —respondió el dayako con voz rota.

— ¿Y Marianna? ¿Ha desaparecido junto con el prao? Dímelo, Juioko, dímelo.

—No, está todavía viva.

— ¡Viva!... ¡Mi muchacha está viva!... —aulló Sandokán, fuera de sí por la alegría—. ¿Estás seguro de lo que dices?

—Sí, capitán. Vos habíais caído ya, pero yo y otros cuatro compañeros resistíamos todavía, cuando la muchacha de los cabellos de oro fue llevada al puente de la nave.

— ¿Y quién la llevó?

—Los ingleses, capitán. La muchacha, espantada del agua que debía de haber invadido su camarote, subió al alcázar llamándoos a gritos. Algunos marineros, al verla, se dispusieron enseguida a lanzar una chalupa al mar para recogerla. Si hubieran tardado unos minutos más, la muchacha habría desaparecido en el remolino abierto en el prao.

— ¿Y estaba viva todavía?

—Sí, capitán. Ella seguía llamándoos cuando la llevaban al puente.

— ¡Maldición!... ¡Y no haber podido correr en su ayuda!

—Lo intentamos, capitán. No éramos más que cuatro y teníamos a nuestro alrededor más de cincuenta hombres que nos intimaban a rendirnos, y a pesar de ello nos lanzamos contra los marineros que llevaban a la reina de Mompracem. Éramos demasiado pocos para sostener la lucha. Yo fui derribado, pisoteado y después atado y arrastrado aquí.

— ¿Y los otros?

—Se hicieron matar, después de haber hecho estragos entre los que los cercaban.

— ¿Se encuentra Marianna a bordo de esta nave?

—Sí, Tigre de Malasia.

— ¿No ha sido transbordada a la cañonera?

—Creo que la cañonera ya solo navega bajo el agua.

— ¿Qué quieres decir?

—Que fue echada a pique.

— ¿Por Yáñez?

—Sí, capitán.

—Entonces Yáñez está vivo todavía.

—Poco antes de que me arrastraran aquí, vi a una gran distancia su prao, que huía a velas desplegadas. Durante nuestra batalla había dejado fuera de combate a la cañonera, destrozándole las ruedas e incendiándola después. Vi las llamas que se alzaban sobre el mar y oí poco después una lejana explosión. Debía de ser la santabárbara que estallaba.

— ¿Y de los nuestros no ha escapado ninguno?

—Ninguno, capitán —dijo Juioko con un suspiro.

— ¡Todos muertos! —Murmuró Sandokán con profundo dolor, cogiéndose la cabeza entre las manos—. Y tú has visto caer a Singal, el más valiente y el más viejo campeón de la piratería.

—Fue abatido por una bala de espingarda que le alcanzó en el pecho.

— ¿Y Sangau, el león de las Romades?

—Lo vi caer al mar con la cabeza destrozada por una descarga de metralla.

— ¡Qué matanza! ¡Pobres compañeros! ¡Ah!... ¡Una triste fatalidad pesaba sobre los últimos tigres de Mompracem!

Sandokán calló, sumiéndose en dolorosos pensamientos. Por más fuerte que se creyera, se sentía profundamente debilitado por aquel desastre que le había costado la pérdida de su isla, la muerte de casi todos los valientes que le habían seguido hasta entonces en centenares de batallas, y por último la pérdida de la mujer amada.

Pero en un hombre como él no podía durar mucho el desánimo. No habían transcurrido diez minutos, cuando Juioko lo vio ponerse en pie con la mirada chispeante.

—Oye —le dijo, volviéndose hacia el dayako—. ¿Crees que Yáñez nos sigue?

—Estoy convencido de ello, capitán. El señor Yáñez no nos abandonará a nuestra desventura.

—Así lo espero yo también —dijo Sandokán—. Otro hombre, en su puesto, se hubiera aprovechado de mi desgracia para huir con las inmensas riquezas que tiene en su prao, pero él no lo hará. Me quiere demasiado para traicionarme.

— ¿Adónde queréis ir a parar, capitán?

—Vamos a fugarnos.

El dayako lo miró con estupor, preguntándose en su corazón si el Tigre de Malasia no habría perdido la razón.

— ¡Fugarnos!... —exclamó—. ¿Y cómo? Ni siquiera tenemos un arma y además estamos encadenados.

—Tengo un medio para hacer que nos arrojen al mar.

—No os comprendo, capitán. ¿Quién nos tirará al agua?

—Cuando un hombre muere a bordo de una nave, ¿qué se hace con él?

—Se le pone en una hamaca con una bala de cañón y se lo envía a hacer compañía a los peces.

—Y con nosotros harán otro tanto —dijo Sandokán.

— ¿Queréis suicidaros?

—Sí, pero de un modo que pueda volver a la vida.

— ¡Humm!... Tengo mis dudas, Tigre de Malasia.

—Te digo que nos despertaremos vivos y sobre el libre mar.

—Si vos lo decís, debo creerlos.

—Todo depende de Yáñez.

—Debe de estar lejos.

—Pero, si sigue a la corbeta, antes o después nos recogerá.

— ¿Y luego?

—Luego volveremos a Mompracem o a Labuán para liberar a Marianna.

—Me pregunto si estoy soñando.

— ¿Dudas de cuanto te he dicho?

—Un poco, capitán, lo confieso. Pienso que no tenemos ni siquiera un kriss.

—No nos hará falta.

—Y que estamos encadenados.

— ¡Encadenados! —Exclamó Sandokán—. El Tigre de Malasia puede despedazar los hierros que lo tienen prisionero. ¡A mí, mis fuerzas!... ¡Mira!

...

Dobló con furor las anillas, y luego, de un tirón irresistible, las abrió y lanzó la cadena lejos de sí.

— ¡Aquí tienes al Tigre libre! —gritó.

Casi en el mismo instante se abrió la escotilla de popa y crujió la escalera bajo los pasos de algunos hombres.

— ¡Ahí están! —exclamó el dayako.

— ¡Ahora los mato a todos!... —aulló Sandokán, poseído por un tremendo acceso de furor.

Viendo en el suelo una manivela rota, la tomó e intentó lanzarse hacia la escalera. El dayako se apresuró a detenerlo.

— ¿Queréis que os maten, capitán? —le dijo—. Pensad que en el puente hay otros doscientos hombres, y armados.

—Es verdad —respondió Sandokán, lanzando lejos de sí la manivela—. ¡El Tigre ha sido domado!...

Tres hombres avanzaron hacia ellos. Uno era un teniente de navío, probablemente el comandante de la corbeta; los otros dos eran marineros.

A una señal de su jefe, los dos hombres calaron las bayonetas y apuntaron sus carabinas hacia los dos piratas.

Una sonrisa desdeñosa apareció en los labios del Tigre de Malasia.

— ¿Tenéis miedo quizá? —preguntó—. ¿Habéis basado, señor teniente, para presentarme esos dos hombres armados?... Os advierto que sus fusiles no me dan miedo; así que podéis ahorraros tan grotesco espectáculo.

—Ya sé que el Tigre de Malasia no tiene miedo —respondió el teniente—. Simplemente he tomado precauciones.

—Y sin embargo estoy desarmado, señor.

—Pero ya no encadenado, me parece.

—No soy hombre para tener las cadenas en las manos largo tiempo.

—Una bonita fuerza, a fe mía, señor.

—Dejaos de cháchara, señor, y decidme qué queréis.

—He sido enviado aquí para ver si tenéis necesidad de algún cuidado.

—No estoy herido, señor.

—Y sin embargo habéis recibido un mazazo en el cráneo.

—Que mi turbante ha sido suficiente para amortiguar.

— ¡Qué hombre! —exclamó el teniente con sincera admiración.

— ¿Habéis terminado?

—Todavía no, Tigre de Malasia.

—Vamos, ¿qué queréis?

—Me ha enviado aquí una mujer.

— ¿Marianna? —gritó Sandokán.

—Sí, lady Guillonk —respondió el teniente.

—Está viva, ¿verdad? —preguntó Sandokán, mientras una oleada de sangre le subía al rostro.

—Sí, Tigre de Malasia. Yo la salvé en el momento en que vuestro prao estaba a punto de hundirse en los abismos.

— ¡Oh!... ¡Habladme de ella, os lo ruego!

— ¿Con qué objeto? Yo os aconsejaría que la olvidarais, señor.

— ¡Olvidarla!... —exclamó Sandokán—. ¡Oh!... ¡Jamás!

—Lady Guillonk está perdida para vos. ¿Qué esperanzas podéis tener todavía?

—Es cierto —murmuró Sandokán con un suspiro—. Soy hombre condenado a muerte, ¿verdad?

El teniente no respondió, pero aquel silencio equivalía a una afirmación.

—Así estaba escrito —respondió Sandokán tras unos segundos—. Mis victorias debían producirme una muerte ignominiosa. ¿Adónde me conducís?

—A Labuán.

— ¿Y me ahorcaréis?

También esta vez el teniente permaneció silencioso.

—Podéis decírmelo francamente —insistió Sandokán—. El Tigre de Malasia jamás ha temblado ante la muerte.

—Lo sé. Vos la habéis desafiado en más de cien abordajes y todos saben que sois el hombre más valiente que vive en Borneo.

—Entonces decídmelo todo.

—No os habéis equivocado: seréis ahorcado.

—Hubiera preferido la muerte de los soldados.

—El fusilamiento, ¿verdad?

—Sí —respondió Sandokán.

—Yo, en cambio, os hubiera perdonado la vida y os hubiera dado un

mando en el ejército de la India —dijo el teniente—. Hombres audaces y valientes como vos son raros hoy en día.

—Gracias por vuestra buena intención, pero no me salvará de la muerte.

—Desgraciadamente no, señor. ¡Qué queréis! Mis compatriotas, a pesar de que admiran vuestro extraordinario valor, siguen teniendo miedo de vos y no vivirán tranquilos aunque os vieran lejos de aquí.

—Y sin embargo, teniente, cuando me atacasteis yo estaba a punto de decir adiós a mi vida de pirata y a Mompracem. Quería marcharme muy lejos de estos mares, no porque temiese a vuestros compatriotas, ya que, si lo hubiera querido, habría podido reunir en mi isla millares de piratas y armar centenares de praos, sino porque yo, encadenado por Marianna, después de tantos años de sangrientas batallas, deseaba una vida tranquila al lado de la mujer que amaba. El destino no ha querido que yo pueda realizar mi querido sueño. Matadme, pues: sabré morir con ánimo.

— ¿Entonces no amáis ya a lady Marianna?

— ¡Que si la amo! —exclamó Sandokán con acento casi desgarrador—. No podéis haceros una idea de la pasión que esa muchacha ha despertado en mi corazón. Escuchadme: poned aquí Mompracem y ahí a Marianna: abandonaré la primera por la segunda. Dadme la libertad con la condición de no volver a ver jamás a esa muchacha y me veréis rechazarla. ¿Qué más queréis? ¡Miradme! ¡Estoy desarmado, solo, y sin embargo, si tuviera la más mínima esperanza de poder salvar a Marianna, me sentina capaz de cualquier esfuerzo, incluso de abrir los flancos de este buque, para mandaros a todos al fondo del mar!

—Somos más numerosos de lo que creéis —dijo el teniente con una sonrisa de incredulidad—. Sabemos lo que valéis y de lo que seríais capaz, y hemos tomado nuestras precauciones para reducirlos a la impotencia. Así que no intentéis nada: todo sería inútil. Una bala de fusil puede matar al hombre más valeroso del mundo.

—La preferiría a la muerte que me espera en Labuán —dijo Sandokán con profunda desesperación.

—Os creo, Tigre de Malasia.

—Pero todavía no estamos en Labuán y podría suceder cualquier cosa antes de que llegásemos.

— ¿Qué queréis decir? —Preguntó el teniente, mirándolo con cierta aprensión—. ¿Pensáis suicidaros?

— ¿Qué puede importaros eso? Que yo muera de un modo u otro, el resultado sería idéntico.

—Quizá no os lo impediría —dijo el teniente—. Os confieso que me desagradaría mucho veros ahorcar.

Sandokán estuvo un momento silencioso, mirándolo fijamente como si dudase de la veracidad de sus palabras, y luego preguntó:

— ¿No os opondrías a mi suicidio?

—No —respondió el teniente—. A un valiente como vos yo no le negaría ese favor.

—Entonces consideradme hombre muerto.

—Pero yo no os ofrezco los medios para acabar con vuestra vida.

—Tengo conmigo lo necesario.

— ¿Algún veneno quizá?

—Fulminante. Sin embargo, antes de irme al otro mundo, quisiera pedir os un favor.

—A un hombre que está a punto de morir no se le puede negar nada.

—Quisiera ver a Marianna por última vez. El teniente se quedó mudo.

—Os lo ruego —insistió Sandokán.

—He recibido la orden de manteneros separados, en el caso de que fuera tan afortunado como para capturados. Y creo que sería mejor para vos y para lady Marianna impedir os que os volvierais a ver. ¿Por qué hacerla llorar?

— ¿Me lo negáis por un refinamiento de crueldad? No creía que un valiente marinero podría convertirse en un cómitre.

El teniente palideció.

—Os juro que tengo esa orden —declaró—. Me desagrada que dudéis de mi palabra.

—Perdonadme —dijo Sandokán.

—No os guardo rencor y, para demostrar os que jamás he tenido ningún odio contra un valiente como vos, os prometo traer os aquí a lady Guillonk. Pero le ocasionaréis un gran dolor.

—No le diré palabra del suicidio. —Entonces, ¿qué queréis decirle?

—He dejado inmensos tesoros en un lugar escondido y todos lo ignoran.

— ¿Y queréis dárselos a ella?

—Sí, para que disponga de ellos como mejor le parezca. Teniente, ¿cuándo podré verla?

—Antes de esta noche.

—Gracias, señor.

—Pero prometeme no hablarle de vuestro suicidio.

—Tenéis mi palabra. Y sin embargo, creedme, es atroz tener que morir, ahora que creía gozar de la felicidad al lado de la mujer que tanto amo.

—Os creo.

—Habríais hecho mejor hundiendo mi prao en alta mar. Al menos habría bajado a los abismos marinos abrazado a mi prometida.

— ¿Y adónde ibais cuando nuestros barcos os atacaron?

—Lejos, muy lejos, quizá a la India o a cualquier isla del gran océano. En fin, todo ha terminado. Cúmplase mi destino.

—Adiós, Tigre de Malasia —dijo el teniente.

—Tengo vuestra promesa.

—Dentro de unas horas volveréis a ver a lady Marianna.

El teniente llamó a los soldados, que habían liberado de las cadenas a Juioko, y volvió a subir lentamente a cubierta. Sandokán se quedó allí mirándolo, con los brazos cruzados y una extraña sonrisa en los labios.

— ¿Os ha traído buenas noticias? —preguntó Juioko acercándose.

—Esta noche seremos libres —respondió Sandokán.

— ¿Y si la fuga resultase fallida?

—Entonces abriremos los flancos de este buque y moriremos todos: nosotros, pero también ellos. Sin embargo, esperemos; Marianna nos ayudará.

### **XIII. La fuga**

Después que hubo marchado el teniente, Sandokán se sentó en la última grada de la escalera, con la cabeza apretada entre las manos, sumido en profundos pensamientos. Un dolor inmenso se transparentaba en sus facciones. Si hubiera sido capaz de llorar, no pocas lágrimas hubieran bañado sus mejillas.

Juioko se había acuclillado a corta distancia, mirando con ansiedad a su jefe. Viéndolo absorto en sus pensamientos, no se atrevió a preguntarle otra vez sobre sus futuros proyectos.

Habían transcurrido quince o veinte minutos, cuando la escotilla volvió a abrirse. Sandokán, al ver entrar un rayo de luz, se levantó con precipitación, mirando hacia la escalera.

Una mujer bajaba rápidamente. Era la joven de los cabellos de oro, lívida, más que pálida, y llorosa.

La acompañaba el teniente, que sin embargo tenía la mano derecha sobre la culata de una pistola que llevaba a la cintura.

Sandokán se puso en pie de un salto, dando un grito, y se lanzó hacia su novia, estrechándola con fuerza contra su pecho.

— ¡Amor mío! —exclamó llevándola al extremo más alejado de la bodega, mientras el teniente se sentaba en mitad de la escalera con los brazos cruzados y la frente oscurecida—. ¡Por fin te vuelvo a ver!

—Sandokán —murmuró ella, estallando en sollozos—. ¡Creí que no volvería a verte jamás!

—Valor, Marianna; no llores, cruel; seca esas lágrimas que me destrozan.

—Tengo roto el corazón, mi valiente amigo. ¡Ah, no quiero que mueras, no quiero que te separen de mí! Yo te defenderé contra todos, te liberaré, quiero que sigas siendo mío.

— ¡Tuyo! —Exclamó Sandokán, con un profundo suspiro—. Sí, volveré a ser tuyo, pero ¿cuándo?

— ¿Por qué cuándo?

— ¿Pero no sabes, desventurada criatura, que me llevan a Labuán para matarme?

—Pero yo te salvaré.

—Quizá sí; si me ayudas.

— ¡Entonces tienes un plan! —exclamó Marianna delirante de alegría.

—Sí, si Dios me protege. Escúchame, amor mío.

Lanzó una mirada suspicaz sobre el teniente, que no se había movido de su sitio, y luego, llevando a la joven lo más lejos posible, le dijo:

—Estoy planeando una fuga y tengo la esperanza de conseguirlo, pero tú no podrás venir conmigo.

— ¿Por qué, Sandokán? ¿Dudas de que sea capaz de seguirte? ¿Temes acaso que me falte valor para afrontar los peligros? Soy enérgica y ya no temo a nadie; si quieres, apuñalaré a tu centinela o haré saltar este buque con todos los hombres que lo tripulan, si es necesario.

—Es imposible, Marianna. Daría la mitad de mi sangre por llevarte conmigo, pero no puedo. Me es necesaria tu ayuda para huir, o todo sería inútil; pero te juro que no permanecerás mucho tiempo entre tus compatriotas, aunque tenga que reclutar con mis riquezas un ejército y guiarlo contra Labuán.

Marianna escondió la cabeza entre las manos y cálidas lágrimas inundaron su bello rostro.

—Me quedaré aquí sola, sin ti —murmuró con un tono desgarrador.

—Es necesario, mi pobre niña. Escúchame ahora.

Extrajo de su pecho una minúscula cajita y, abriéndola, mostró a Marianna unas píldoras de un color rosáceo, que despedían un olor muy penetrante.

— ¿Ves estas bolitas? —le preguntó—. Contienen un veneno potente pero no mortal, que tiene la propiedad de suspender la vida, en un hombre robusto, durante seis horas. Es un sueño que se parece perfectamente a la muerte y que engaña al médico más experto.

— ¿Y qué quieres hacer?

—Juioko y yo ingeriremos una cada uno; nos creerán muertos, nos arrojarán al mar, pero luego resucitaremos libres sobre el libre mar.

— ¿Pero no os ahogaréis?

—No, porque para eso cuento contigo.

— ¿Qué tengo que hacer? Habla, ordena, Sandokán; estoy dispuesta a todo, con tal de volver a verte libre.

—Son las seis —dijo el pirata, sacando su cronómetro—. Dentro de una hora, mi compañero y yo ingeriremos las píldoras y daremos un agudo grito. Tú señalarás exactamente en tu reloj el minuto siguiente a aquel en que se oiga el grito, y contarás seis horas y dos segundos antes de hacer que nos arrojen al mar. Procurarás que nos dejen sin hamaca y sin bala a los pies e intentarás que arrojen algo flotante que pueda ayudarnos después, y, si es posible, procura esconder algún arma bajo nuestras vestiduras. ¿Me has comprendido bien?

—Todo lo he grabado en mi memoria, Sandokán. Pero luego, ¿adónde irás?

—Tengo la seguridad de que Yáñez nos sigue y nos recogerá. Luego reuniré armas y piratas y vendré a liberarte, aunque tenga que pasar a Labuán a hierro y fuego y exterminar a todos sus habitantes. Se detuvo, clavándose las uñas en las carnes.

— ¡Maldito sea el día en que me llamé el Tigre de Malasia, maldito sea el

día en que me hice vengador y pirata, desencadenando contra mí el odio de los pueblos, ese odio que se interpone, como un horrible espectro, entre mí y esta divina muchacha! ¡Si no hubiera sido nunca cruel y sanguinario, al menos no estaría hoy encadenado a bordo de este barco, ni arrastrado hacia el patíbulo, ni separado jamás de esta mujer a quien amo tan intensamente!

— ¡Sandokán! No hables así.

—Sí, tienes razón, Perla de Labuán. Deja que te contemple por última vez —dijo, al ver que el teniente se levantaba y se aproximaba.

Levantó el rubio cabello de Marianna y la besó en el rostro como un demente.

— ¡Cuánto te amo, sublime criatura!... —exclamó, fuera de sí—. ¡Y tener que separarnos!...

Ahogó un gemido y se secó rápidamente una lágrima que le rodaba por sus morenas mejillas.

—Vete, Marianna, vete —dijo bruscamente—. ¡Si sigues aquí, voy a llorar como un niño!

— ¡Sandokán!... ¡Sandokán!...

El pirata escondió el rostro entre las manos y dio dos pasos hacia atrás.

— ¡Ah! ¡Sandokán! —exclamó Marianna, con un tono desgarrador.

Quiso lanzarse hacia él, pero le faltaron las fuerzas, y cayó en los brazos del teniente, que se había aproximado.

— ¡Marchaos! —gritó el Tigre de Malasia, volviéndose hacia otra parte y ocultando el rostro.

Cuando se volvió de nuevo, la escotilla había sido ya cerrada.

— ¡Todo ha terminado! —exclamó Sandokán con voz triste—. Ya no me queda más que dormirme sobre las aguas del mar malayo. ¡Si un día pudiera volver a ver feliz a la mujer que tanto amo!...

Se dejó caer al pie de la escalera, con el rostro entre las manos, y permaneció así una hora. Juioko le sacó de aquella muda desesperación.

—Capitán —dijo—. Valor, no desesperemos todavía. Sandokán se levantó con un gesto enérgico.

—Huyamos.

—No pido nada mejor.

Sacó la cajita y extrajo dos píldoras, alargándole una al dayako.

—Tienes que ingerirla a mi señal —dijo.

—Estoy preparado.

Sandokán sacó el reloj y miró.

—Son las siete menos dos minutos —prosiguió Sandokán—. Dentro de seis horas volveremos a la vida sobre el libre mar.

Cerró los ojos e ingirió la píldora, mientras Juioko le imitaba. Pronto se vio a los dos hombres retorcerse como bajo un violento e imprevisto espasmo, de modo que cayeron al suelo dando dos penetrantes alaridos.

Aquellos gritos, a pesar del bufido de las máquinas y del fragor de las olas levantadas por las potentes ruedas, fueron oídos en cubierta por todos y también por Marianna, que ya los esperaba presa de mil ansiedades.

El teniente bajó precipitadamente a la bodega, seguido de algunos oficiales y del médico de a bordo. Al pie de la escalera chocó contra dos presuntos cadáveres.

—Están muertos —dijo—. Ha sucedido lo que temía.

El médico los examinó, pero no pudo hacer otra cosa que constatar la muerte de los prisioneros.

Mientras los marineros los levantaban, el teniente volvió a subir a cubierta y se acercó a Marianna, que seguía apoyada en la amura de babor, haciendo esfuerzos sobrehumanos para sofocar el dolor que la oprimía.

—Milady —le dijo—. Al Tigre de Malasia y a su compañero les ha sucedido una desgracia.

—La adivino... Están muertos.

—Así es, milady.

—Señor —dijo ella, con voz rota, pero enérgica—. Vivos, os pertenecían a vos; muertos, me pertenecen a mí.

—Os doy libertad para que hagáis con ellos lo que más os guste, pero quiero daros un consejo.

— ¿Cuál?

—Hacedlos arrojar al mar antes de que el crucero llegue a Labuán. Vuestro tío podría ahorcar a Sandokán incluso muerto.

—Acepto vuestro consejo. Mandad llevar los dos cadáveres a popa y dejadme sola con ellos.

El teniente se inclinó y dio las órdenes necesarias, para que se hiciera la

voluntad de la joven lady.

Un momento después los dos piratas eran colocados sobre dos tablas y transportados a popa, dispuestos a ser arrojados al mar.

Marianna se arrodilló junto a Sandokán, que se había puesto rígido, y contempló muda aquel rostro descompuesto por la poderosa acción del narcótico, pero que conservaba todavía su varonil ferocidad que infundía temor y respeto.

Esperó a que nadie se fijase en ella y a que fuesen cayendo las tinieblas, y luego se extrajo del corsé dos puñales y los escondió bajo las vestiduras de los dos piratas.

—Al menos podréis defenderos, mis valientes —murmuró con profunda emoción. Luego se sentó a sus pies, contando en el reloj hora por hora, minuto por minuto, segundo por segundo, con paciencia inaudita.

A la una menos diez minutos se levantó, pálida pero resuelta. Se aproximó a la amura de babor y, sin ser vista, descolgó dos salvavidas y los arrojó al mar; luego se dirigió hacia proa y se detuvo ante el teniente, que parecía esperarla.

—Señor —dijo—. Cúmplase la última voluntad del Tigre de Malasia.

A una orden del teniente, cuatro marineros se dirigieron a popa y alzaron las dos tablas, sobre las que yacían los cadáveres, hasta lo alto del costado del buque.

—Todavía no —dijo Marianna, rompiendo a llorar.

Se aproximó a Sandokán y posó sus labios sobre los de él. Sintió a aquel contacto una leve tibieza y una especie de gemido. Un momento de vacilación y todo estaría perdido.

Retrocedió rápidamente y con voz sofocada dijo:

— ¡Dejadlos caer!

Los marineros alzaron las dos tablas y los dos piratas se deslizaron hasta el mar, hundiéndose en las negras olas, mientras el buque se alejaba rápidamente, llevándose a la desventurada joven hacia las costas de la isla maldita.

#### **XIV. La cornudilla. Hacia las Tres Islas**

La suspensión de la vida, como había dicho Sandokán, debía durar seis horas, ni un segundo más ni un segundo menos, y en efecto así sucedió, pues,

apenas fueron lanzados al abismo, los dos piratas volvieron rápidamente en sí sin experimentar la más mínima alteración de sus fuerzas.

Subieron a la superficie de un vigoroso impulso y enseguida echaron un vistazo a su alrededor. A menos de una gúmena descubrieron el crucero, que se alejaba a poco vapor hacia oriente.

El primer movimiento de Sandokán fue seguirlo, mientras Juioko, completamente aturdido todavía por aquella extraña y para él inexplicable resurrección, nadaba prudentemente hacia alta mar.

El Tigre, sin embargo, se detuvo casi súbitamente, dejándose mecer entre las ondas pero con los ojos fijos en aquel barco que le arrebatava a la desgraciada muchacha. Un grito ahogado de angustia le irrumpió desde el pecho y se disipó entre sus crispados labios.

— ¡Perdida! —exclamó con voz semiapagada por el dolor.

Un arranque de locura se apoderó de él y durante un buen trecho se puso a seguir al vapor, debatiéndose furiosamente entre las aguas; luego se detuvo, mirando siempre al buque, que poco a poco iba perdiéndose entre las tinieblas.

— ¡Te me escapas, horrible nave, llevándote la mitad de mi corazón; pero por más extenso que sea el océano, te alcanzaré un día y descuartizaré tus flancos!

Se deslizó rápidamente sobre las olas y alcanzó a Juioko, que lo esperaba muy inquieto.

—Vamos —dijo con voz estrangulada—. Ahora todo ha terminado.

—Valor, capitán; la salvaremos y quizá más pronto de lo que creéis.

— ¡Calla!... No vuelvas a abrir la herida que aún sangra.

—Busquemos al señor Yáñez, capitán.

—Sí, busquémoslo, porque solo él puede salvarnos.

El vasto mar de Malasia se extendía a su alrededor, sepultado en espesas tinieblas, sin un islote donde arribar, sin una vela o una luz que señalase la presencia de una nave amiga o enemiga.

Por todas partes no se veían más que olas espumantes, que chocaban entre sí con fragor, levantadas por el airecillo nocturno.

Los dos nadadores, para no gastar sus fuerzas tan preciosas en medio de aquel terrible oleaje, avanzaban lentamente, a corta distancia uno de otro, buscando con avidez una vela sobre la oscura superficie.

De cuando en cuando Sandokán se detenía para volverse hacia oriente,

como si intentase descubrir todavía el farol del piróscafo, y luego volvía a nadar dando profundos suspiros.

Habrían recorrido ya una milla y comenzaban a desembarazarse de sus ropas para tener mayor libertad de movimientos, cuando Juioko chocó con un objeto flexible.

— ¡Un tiburón! —exclamó, estremeciéndose y levantando el puñal.

— ¿Dónde? —preguntó Sandokán.

—Pero... no, no es un escualo —respondió el dayako—. Me parece una boya.

— ¡Es un salvavidas arrojado por Marianna! —Exclamó Sandokán—. ¡Ah! ¡Divina muchacha!

—Esperemos que no venga solo.

—Busquemos, amigo mío.

Se pusieron a\_ nadar en redondo buscando por todas partes y, al cabo de unos minutos, lograron encontrar el otro, que no se había alejado demasiado del primero.

—Esta sí que es una suerte que no me esperaba —dijo Juioko en tono alegre—. ¿Adónde nos dirigimos ahora?

—La corbeta venía del noroeste; así pues, creo que en esa dirección podremos encontrar a Yáñez.

— ¿Lo encontraremos?

—Eso espero —respondió Sandokán.

—Tendremos que esperar varias horas. El viento es débil y el prao del señor Yáñez no debe de avanzar mucho.

— ¿Qué importa? —dijo Sandokán.

— ¿Y no pensáis en los tiburones, capitán? Vos sabéis que en estos mares abundan esos ferocísimos escualos. Sandokán se estremeció involuntariamente y echó a su alrededor una mirada inquieta.

—Hasta ahora no he visto emerger ninguna cola ni ninguna aleta —dijo al fin—. Esperemos que los escualos nos dejen tranquilos. Vamos, lancémonos hacia el noroeste. Si no encontrásemos a Yáñez, continuando en esa dirección arribaríamos a Mompracem o a alguno de los arrecifes que se extienden hacia el sur.

Se aproximaron el uno al otro con el fin de estar mejor preparados para protegerse en caso de peligro y se pusieron a nadar en la dirección elegida,

intentando sin embargo economizar sus fuerzas, porque no ignoraban que la tierra estaba muy lejos.

A pesar de que ambos estaban decididos a todo, el miedo de ser sorprendidos de un momento a otro por algún tiburón había logrado hacerse camino en sus corazones.

Especialmente el dayako se sentía asaltado por un verdadero terror. De cuando en cuando se detenía para mirar a su espalda, creyendo oír detrás de sí coletazos y roncosp suspiros, e instintivamente encogía las piernas por miedo de sentirlas tronchadas por los dientes formidables de esos tigres del mar.

—Yo no había experimentado jamás el miedo —decía—. He tomado parte en más de cincuenta abordajes, he matado con mis propias manos no pocos enemigos y hasta me he medido con los grandes simios de Borneo e incluso con los tigres de la jungla, y sin embargo ahora estoy temblando como si tuviera fiebre. La idea de encontrarme de improviso delante de uno de esos ferocísimos escualos hace que la sangre se me hiele. Capitán, ¿no veis nada?

—No —respondía invariablemente Sandokán con voz tranquila.

—Es que me ha parecido oír otra vez detrás de mí un ronco suspiro.

—Es efecto del miedo. Yo no he oído nada.

—¿Y ese chapoteo?

—Ha sido producido por mis pies.

—Mis dientes están entrechocando.

—Tranquilo, Juioko. Estamos armados de fuertes puñales.

—¿Y si los escualos llegan bajo el agua?

—Nos sumergiremos también nosotros y nos enfrentaremos con ellos resueltamente.

—¿Y si el señor Yáñez no nos ve!...

—Debe de estar todavía muy lejos.

—¿Lo encontraremos, capitán?

—Tengo esa esperanza... Yáñez me quiere demasiado para haberme abandonado a mi triste destino. El corazón me dice que seguía a la corbeta.

—Pero no se le ve aparecer.

—Paciencia, Juioko. El viento aumenta poco a poco y hará correr al prao.

—Y con el viento tendremos también olas.

—Esas no nos dan miedo a nosotros.

Continuaron nadando, el uno al lado del otro, durante otra hora, escudriñando siempre atentamente el horizonte y echando ojeadas a su alrededor por miedo de ver aparecer los temidos escualos; luego ambos se detuvieron y se miraron uno a otro.

— ¿Has oído? —preguntó Sandokán.

—Sí —respondió el dayako.

—El silbido de una nave de vapor, ¿verdad?

—Sí, capitán.

— ¡Mantente firme!

Se apoyó en los hombros del dayako y de un impulso sacó más de medio cuerpo fuera del agua. Mirando hacia el norte, vio dos puntos luminosos que surcaban el mar a una distancia de dos o tres millas.

—Una nave avanza hacia nosotros —dijo con voz un poco conmovida.

—Entonces podemos hacer que nos recoja —dijo Juioko.

—No sabemos a qué nación pertenece, ni si es mercantil o de guerra.

— ¿De dónde viene?

—Del norte.

—Peligrosa ruta, capitán.

—Eso pienso también yo. Puede ser una de las naves que ha tomado parte en el bombardeo de Mompracem y que va en busca del prao de Yáñez.

— ¿Y la dejaremos marchar sin que nos recoja?

—La libertad cuesta demasiado cara para perderla nuevamente, Juioko. Si llegaran a apresarnos por segunda vez, ya sí que no nos salvaría nadie, y tendría que renunciar para siempre a la esperanza de volver a ver a Marianna. Pero puede ser una nave mercantil.

Volvió a apoyarse en los hombros de Juioko, mirando atentamente ante sí. Como la noche no era muy oscura, pudo distinguir claramente la nave que se dirigía a su encuentro.

— ¡Ni un grito, Juioko! —Exclamó, volviendo a caer en el agua—. Es un barco de guerra, estoy seguro.

— ¿Grande?

—Me parece un crucero.

— ¿Será inglés?

—No cabe duda acerca de su nacionalidad.

— ¿Lo dejaremos pasar?

—No podemos hacer absolutamente nada. Prepárate para sumergirte, porque esa nave pasará a poca distancia de nosotros. Ánimo, amigo, abandonemos los salvavidas y estemos preparados.

El crucero —al menos tal lo creía Sandokán y quizá con razón— avanzaba rápidamente, levantando a sus lados verdaderas oleadas a causa de las ruedas. Su dirección se mantenía hacia el sur, así que debía pasar a poquísima distancia de los dos piratas.

Sandokán y Juioko, apenas lo vieron a ciento cincuenta metros, se hundieron poniéndose a nadar bajo el agua.

En el momento en que volvían a salir a la superficie para respirar, oyeron una voz que gritaba:

—Juraría haber visto dos cabezas a babor. Si no estuviera seguro de que tenemos a popa una cornudilla, mandarí a echar al agua una chalupa.

Al oír aquellas palabras, Sandokán y Juioko volvieron a zambullirse enseguida, pero su inmersión duro poco.

Por fortuna para ellos, cuando reaparecieron, vieron al buque alejarse rápidamente hacia el sur.

Se encontraban entonces en medio de la estela blanquecina de espuma. Las olas levantadas por las ruedas los bamboleaban a derecha e izquierda lanzándolos unas veces hacia arriba y otras precipitándolos en los torbellinos.

—Capitán, en guardia —gritó el dayako—. Tenemos una cornudilla en nuestras aguas.

— ¿Habéis oído a ese marinero?

—Sí —respondió Sandokán—. Prepara el puñal.

— ¿Seremos atacados?

—Eso me temo, mi pobre Juioko. Esos monstruos ven mal, pero tienen un olfato increíble. El maldito no habrá seguido a la nave, te lo aseguro.

—Tengo miedo, capitán —dijo el dayako, que se agitaba entre las olas como el diablo en la pila del agua bendita.

—Estate tranquilo. Hasta ahora no la veo. —Puede atacarnos bajo el agua.

—Entonces la sentiremos llegar.

— ¿Y los salvavidas?

—Están delante de nosotros. Dos brazadas más y los alcanzaremos.

—No me atrevo ni a moverme, capitán.

El pobre hombre estaba poseído de un espanto tal, que sus miembros se negaban casi a moverse.

Juioko, no pierdas la cabeza —le aconsejó Sandokán—. Si te preocupa salvar las piernas, no puedes quedarte ahí, medio atontado. Agárrate a tu salvavidas y saca el puñal.

El dayako, reponiéndose un poco, obedeció y alcanzó su anillo de goma, que se balanceaba justamente en medio de la espuma de la estela.

—Ahora vamos a ver dónde está ese pez martillo —dijo Sandokán—. Quizá podamos escapar de él.

Por tercera vez se apoyó en Juioko y se lanzó fuera del agua, echando a su alrededor una rápida mirada.

Allá, en medio de la cándida espuma, descubrió una especie de gigantesco martillo que surgió de improviso entre las aguas.

—En guardia —dijo a Juioko—. No está a más de cincuenta o sesenta metros de nosotros.

— ¿No ha seguido a la nave? —preguntó el dayako, castañeteándole los dientes.

—Ha percibido el olor de la carne humana —respondió Sandokán.

¿Vendrá a buscarnos?

—Dentro de poco lo sabremos. No te muevas y no abandones el puñal.

Se aproximaron el uno al otro y se quedaron inmóviles, esperando con ansiedad el final de aquella peligrosa aventura.

Las cornudillas, llamadas también peces martillo y también balance fish, es decir, pez balanza, son peligrosísimos adversarios. Pertenecen a la especie de los tiburones, pero su aspecto es muy distinto, pues tienen la cabeza en forma de martillo. No obstante, su boca no cede a la de sus congéneres ni por la amplitud, ni por la fortaleza de sus dientes. Son muy audaces, sienten una gran pasión por la carne humana y, cuando se dan cuenta de la presencia de un nadador, no dudan en atacarlo y cortarlo en dos. Sin embargo, también les resulta más difícil aferrar la presa, porque tienen la boca casi al principio del vientre, de modo que se ven obligados a deslizarse sobre el dorso para poder morder.

Sandokán y el dayako, permanecieron inmóviles algunos minutos, escuchando atentamente, y luego, al no oír nada, comenzaron a realizar una

prudente retirada.

Habían recorrido ya cincuenta o sesenta metros, cuando de improviso vieron aparecer a corta distancia la repugnante cabeza de la cornudilla.

El monstruo lanzó sobre los dos nadadores una fea mirada con reflejos amarillentos, y luego dio un ronco suspiro que parecía como un lejanísimo trueno.

Se mantuvo inmóvil unos instantes, dejándose mecer por las olas, y después se precipitó hacia adelante, azotando furiosamente las aguas.

— ¡Capitán! —exclamó Juioko.

El Tigre de Malasia, que empezaba a perder la paciencia, en vez de seguir retirándose, abandonó bruscamente el salvavidas y, colocándose el puñal entre los dientes, se movió resueltamente contra el escualo.

— ¡También tú vienes contra mí! —gritó—. ¡Veremos si el tigre del mar será más fuerte que el Tigre de Malasia!

—Dejadla marchar, capitán —suplicó Juioko.

—Quiero acabar con ella —respondió Sandokán con ira—. ¡A nosotros, condenado escualo!

El pez martillo, espantado por el fuerte grito y por la actitud de Sandokán, en vez de continuar su carrera se detuvo, deslizándose a derecha e izquierda de las olas, y luego se sumergió.

—Viene por debajo, capitán —gritó el dayako.

Se equivocaba. El escualo volvió un instante después a la superficie y, contrariamente a sus instintos feroces, en vez de volver a intentar el ataque se lanzó hacia alta mar, jugueteando en la estela de la nave.

Sandokán y Juioko se quedaron quietos durante unos instantes, siguiendo con la vista al escualo, y luego, al ver que no pensaba más en ellos, al menos por el momento, reemprendieron la retirada dirigiéndose hacia el noroeste.

El peligro no había cesado todavía, pues la cornudilla, a pesar de que continuaba jugueteando, no los perdía de vista. De un coletazo echaba con frecuencia más de medio cuerpo fuera del agua para asegurarse de su dirección, y luego en pocos saltos recuperaba el camino perdido, manteniéndose siempre a una distancia de sesenta metros. Probablemente quería esperar el momento propicio para volver a intentarlo.

En efecto: poco después Juioko, que se encontraba un poco más atrás, vio al escualo avanzar rumorosamente, sacudiendo la cabeza y lanzando poderosos coletazos.

Describió en torno a los dos nadadores un círculo, y luego comenzó a dar vueltas unas por encima del agua y otras por debajo, tendiendo siempre a estrechar más sus giros.

— ¡Cuidado, capitán! —gritó Juioko.

—Estoy preparado para recibirlo —dijo Sandokán.

—Y yo para ayudaros.

— ¿Se te ha pasado el miedo?

—Empiezo a esperar que así sea.

—No abandones el salvavidas antes de que yo de la señal. Intentemos entretanto forzar el cerco.

Con la mano izquierda sujeta en torno al flotador, con la derecha armada del puñal, los dos piratas se pusieron a batirse en retirada, volviendo siempre la cara hacia el escualo.

Este no los abandonaba, sino que continuaba ciñéndolos más de cerca, levantando con auténticas olas y enseñando sus agudos dientes que blanqueaban siniestramente en la oscuridad.

De pronto dio un salto gigantesco saliendo completamente del agua, y se precipitó sobre Sandokán que estaba más cerca de él.

El Tigre de Malasia, abandonando el salvavidas se dispuso a sumergirse, mientras Juioko que había recobrado su audacia ante la inminencia del peligro se lanzaba hacia adelante con el puñal levantado.

La cornudilla, al ver a Sandokán desaparecer bajo el agua, de un coletazo se hurtó al ataque de Juioko y se sumergió a su vez.

Sandokán la esperaba. Apenas la vio tan cerca, se lanzó encima de ella, aferrándola por una aleta del dorso, y de una terrible puñalada le desgarró el vientre.

El enorme pez, herido quizá de muerte, con una brusca contorsión se liberó del adversario, que estaba a punto de intentar de nuevo el golpe, y volvió a subir a la superficie. Al ver a dos pasos al dayako, se deslizó sobre el dorso para cortarlo en dos. Pero Sandokán estaba también sumergido.

El puñal que ya había herido a la cornudilla la golpeó esta vez en medio del cráneo y con tal fuerza que la hoja se le quedó allí clavada.

—Torna también estas —gritó el dayako, acribillándola de puñaladas.

La cornudilla se sumergió finalmente y para siempre, dejando en la superficie una gran mancha de sangre, que se ensanchaba rápidamente.

—Creo que no volverá más a la superficie —dijo Sandokán—. ¿Qué me dices ahora, Juioko?

El dayako no respondió. Apoyándose en el salvavidas, intentaba alzarse para lanzar lejos sus miradas.

— ¿Qué buscas? —le preguntó Sandokán.

— ¡Allá..., mirad..., hacia el noroeste! —Gritó Juioko—. ¡Por Alá!... ¡Veo una gran sombra..., un velero!

— ¿Yáñez, quizá? —preguntó Sandokán con viva emoción.

—La oscuridad es demasiado profunda para distinguirla bien, pero siento que el corazón me late deprisa, capitán.

—Déjame que suba sobre tus hombros.

El dayako se aproximó, y Sandokán, apoyándose en él, sacó más de medio cuerpo fuera de las olas.

— ¿Qué veis, capitán?

— ¡Es un prao! ¡Si fuera él!... ¡Maldición!

— ¿Por qué juráis?

—Son tres los barcos que avanzan.

— ¿Estáis seguro?

—Segurísimo.

— ¿Habrá encontrado Yáñez ayuda?

— ¡Es imposible!

— ¿Qué hacemos entonces? Llevamos nadando ya más de tres horas y os confieso que comienzo a estar cansado.

—Te comprendo; amigos o enemigos, haremos que nos recojan. Pide ayuda. Juioko reunió sus propias fuerzas y con voz tronante gritó:

— ¡Ah de la nave!... ¡Auxilio!...

Un momento después se oyó en el mar un tiro de fusil y una voz que gritaba:

— ¿Quién llama?

—Náufragos.

—Esperad.

Enseguida se vio a los tres barcos dar una bordada y aproximarse

rápidamente, pues el viento ya era un tanto fuerte.

— ¿Dónde estáis? —preguntó la voz de antes.

—Aquí cerca —respondió Sandokán.

Siguió un breve silencio y luego exclamó otra voz:

— ¡Por Júpiter!... ¡O mucho me equivoco o es él!...

— ¿Quién vive?

Sandokán, de un impulso, salió de las olas hasta la mitad del cuerpo, gritando:

— ¡Yáñez!... ¡Yáñez!... ¡Soy yo, el Tigre de Malasia! A bordo de los tres barcos se elevó un solo grito:

— ¡Viva el capitán!... ¡Viva el Tigre!

El primer prao estaba ya cerca. Los dos nadadores se agarraron a una gúmena que les habían lanzado y subieron hasta el puente con la rapidez de dos auténticos cuadrumanos.

Un hombre se arrojó hacia Sandokán, estrechándolo contra su pecho con fuerza.

— ¡Ah, mi pobre hermano! —exclamó—. ¡Creí que ya no volvía a verte jamás!...

Sandokán abrazó al bravo portugués, mientras la tripulación seguía gritando:

— ¡Viva el Tigre!

—Ven a mi camarote —dijo Yáñez—. Tienes que contarme muchas cosas que deseo ardientemente conocer.

Sandokán lo siguió sin hablar y bajaron al camarote, mientras los barcos proseguían el viaje con todas las velas desplegadas.

El portugués destapó una botella de ginebra y se la pasó a Sandokán, que vació uno tras otro varios vasos.

—Vamos, cuenta: ¿cómo es que ahora te recojo en el mar, cuando yo sospechaba que estabas prisionero o muerto a bordo del piróscafo que voy siguiendo encarnizadamente desde hace veinte horas?

— ¡Ah! ¿Seguías al crucero? Lo sospechaba.

— ¡Por Júpiter! Dispongo de tres barcos y de ciento veinte hombres, ¿y no quieres que lo siga?

—Pero ¿dónde has podido reunir tantas fuerzas?

— ¿Sabes quiénes son los comandantes de los dos barcos que me siguen?

—Desde luego que no.

—Paranoa y Maratúa.

— ¿Entonces no se hundieron durante la borrasca que nos sorprendió junto a Labuán?

—Como ves, no. Maratúa fue arrojado hacia la isla de Pulo Gaya y Paranoa se refugió en la bahía de Ambong. Se detuvieron allí varios días para reparar las graves averías sufridas, y después marcharon a Labuán, donde se encontraron. Al no hallarnos en la bahía, volvieron a Mompracem; los encontré ayer tarde cuando estaban ya decididos a dirigirse a la India, sospechando que nosotros nos habríamos dirigido allí.

— ¿Y desembarcaron en Mompracem? ¿Quién ocupa ahora mi isla?

—Nadie, pues los ingleses la abandonaron después de haber incendiado nuestro poblado y de haber hecho saltar los últimos bastiones.

—Es mejor así —murmuró Sandokán, suspirando.

—Y ahora, ¿qué te ha ocurrido a ti? Te vi abordar el buque mientras yo despanzurraba la cañonera a cañonazos, después oí los hurras de victoria de los ingleses y luego nada más. Hui al menos para salvar los tesoros que llevaba, pero después me eché tras las huellas del crucero, con la esperanza de alcanzarlo y abordarlo.

—Caí sobre el puente del barco enemigo, medio machacado de un mazazo, y fui hecho prisionero junto con Juioko. Las píldoras que, como tú sabes, llevaba siempre conmigo, me han salvado.

—Comprendo —dijo Yáñez estallando en una carcajada—. Os lanzaron al mar creyéndoos muertos. ¿Pero qué ha sido de Marianna?

—Está prisionera en el crucero —respondió Sandokán con voz sombría.

— ¿Quién conducía el buque?

—El baronet, pero lo maté en la reyerta.

—Me lo había imaginado. ¡Por Baco! Qué mal fin ha tenido ese pobre rival.

— ¿Qué piensas hacer ahora?

— ¿Qué harías tú?

—Seguiría al piróscafo y lo abordaría.

—Es lo que iba a proponerte. ¿Sabes hacia dónde se dirige el buque?

—Lo ignoro, pero me parece que navegaba hacia las Tres Islas cuando lo dejé.

— ¿Qué iré a hacer allí? Aquí hay gato encerrado, hermanito mío. ¿Navegaba muy deprisa?

—A unos ocho nudos por hora.

— ¿Qué ventaja puede llevarnos?

—Quizá treinta millas.

—Entonces podemos alcanzarlo si el viento se mantiene bueno, pero...

Yáñez se interrumpió al oír en el puente un movimiento insólito y un agudo vocerío.

— ¿Qué pasa? —preguntó.

— ¿Habrán descubierto al crucero?

—Subamos, hermanito mío.

Abandonaron precipitadamente el camarote y subieron a cubierta. Justo en aquel momento algunos hombres estaban sacando del agua una cajita de metal, que un pirata, a las primeras luces del alba, había descubierto a unas docenas de metros a estribor.

— ¡Oh!... ¡Oh!... —exclamó Yáñez—. ¿Qué significa esto? ¿Contendrá algún documento precioso? No me parece una caja corriente.

—Seguimos yendo tras las huellas del piróscapo, ¿verdad? —preguntó Sandokán, que, sin saber por qué, se sentía agitado.

—Siempre —respondió el portugués.

— ¡Ah! Si fuera...

— ¿Qué?

Sandokán, en vez de responder, sacó el kriss y de un golpe rápido rajó la cajita. Enseguida se descubrió en el interior un papel algo húmedo, pero en el que podían leerse claramente unas líneas escritas con una caligrafía fina y elegante...

— ¡Yáñez!... ¡Yáñez!... —balbuceó Sandokán con voz temblorosa.

—Lee, hermanito mío, lee.

—Me parece que me he quedado ciego...

El portugués le quitó el papel de la mano y leyó:

«¡Auxilio! Me llevan a las Tres Islas, donde me alcanzará mi tío para

conducirme a Sarawak».

Sandokán, al oír aquellas palabras, lanzó un aullido de fiera herida. Se echó las manos a los cabellos, arrancándoselos con furor, y vaciló como si hubiera sido alcanzado por una bala.

— ¡Perdida!... ¡Perdida!... ¡El lord!... —exclamó.

Yáñez y los piratas lo habían rodeado y lo miraban con ansiedad, con una profunda emoción. Parecía que sufrían las mismas penas que desgarraban el corazón de aquel desventurado.

— ¡Sandokán! —Exclamó el portugués—. La salvaremos, te lo juro, así tengamos que abordar el barco del lord y atacar Sarawak y a James Brooke que lo gobierna.

El Tigre, poco antes abatido por aquel fiero dolor, se puso en pie con el rostro contraído y los ojos en llamas.

— ¡Tigres de Mompracem! —tronó—. ¡Tenemos que exterminar a los enemigos y salvar a nuestra reina! ¡Todos a las Tres Islas!

— ¡Venganza! —Aullaron los piratas—. ¡Muerte a los ingleses y viva nuestra reina!...

Un instante después los tres praos daban una bordada, velejando hacia las Tres Islas.

## **XV. La última batalla del Tigre**

Cambiado el rumbo, los piratas pusieron febrilmente manos a la obra, para prepararse a la batalla, que sería sin duda tremenda y quizá la última que sostendrían contra el aborrecido enemigo.

Cargaban los cañones, montaban las espingardas, abrían los barriles de pólvora, amontonaban a proa y a popa enorme cantidad de balas y de granadas, cortaban las jarcias inútiles y reforzaban las más necesarias, improvisaban barricadas y preparaban los garfios de abordaje. Llevaron a cubierta hasta los recipientes de bebidas alcohólicas para derramarlos sobre el puente del barco enemigo e incendiarlo. Sandokán los animaba a todos con el gesto y con la voz, prometiéndoles echar a pique aquel buque que lo había tenido encadenado, le había destruido a los más valientes campeones de la piratería y le había arrebatado a su prometida.

— ¡Sí, destruiré a ese maldito, lo incendiaré! —exclamaba—. Quiera Dios que llegue a tiempo para impedir que lord Guillonk me la arrebatte.

—Atacaremos incluso al lord, si es necesario —dijo Yáñez—. ¿Quién podrá resistir el ataque de ciento veinte tigres de Mompracem?

— ¿Y si llegásemos demasiado tarde y el lord hubiera partido ya para Sarawak a bordo de un barco rápido?

—Lo alcanzaremos en la ciudad de James Brooke. Más me preocupa el modo de apoderarnos del crucero, que a estas horas ya debe de estar anclado en las Tres Islas. Habría que sorprenderlo, pero... ¡Ah, qué desmemoriados somos!...

— ¿Qué quieres decir?

—Sandokán, ¿recuerdas lo que intentó hacer lord James, cuando lo atacamos en el sendero de Victoria?

—Sí —murmuró Sandokán, que sintió que se le erizaban los cabellos en la cabeza—. ¡Gran Dios!... ¿Y tú crees que el comandante...?

—Puede haber recibido la orden de matar a Marianna antes que dejarla caer de nuevo en nuestras manos.

— ¡No es posible!... ¡No es posible!...

—Y yo te digo que temo por tu prometida.

— ¿Y entonces? —preguntó Sandokán con un hilo de voz.

Yáñez no respondió; parecía absorto en profundos pensamientos. De pronto, se dio un golpe en la frente con violencia, exclamando:

— ¡Ya está!...

—Habla, hermano, explícate. Si tienes un plan, échalo fuera.

—Para impedir que pueda suceder una catástrofe, sería necesario que uno de nosotros, en el momento del ataque, estuviera cerca de Marianna para defenderla.

—Es cierto, pero ¿de qué modo?

—He aquí el plan. Tú sabes que en la escuadra que nos atacó en Mompracem había praos del sultán de Borneo.

—No lo he olvidado.

—Yo me disfrazaré de oficial del sultán, enarbolaré la bandera de Varauni y abordaré el crucero, fingiéndome mandado por lord James.

—Magnífico.

—Diré al comandante que tengo que entregar una carta a lady Marianna y, apenas me encuentre con ella en su camarote, me atrincheraré con ella. Al

primer silbido mío, os lanzáis contra el barco y comenzáis la lucha.

— ¡Ah, Yáñez! —Exclamó Sandokán, estrechándolo contra su pecho—. ¡Cuánto te deberé, si lo logras!

—Lo conseguiré, Sandokán, siempre que lleguemos antes que lord Guillonk.

En aquel instante se oyó gritar desde el puente:

— ¡Las Tres Islas!

Sandokán y Yáñez se apresuraron a subir a cubierta. Las islas señaladas aparecían a siete u ocho millas. Todos los ojos de los piratas examinaron aquel montón de acantilados, buscando ávidamente el crucero.

—Ahí está —exclamó un dayako—. Allá veo el humo.

—Sí —confirmó Sandokán, cuyos ojos parecieron incendiarse—. Allá se ve un penacho negro que se alza detrás de aquel arrecife. ¡El crucero está allí!

—Procedamos con orden y preparémonos para el ataque —dijo Yáñez—. Paranoa, que embarquen otros cuarenta hombres en nuestro prao.

El trasbordo se realizó con presteza y la tripulación, de unos setenta hombres aproximadamente, se reunió en torno a Sandokán, que hizo señas de querer hablar.

—Cachorros de Mompracem —dijo con aquel tono de voz que fascinaba e infundía a aquellos hombres un valor sobrehumano—: La partida que vamos a jugaros será terrible, porque tendremos que luchar contra una tripulación más numerosa y aguerrida que la nuestra; pero recordad que esta será la última batalla que combatiréis bajo el Tigre de Malasia y será la última vez que os encontraréis frente a los que destruyeron nuestro poderío y violaron nuestra isla, nuestra patria adoptiva. Cuando yo dé la señal, irrumpid con el antiguo valor de los tigres de Mompracem sobre el puente del barco: ¡yo lo quiero así!

—Los exterminaremos a todos —exclamaron los piratas, agitando frenéticamente las armas—. Ordenad, Tigre.

—Ahí, en ese maldito barco que vamos a atacar, está la reina de Mompracem.

¡Quiero que vuelva a ser mía, que vuelva a ser libre!

—La salvaremos o moriremos todos.

—Gracias, amigos; ahora a vuestros puestos de combate, y desplegad en los palos las banderas del sultán.

Izaron los estandartes, y los tres praos se dirigieron hacia la primera isla y

más exactamente hacia una pequeña bahía, en cuyo fondo se veía confusamente una masa negra rematada por un penacho de humo.

—Yáñez —dijo Sandokán—, prepárate; dentro de una hora estaremos en la bahía.

—Esto se hace en un momento —respondió el portugués, y desapareció bajo el puente. Los praos continuaban avanzando con las velas tercerolas y la gran bandera del sultán de Varauni en la cima del palo mayor. Los cañones estaban preparados, las espingardas también y los piratas tenían las armas a mano, dispuestos a lanzarse al abordaje.

Sandokán espiaba atentamente desde proa al crucero, que se hacía más visible a cada minuto y que parecía estar anclado, a pesar de que aún tuviera encendida la máquina. Se diría que el formidable pirata, con la potencia de su mirada, intentaba descubrir a su adorada Marianna.

Profundos suspiros se le desbordaban de cuando en cuando de su amplio pecho, su frente se oscurecía y sus manos atormentaban impacientemente la empuñadura de su cimitarra.

Luego su mirada, que brillaba como vivo fuego, recorría el mar que circundaba las Tres Islas, como si intentase descubrir alguna cosa. Sin duda temía ser sorprendido por lord Guillonk en el furor de la batalla y cogido por la espalda.

El cronómetro de a bordo señalaba el mediodía, cuando los tres praos llegaron a la desembocadura de la bahía.

El crucero estaba anclado justamente en el centro. En la punta de la cangreja ondeaba la bandera inglesa y en la cima del palo mayor el gran estandarte de los barcos de guerra. Sobre el puente se veían varios hombres paseando. Los piratas, al ver aquella nave a tiro de cañón, se precipitaron como un solo hombre sobre las piezas de artillería, pero Sandokán los detuvo con un gesto.

—Todavía no —dijo—. ¡Yáñez!

El portugués subía entonces, disfrazado de oficial del sultán de Varauni, con una gran casaca verde, largos calzones y un voluminoso turbante en la cabeza. En la mano llevaba una carta.

— ¿Qué papel es ese? —preguntó Sandokán.

—La carta que entregaré a lady Marianna.

— ¿Qué has escrito?

—Que estamos preparados y que no se traicione.

—Tendrás que entregársela tú, si quieres atrincherarte junto a ella en el camarote.

—No se la encomendaré a nadie, puedes estar tranquilo, hermanito mío.

— ¿Y si el comandante te acompañase hasta ella?

—Si veo que el asunto se embrolla, lo mato —respondió Yáñez fríamente.

—Te juegas una fea carta, Yáñez.

— ¡La piel, querrás decir! Pero espero seguir conservándola intacta. En fin, escóndete y déjame el mando de los barcos durante unos minutos. Y vosotros, cachorros, componed un poco más cristianamente esos hocicos, y recordad que somos fidelísimos súbditos de ese gran canalla que se hace llamar sultán de Borneo.

Estrechó la mano a Sandokán, se acomodó bien el turbante y gritó:

— ¡A la bahía!

El barco entró en la pequeña ensenada y se aproximó al crucero, seguido a breve distancia por los otros dos.

— ¿Quién vive? —preguntó un centinela.

—Borneo y Varauni —respondió Yáñez—. Noticias importantes de Victoria. ¡Eh, Paranoa, deja caer el ancla y suelta la cadena, y vosotros, abajo los guarda bordos! ¡Atentos a los tambores!...

Antes que los centinelas abrieran la boca para impedir que el prao llegara bordo contra bordo, ya estaba realizada la maniobra. El barco fue a chocar contra el crucero bajo el ancla de estribor y se quedó allí encolado.

— ¿Dónde está el comandante? —preguntó Yáñez a los centinelas.

—Separad el barco —dijo un soldado.

— ¡Al diablo los reglamentos! —Respondió Yáñez—. ¡Por Júpiter! ¿Tenéis miedo de que mis barcos hundan el vuestro? Vamos, espabilaos y llamad al comandante, que tengo órdenes que comunicarle.

El teniente subía entonces al puente con sus oficiales. Se aproximó a la amura de popa y, al ver a Yáñez que le mostraba una carta, mandó bajar la pasarela.

«Ánimo», murmuró Yáñez, volviéndose hacia los piratas, que miraban fijamente al piróscafo con ojos crueles.

Dirigió luego una mirada a popa y sus ojos se encontraron con los llameantes de Sandokán, el cual se mantenía oculto bajo una tela echada encima de la escotilla.

En menos de lo que tarda en decirse, el bravo portugués se encontró en el puente del vapor. Se sintió invadido por un vivo temor, pero su rostro no traicionó la turbación de su alma.

—Capitán —dijo, inclinándose con desenvoltura—. Tengo que entregar una carta a lady Marianna Guillonk.

— ¿De dónde venís?

—De Labuán.

— ¿Qué hace lord Guillonk?

—Está aparejando un buque para venir a reunirse con vos.

— ¿No os ha dado ninguna carta para mí?

—Ninguna, comandante.

— ¡Qué raro! Dadme la carta y se la entregaré ahora mismo a lady Marianna.

—Lo siento, comandante, pero tengo que entregársela yo —respondió Yáñez audazmente.

—Seguidme, entonces.

Yáñez sintió que la sangre se le helaba en las venas. Si Marianna hace un gesto, estoy perdido, pensó.

Echó una mirada a popa y vio encaramados a los palos del prao diez o doce piratas y otros tantos apiñados sobre la pasarela.

Parecían estar a punto de abalanzarse sobre los marineros ingleses, pues los observaban con curiosidad.

Siguió al capitán y bajaron juntos la escalera que conducía a popa. El pobre portugués sintió que se le erizaban los cabellos cuando oyó al capitán llamar a una puerta y a lady Marianna responder:

—Adelante.

—Un mensaje de vuestro tío lord James Guillonk —dijo el capitán al entrar.

Marianna estaba de pie en medio del camarote, pálida, pero altiva. Al ver a Yáñez no pudo reprimir un sobresalto, pero no dejó escapar un grito. Lo había comprendido todo.

Recibida la carta, la abrió maquinalmente y la leyó con una calma admirable.

De pronto Yáñez, que se había puesto pálido como un muerto, se acercó a

la ventana de babor, exclamando:

—Capitán, veo un piróscafo que se dirige hacia aquí.

El comandante se precipitó hacia la ventana para cerciorarse con sus propios ojos. Rápido como un relámpago, Yáñez se le echó encima y le golpeó furiosamente el cráneo con la empuñadura del kriss.

El infeliz cayó al suelo medio descalabrado, sin dejar escapar un suspiro. Lady Marianna no pudo reprimir un grito de horror.

—Silencio, hermanita mía —dijo Yáñez, mientras amordazaba y ataba al desgraciado comandante—. Si lo he matado, que Dios me perdone.

— ¿Dónde está Sandokán?

—Está dispuesto a comenzar la batalla. Ayudadme a atrincherarnos, hermanita.

Tomó un pesado armario y lo empujó hacia la puerta, amontonando luego detrás de él cajas, anaqueles y mesas.

— ¿Pero qué va a pasar? —preguntó Marianna.

—Enseguida lo sabréis, hermanita —respondió Yáñez, sacando la cimitarra y las pistolas.

Se asomó a la ventana y dio un agudo silbido.

—Atención, hermanita —dijo luego, poniéndose detrás de la puerta con las pistolas en la mano.

En aquel instante unos alaridos terribles estallaron en el puente.

— ¡Sangre!... ¡Sangre!... ¡Viva el Tigre de Malasia!...

Siguieron tiros de fusil y de pistola, luego gritos indescritibles, blasfemias, invocaciones, gemidos, lamentos, un furioso chocar de hierros, ruido de pasos, corridas y el sordo rumor de los cuerpos que caían.

— ¡Yáñez! —gritó Marianna, que se había puesto pálida como una muerta.

— ¡Ánimo, truenos de Dios! —Vociferó el portugués—. ¡Viva el Tigre de Malasia!...

Se oyeron pasos precipitados que bajaban la escalera y algunas voces que llamaban:

— ¡Capitán!... ¡Capitán!...

Yáñez se apoyó contra la barricada, mientras Marianna hacía lo mismo.

— ¡Por mil escotillas!... ¡Abrid, capitán! —gritó una voz.

— ¡Viva el Tigre de Malasia! —tronó Yáñez.

Fuera se oyeron imprecaciones y gritos de furor, y luego un golpe violento sacudió la puerta.

— ¡Yáñez! —exclamó la joven.

—No temáis —respondió el portugués.

Otros tres golpes desquiciaron la puerta y de un hachazo abrieron una gran hendidura. Introdujeron el cañón de un fusil, pero Yáñez, rápido como un relámpago, lo levantó y disparó la pistola a través de la abertura.

Se oyó caer un cuerpo a tierra pesadamente, mientras los otros volvían a subir a toda prisa la escalera, gritando:

— ¡Traición!... ¡Traición!...

La lucha continuaba en el puente del buque y los gritos se oían ahora más fuertes que nunca, mezclados con tiros de fusil y de pistola. De cuando en cuando, en medio de toda aquella batahola, se oía la voz del Tigre de Malasia, que lanzaba sus bandas al asalto.

Marianna había caído de rodillas y Yáñez, furioso por saber cómo iban las cosas fuera, se afanaba por remover los muebles apilados.

De improviso se oyeron algunas voces que gritaban:

— ¡Fuego!... ¡Sálvese quien pueda!

El portugués palideció.

— ¡Truenos de Dios! —exclamó.

Con un esfuerzo desesperado derribó la barricada, cortó de un cimitarrazo las ligaduras que sujetaban al pobre comandante, aferró a Marianna entre los brazos y salió corriendo.

Densas nubes de humo habían invadido ya el pasadizo y en el fondo se veían las llamas irrumpiendo en los camarotes de los oficiales.

Yáñez subió a cubierta con la cimitarra entre los dientes.

La batalla estaba a punto de terminar. El Tigre de Malasia atacaba entonces furiosamente el castillo de proa, en el que se habían atrincherado treinta o cuarenta ingleses.

— ¡Fuego! —gritó Yáñez.

Al oír aquel grito, los ingleses, que ya se veían perdidos, se arrojaron sin pensárselo dos veces al mar. Sandokán se volvió hacia Yáñez, derribando con ímpetu irresistible a los hombres que lo rodeaban.

— ¡Marianna! —Exclamó, tomando entre sus brazos a la joven—. ¡Mía!...  
¡Al fin... mía!...

— ¡Sí, tuya, y esta vez para siempre!

En el mismo instante se oyó retumbar en el mar un cañonazo. Sandokán lanzó un verdadero rugido:

— ¡Lord Guillonk!... ¡Todos a bordo de los praos!

Sandokán, Marianna, Yáñez y los piratas que se habían salvado del combate abandonaron el buque, que ya ardía como un haz de leña seca, y se embarcaron en los tres barcos, llevándose a los heridos.

En un abrir y cerrar de ojos se desplegaron las velas, los piratas echaron mano a los remos y los tres praos salieron rápidamente de la bahía, adentrándose hacia alta mar.

FIN

***Freeditorial*** 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita [freeditorial.com/es](http://freeditorial.com/es)